
HARLEQUIN
Deseo™
Emparejados
TOMANDO LAS RIENDAS
KATHERINE GARBERA



TOMANDO LAS RIENDAS

KATHERINE GARBERA



¿Se guardaba ella un as en la manga?

Willow Stead estaba hecha un manojo de nervios por tener que trabajar en un reality basado en un servicio de búsqueda de parejas presentado por el hombre que le partió el corazón en el instituto. Era una ironía del destino y, para colmo, él había tenido el valor de pedirle que salieran. ¿Debería arriesgarse y aceptar?

A Jack Crown le había bastado con volver a ver a Willow para desearla de inmediato, y la pasión no tardó en desatarse con mayor intensidad aún que la de los encuentros que aparecían en el programa.

Capítulo Uno

En general, a Willow Stead le encantaba su trabajo. Se consideraba afortunada por poder ser su propia jefa. Pero aquel día, no.

El problema había empezado, en realidad, meses atrás, cuando la compañía había movido los hilos para conseguir que el segundo presentador más popular de la televisión norteamericana trabajase con ella en el programa. A priori estaba genial, ¿no?

Y lo estaría si ese hombre no fuera Jack Crown.

Sí, ya: Jack Crown era un tipo guapo y encantador, pero debajo de esa sonrisa de dientes blanquísimos y su efervescente personalidad, latía el corazón de un canalla que en televisión o en las páginas de una novela romántica podía quedar bien, pero no en la vida real, algo que Willow sabía de primera mano, dado que aquel mismo hombre le había partido el corazón a la tierna edad de dieciséis años.

–Unas copas, Willow. ¡Es todo lo que estoy sugiriendo! – estaba diciéndole Jack con aquella sonrisa suya tan sexy.

No se podía dudar de por qué la revista People lo había nombrado, por cuarto año consecutivo, uno de los hombres más sexys del planeta. Pero ella era inmune a su atractivo. Bueno, inmune, inmune… ojalá bastara con recordar que había sido capaz de dejarla plantada la noche del baile de fin de curso para evitar enamorarse de él.

Había hecho cuanto había estado en su mano para mantener las distancias durante los seis meses que ya llevaban trabajando juntos en Sexy and Single, el reality ambientado en Nueva York, en el que hombres y mujeres buscaban pareja y que ella estaba produciendo. Pero era imposible negar que le apetecía aceptar su invitación a tomar una copa.

–Mm… aún no me has dicho que no, por lo que imagino que lo que necesitas es que te convenza –continuó él, bajando el tono de voz hasta que fue casi un suspiro íntimo–. ¿Es eso lo que quieres?

–Lo que quiero es que dejes de comportarte como si fuera una más de tu harén –le espetó–. Yo no soy como las demás mujeres que caen rendidas a tus pies.

–¡Ah, me hieren tus palabras! –declamó, llevándose una mano al pecho, sobre el corazón.

–Lo dudo. Pero dado que tenemos que hablar de algunas cosas del programa, acepto.

–Vamos, Willow, no hay por qué disimular. Hubo un tiempo en el que te gustaba estar conmigo.

Ella arrugó la nariz. No le hacía la más mínima gracia que le recordase aquel episodio. Imposible ser más transparente de lo que ella lo era entonces. Si pudiera escribirse una carta a sí misma dirigida a cuando tenía dieciséis años, empezaría diciéndose: «¡DEJA DE BABEAR POR JACK CROWN!».

–Ya no tengo nada que ver con aquella chica.

–No me lo creo. Yo todavía veo su sombra en tu modo de comportarte con todo el mundo, menos conmigo. ¿Quieres explicarme por qué? Es obvio que he hecho algo que te ha molestado.

–Que no esté dispuesta a creerme tu imagen pública no significa nada. Gail me ha hablado lo suficiente sobre lo que se cuece en su empresa de Relaciones Públicas como para saber que es imposible ser el «Novio de América» en la vida real.

Gail Little era una de sus mejores amigas, y la razón por la que Willow les había propuesto la idea del programa a sus jefes. Las primeras citas de Gail con Russell Holloway, un millonario neozelandés, habían inaugurado el programa. La tranquila y sofisticada Gail domesticando a Russell el salvaje había alcanzado elevadas cotas de audiencia.

–Olvídate de esa imagen. Tú me conoces. ¿Qué piensas?

No le iba a hacer mucha gracia saber la verdad, y de ningún modo estaba dispuesta a abrir esa lata de gusanos.

–Yo no te conozco de verdad. Te pasas más tiempo yendo de un lado al otro del país para presentar tus otros programas que en el plató conmigo, aunque en el fondo eso no importa. ¿Qué hay de esa copa?

Él elevó la mirada al cielo.

–Te invitaré a cenar y a tomar unas copas si dejas de esquivar la pregunta y me cuentas qué es lo que pasa. Llevamos trabajando juntos seis meses y sigues tratándome con frialdad. Yo debo de recordar de otro modo nuestros años de instituto porque creía que éramos amigos.

–Eso debe de ser –replicó ella–. ¿Crees que podemos salir a cenar sin que tu legión de admiradoras nos encuentre?

–No. Pero tengo un apartamento cerca de aquí. ¿Qué te parece? ¿Cenamos en mi casa?

Iba a decir que no, pero no lo hizo. En el fondo, quería cenar con él. Albergaba la esperanza de que se interesara por ella para que pudiera presentársele la ocasión de dejarle plantado, lo mismo que él hizo aquella fatídica noche del baile de graduación. Estaba siendo un poco ruin, sí, y no le

gustaba descubrirse ese rasgo, pero nunca había sido de las que ponían la otra mejilla, de modo que esperaba tener el momento perfecto para vengarse. Y, al parecer, ese momento había llegado catorce años más tarde. ¿Quién había dicho lo de que la paciencia es la madre de la ciencia?

–Vale.

A lo mejor podía añadir la descripción de cómo Jack se llevaba su merecido en esa carta que había pensado escribirse a sí misma.

–Bien. ¿Cuánto te queda aquí?

–Unos veinte minutos. Tengo que hablar con los cámaras, que anoche tuvieron un problema. ¿Por qué no me das la dirección y me reúno contigo allí dentro de un rato?

–No irás a darme esquinazo, ¿verdad?

–Claro que no. Te he dicho que iría, e iré.

–De acuerdo. Recuerdo que eras una cría de palabra.

Había una especie de confianza natural en él que resultaba muy atractiva… qué lástima que ella lo detestase. Quería ver las grietas de esa fachada suya de Novio de América. Quería ver cómo la vida le lanzaba bolas envenenadas de vez en cuando.

–Jack…

–¿Umm?

–A las mujeres no nos gusta que nos llamen «crías».

–Mea culpa –replicó, guiñándole un ojo.

–Pues vas a tener culpa para rato como vuelvas a hacerlo.

Él se echó a reír antes de darse la vuelta y alejarse. Willow no pudo dejar de mirarle el trasero mientras se marchaba.

–Vaya, vaya. Parece que las ranas empiezan a criar pelo.

–Anda, cállate.

Era Nichole Reynolds, la otra mejor amiga de Willow. Nichole era periodista y trabajaba en el America Today, un periódico de tirada nacional; además tenía un blog en el que escribía sobre lo que ocurría en el programa tras las bambalinas. Y era una de las pocas personas que conocían la verdad sobre Jack.

–Era solo un comentario. Y haz el favor de tratarme con más cariño, que estoy a punto de ser mamá –le recordó, palpándose el vientre abultado.

Nichole se había casado hacía poco con Conner Macafee, el propietario del servicio de búsqueda de parejas que se reproducía en el programa, y

estaban esperando su primer hijo. Nichole parecía ser verdaderamente feliz con su marido, algo de lo que Willow se alegraba enormemente.

–¿Tengo que ser cariñosa contigo porque vayas a ser mamá?

–No estaría mal. A ver, confiesa: ¿he oído bien? ¿Vas a cenar con Jack Crown? ¿Qué pasa entonces con tu venganza?

–Que sigo buscando la ocasión –admitió Willow–. Es solo una cena. Ni siquiera yo soy tan irresistible como para conseguir que un hombre se enamore de mí en una sola velada.

Dios… ¿cómo narices se le habría ocurrido hacer semejante comentario? Ya no era una cría. Hacía tiempo que la adolescente, que se volvía loca de alegría porque un chico popular la hubiera sonreído, había desaparecido.

–Vamos, Willow, no me seas modesta –replicó su amiga, sonriendo–. Está interesado.

–Por ahora, y solo porque yo le he venido ignorando desde el principio. Seguro que, si esta noche cambio de actitud, perderá interés.

–Acepto la apuesta.

–¿Qué?

–Que yo pienso que no va a perder el interés que siente por ti. ¿Qué estás dispuesta a apostar?

–Nada. No pienso apostar por Jack.

–¿Por qué no? Siempre has dicho que es un tipo superficial. ¿Qué tienes que perder?

«Mi orgullo». ¿Y si volvía a enamorarse de él y tenía que ver por segunda vez cómo le daba la espalda?

–Era hablar por hablar.

–De eso nada. Vamos, me apuesto contigo un día en el spa de Elizabeth Arden.

–Eso no es justo. Ya sabes que me encanta ese sitio – protestó ella–. Además, ¿por qué tanta insistencia?

Nichole le pasó un brazo por los hombros.

–No confías en los hombres precisamente por aquel incidente con Jack. Quiero ver que lo superas para que puedas encontrar pareja y sentar la cabeza como Gail y yo. Las dos somos felices, y queremos que tú también lo seas.

Willow le devolvió el abrazo. Ella también quería lo mismo, al menos en parte.

–Solo quiero que sienta el dolor que yo sentí.

–No me importa lo que pase siempre que te sirva para pasar página.

–Está bien, acepto la apuesta. Pero vas a perder, y yo me voy a regodear.

–Por mí bien, pero, si sigue interesado en ti, yo gano, y pienso reservar el día de spa hasta que haya nacido el bebé.

–Me parece bien. Pero se podrá patinar sobre hielo en el infierno antes de que yo me enamore de Jack Crown.

–Tú sigue con esa cantinela –dijo Nichole–, que así mi victoria será más dulce.

El mes de noviembre en Nueva York resultaba siempre especial. No era que a la ciudad le faltase energía en ninguna época del año, pero había algo especial en aquel mes en el que todo el mundo parecía estarse preparando para la Navidad.

Para Jack, era el comienzo de la época más atareada del año. Había tres especiales que grabar, siempre en directo, y además, un programa resumen de Extreme Careers, que ya llevaba tiempo en antena. Su agente había empezado a hablarle del siguiente proyecto, y sabía que pronto entraría en otra fase de su carrera. Por fin no iba a tener que buscar trabajo, sino que productores y canales irían a buscarlo.

Estando tan liado como estaba, no le sorprendió que fuera precisamente aquel momento el que Willow escogiera para aceptar una cita. Era propio de ella complicarle la vida un poco más, aunque también podía preguntarse si no sería esa la razón de que le hubiera propuesto que salieran.

Echó un rápido vistazo a su apartamento para asegurarse de que todos los detalles estaban perfectos. No era que estuviera nervioso, ya que siendo Jack Crown, cualquier mujer se moriría por estar con él, pero es que se trataba de Willow, y no podría decir cuánto tiempo llevaba tan obsesionado con ella.

Seguramente se debiera a que, a diferencia de las otras mujeres con las que salía, ella lo trataba como si fuera uno más del equipo; nada de sonrisitas especiales, ni intentos de quedarse a solas con él. No debería molestarle, pero así era.

Sus recuerdos de ella del instituto eran vagos, de cuando le había dado clases particulares de lengua para ayudarle a aprobar el examen del estado y que pudiera seguir jugando al fútbol. Pero eso era todo. Breves imágenes de una Willow más joven entremezcladas con sus días de jugador de fútbol.

En aquel entonces el fútbol era su vida. Teniendo en cuenta que había crecido en Texas, en los barrios pobres de la ciudad, el único billete de salida de aquel entorno era precisamente el deporte. Había ganado el Heisman Trophy, en su puesto de receptor, y le habían seleccionado jugando aún como aficionado para los Giants de Nueva York. Desgraciadamente, en aquel mismo partido, una lesión acabó con su carrera deportiva. Tuvo que encontrar algo a lo que dedicarse y rápido. Menos mal que siempre había sido fotogénico, lo cual le había permitido encarrilarse hacia la televisión.

Sonó el telefonillo y se apresuró a contestar. Vivía en un loft al que le habían instalado un sistema de seguridad último modelo, de modo que le bastó con pulsar un botón para que el rostro de Willow apareciera en la pequeña pantalla en blanco y negro.

Pulsó el botón para abrir y volvió a mirar a su alrededor para asegurarse de que todo estaba en orden. No hacía falta ser un genio para saber que Willow no iba a darle otra oportunidad de hacer las cosas como era debido, así que aquella cita tenía que ser perfecta.

Abrió la puerta cuando la oyó llamar, sonriendo para sí. Estaba decidido a deslumbrarla, a asegurarse de que, cuando se fuera de su casa, preferiblemente a la mañana siguiente, lo hiciera deseando volver a verlo.

Willow tenía un aura de sensualidad terrenal que le hacía más consciente sexualmente de ella cada vez que se encontraban. En un principio solo había pretendido retomar su antigua amistad, pero como ella insistía en ignorarlo, algo primitivo se había despertado en su interior. Era probable que, si tenían una aventura, su relación de trabajo se viera afectada, pero sabía que no se sentiría satisfecho consigo mismo si no conseguía tenerla. Necesitaba demostrarle, a ella y a sí mismo, que había cometido un gran error ignorándolo.

Abrió la puerta y Willow lo miró con el ceño fruncido. Parecía cansada y más delgada, algo en lo que no había reparado estando en el plató, o en edición. Siempre se movía con tanta energía… pero aquella noche, parecía agotada.

Desde luego no era la mejor de las disposiciones, pero se había criado solo con su madre, y había aprendido pronto a animarla colmándola de atenciones, así que cambió de inmediato de actitud.

Fue a abrazarla, pero ella se lo impidió.

–¿Qué haces?

–Me ha dado la sensación de que necesitabas un abrazo –se explicó, precediéndola. Su casa no era tan lujosa como la que habían utilizado de decorado para la revista Architectural Digest unos meses antes. No podría vivir así, seguramente por culpa del chaval de Texas que llevaba dentro, y es

que esa clase de opulencia le hacía sentirse fuera de lugar.

Su loft era un espacio abierto, con la cocina en un extremo y la tele, el equipo de música y demás, en el otro. En eso sí que no le había importado ser generoso. Había un par de cómodos sofás y una agradable zona de comedor.

–Me vendría bien una copa –dijo ella.

–¿Vino, cerveza o algo más fuerte?

Tenía el bar bien abastecido, aunque él no bebía asiduamente. No le gustaba sentirse fuera de control. Lo había aprendido tras un breve periodo de estupidez por culpa de la lesión de rodilla.

–¿Qué vino tienes?

–Un poco de todo. Promociono un viñedo, y ellos me mandan una caja de todo lo que producen –confesó con una sonrisa.

–Eso está bien. Eres el chico favorito de todo el mundo. Me gusta el vino blanco seco.

–Ahora mismo. A la cena le faltan unos diez minutos.

¿Quieres salir a la terraza?

–Hace frío fuera.

–Tengo estufas de exterior. Estarás bien.

Ella asintió y caminó hacia la puerta de la terraza mientras él se iba para la cocina. Parecía no estar de humor para disfrutar de aquella velada juntos. Si fuera otra clase de hombre, se rendiría, pero estaba acostumbrado a vencer obstáculos y a salir triunfante. Después de la lesión que puso punto final a su carrera, todo el mundo dijo que no le iba a quedar más remedio que volverse a Frisco, Texas. Pero no fue así.

Sirvió dos copas de vino y salió a la terraza. Era un lugar tranquilo, gracias a las paredes de cristal que la protegían, y cálido, gracias a las estufas.

–Gracias –dijo ella–. Siento haber sido tan cortante antes.

–No pasa nada –respondió Jack, y alzó su copa–. Por los nuevos comienzos.

–Por los nuevos comienzos. ¿Te refieres a esta noche, o a nuestro reencuentro?

Oírle hacer esa pregunta le hizo pensar si no habría algo en el pasado que contuviera la clave del problema que parecían tener en el presente.

–Por todo. Sé que he cambiado desde que me marché de Frisco, y estoy seguro de que tú también habrás cambiado.

–No tanto como puedas pensar –le aclaró tras tomar un sorbo de vino–.

Sigue gustándome el fútbol, y sigo sintiéndome mal por no ir a la iglesia los domingos. Aunque también es verdad que la iglesia baptista a la que voy aquí no tiene nada que ver con Prestonwood.

Él se rio. En ningún otro estado la religión se parecía a la de Texas.

–Entiendo lo que quieres decir. Mi madre no ha dejado de rezar por mi alma desde que trabajo y no tengo tiempo de ir a la iglesia tanto como antes.

–¡Ay, pecador! Eres un chico malo –le reprendió con una sonrisa.

–Siempre lo he sido, ¿no?

–Desde luego. Háblame de ese nuevo Jack Crown. ¿Qué es lo que no he visto aún?

Iba a hacer lo que le había pedido, pero se detuvo. No sabría decir por qué, pero tuvo la sensación de que hablar de sí mismo, de sus programas de televisión y su estilo de vida no era la táctica adecuada con Willow.

–Eso no me interesa. Háblame de ti. Recuerdo que querías ser escritora cuando estabas en el instituto.

Vio brillar la sorpresa en sus ojos, pero solo brevemente.

–Es cierto –contestó, tras tomarse otro sorbo de vino y aclararse la garganta–, pero, cuando empecé la universidad, me di cuenta de que me gustaba más decirle a la gente lo que tenía que hacer.

Él sonrió. Seguramente era lo que ella quería, aunque sabía bien, por experiencia propia tras ser un atleta de primera fila y perder la capacidad de practicar su deporte favorito, que los sueños, y muy en particular aquellos que se tenían desde la niñez, eran difíciles de olvidar.

–Me alegro de que esa transición te resultara fácil. Para mí no lo fue.

–¿Te refieres al fútbol? Estaba viendo el partido en el que te lesionaste, y a pesar de todo, me sentí mal por ti.

–¿Qué quieres decir con «a pesar de todo»?

–Pues que los Giants no son mi equipo.

Jack de nuevo tuvo la sensación de que había más de lo que decía, pero era su primera cita. Ya descubriría lo que le ocultaba poco a poco.

La alarma de su móvil sonó y se levantó para ir a la cocina.

–La cena está lista.

–Voy a lavarme las manos. ¿Dónde está el baño?

–A la izquierda de la tele. Después de cenar, te enseño la casa.

Ella lo miró enarcando las cejas.

–¿Y qué vas a enseñarme, aparte de tu alcoba? Todo lo demás está a la vista.

–Te enseñaré el dormitorio cuando tú me lo pidas.

–Pues no contengas el aliento.

–Mientras cenamos, me gustaría que me explicases por qué estás tan tensa.

–¿Lo dices porque no me desmayo ante la idea de ver tu dormitorio?

–Algo así. Pero es que me da la impresión de que estás enfadada conmigo, y no sé por qué.

–Es que…

–Ahora no. Ve al baño y me lo cuentas mientras cenamos. Se me da de maravilla arreglar las cosas.

Pero ella negó con la cabeza.

–Esta, no.

La vio alejarse, y se quedó tan desconcertado como la primera vez. Le gustaba, y por eso había insistido tanto para convencerla de que saliera con él, pero ahora que la tenía en su casa y que había visto lo mucho que mantenía oculto a los ojos de los demás en su interior… bueno, aún sentía más curiosidad.

Quería conocerla, y no solo llevársela a la cama, pero ambos objetivos parecían un poco difíciles de lograr.

Tenía que haber algo en el pasado que habían compartido que le hubiese hecho daño, pero no tenía ni idea de qué podía ser. Apenas pensaba ya en aquella época.

Sacó del horno la cena que había dejado preparada su asistenta y puso la mesa para dos. Willow tardaba en salir del baño.

Se estaba planteando si debía llamar a la puerta cuando la vio salir con una brillante sonrisa en los labios, más falsa que una moneda de hojalata.

–Huele bien. No sabía que supieras cocinar.

–Y no sé.

–Otra ilusión destrozada.

–Yo nunca he dicho que supiera cocinar.

–Lo sé, pero es que parece que supieras hacerlo todo – replicó ella–. Con tanto programa, y tanto derroche de encanto… la vida parece tratarte muy bien.

–Y así es, pero eso no significa que sea fácil. Tengo mis cosas, como todo el mundo.

Separó la silla y la invitó a tomar asiento.

–Jack Crown no es como todo el mundo.

–Esperaba que ya te hubieras dado cuenta. No me parezco a ninguno de los otros hombres con los que hayas estado. Pero me da la sensación de que tu comentario tenía connotaciones negativas. ¿Qué he hecho yo para que estés tan enfadada conmigo, dime?

Willow tragó saliva y clavó la mirada es sus ojos oscuros.

–Nada. Es porque he tenido experiencias desagradables con hombres que parecían ser demasiado buenos para ser ciertos.

–En ese caso, tienes que intentar conocerme para que puedas ver que no hay trampa ni cartón.

–Puede que eso no juegue en tu favor, porque la impresión que tengo de ti no es positiva.

–Eso puede cambiarse –respondió él. Siempre había tenido la sensación de que estaba juzgándolo, y si había algo que sabía a ciencia cierta de Willow era que no tenía pelos en la lengua–. ¿Cómo me describirías?

–Demasiado encantador.

–El encanto puede controlarse –replicó Jack con una sonrisa.

Capítulo Dos

–Eso de «demasiado encantador» puede significar muchas cosas. ¿Es que me encuentras irresistible?

–En absoluto. Hay momentos en que creo que a lo mejor podrías llegar a gustarme, pero al momento tu ego me hace darme cuenta del error.

–Es difícil ser humilde siendo tan majo como soy.

Tardó un momento en darse cuenta de que le estaba tomando el pelo. No quería que le cayera bien. Una cosa eran los pequeños detalles y otra muy distinta saber que había un hombre de verdad detrás de aquella sonrisa ultra blanca y aquel pelo perfecto.

–Sí, ya sé que lo tienes todo. Y, si quieres que te diga la verdad, desde fuera lo parece. ¿Qué interés tienes entonces en mí?

No tenía sentido andarse por las ramas. Podía tener a la mujer que se le antojara. ¿Por qué ella? ¿Y por qué ahora?

–A lo mejor porque eres un desafío.

Era la respuesta que se esperaba, pero aun así la desilusionó.

–Entonces, soy solo un juego, ¿no?

–No. La vida es muy corta para no ir tras lo que se desea. Me gustas. En el estudio eres divertida y veo que sabes cómo conectar con la gente, con tus compañeros y con tus amigos, y yo quiero formar parte de eso.

No entendía bien dónde quería ir a parar.

–Es mi forma de trabajar.

–Es más que eso. Vi cómo tuviste en brazos a Bella McCaw cuando Fiona necesitó que alguien cuidara de ella, y tenías una cara…

Fiona era una diseñadora de moda y madre soltera que había acudido al programa con su hijita, Bella Ann. Su pareja había resultado ser Alex Cannon, diseñador de juegos, y juntos habían resultado una pareja interesante que había acabado prometiéndose. –¿Qué cara?

Siempre le gustaba pensar que era capaz de mostrarse inexpresiva cuando no quería que los demás conocieran sus sentimientos.

Él se encogió de hombros.

–Me hiciste pensar que quería conocerte mejor.

–¿Me estás queriendo decir que pretendes sentar la cabeza conmigo? –

le preguntó.

Si la respuesta era que sí, tendría en sus manos la munición que necesitaba para poder ponerlo de rodillas ante ella, pero, por otro lado… ya no era el chico que conoció en el instituto, y a lo mejor no se merecía esa venganza.

–No. Solo quiero conocerte mejor. Quiero ser como cualquier otro hombre que trabaja con una atractiva compañera y decide invitarla a cenar.

–Tú nunca vas a ser como cualquier otro hombre de este país y lo sabes.

¿Cómo podía pensar que su vida era como la de cualquier otro? Había ganado el trofeo Heisman, que se otorgaba solo una vez al año, de modo que figuraba en la élite del deporte. Había sido nombrado Atleta del Año por la Asociación de la Prensa, y había jugado en el fútbol profesional para luego pasar a presentar algunos de los programas más populares de la televisión. Nunca iba a ser un Joe cualquiera.

–Sí, lo sé, pero contigo siento que puedo serlo. Todos los adornos del estilo de vida de los famosos no son importantes para ti.

–En eso tienes razón. Yo he visto la cara oscura de los famosos.

–Yo también. Estamos hechos el uno para el otro – sentenció, moviendo las cejas y sonriendo.

–No lo sé.

Sí que lo sabía. Si jugaba bien sus cartas, podría hacerle pensar que tenía algo con ella para dejarlo plantado después.

–Vamos, ¿cuánta gente conoces que trabaje en este negocio y que venga de Frisco? –le preguntó con aquella media sonrisa que tanto le recordaba al muchacho que le robó el corazón.

Dejó el tenedor y tomó un sorbo de vino. «Venganza», pensó. Tenía que mantener la concentración en lo que quería conseguir, o acabaría perdiéndose.

Jack estiró el brazo y rozó su mano. Un escalofrío le recorrió el brazo. Su contacto la había puesto tan nerviosa como el abrazo con que la había recibido. Primero le pasó un dedo por los nudillos y luego, dándole la vuelta a la mano, recorrió las líneas de la palma.

–Solo te pido una oportunidad.

Una oportunidad ¿para qué? Decía querer una relación normal, pero que nunca había tenido ocasión de tenerla por su fama. Y ella quería lo que Nichole le había sugerido: la oportunidad de encontrar un poco de felicidad. Debía hacer algo con Jack, encontrar el modo de firmar la paz con su pasado para poder volver a confiar.

–Una oportunidad, ¿eh? ¿Salir sin más?

–Sí, salir juntos. No va a ser fácil porque yo me paso los días subido a un avión, volando de una costa a la otra, pero quiero poder conocerte mejor. Quiero poder demostrarte que soy algo más que el príncipe encantador. –Yo nunca te he llamado así.

–Todo el mundo lo piensa –contestó él, con esa sonrisa arrogante tan suya–. Hay que asumirlo: incluso tú me lo has dicho antes.

A lo mejor no era tan difícil hacerle daño si seguía actuando así. ¿Sería aquel el verdadero Jack Crown?

–Bueno, sí. Podemos salir –claudicó, pero al mirar a las profundidades de sus ojos tan azules, no pudo evitar sentir el pálpito de que aquello era una mala idea. Jack le afectaba demasiado. Siempre había sido así. Y sabía lo fácil que sería enamorarse de él.

Querer venganza era una cosa, pero complicarse la vida en el trabajo, el lugar en el que de verdad se sentía como en casa y era feliz, no era buena idea. Si se lanzaba a la arena y tenía una aventura con Jack para luego decirle adiós, tendría que medir muy bien los tiempos para no permitir que interfiriera en su trabajo.

–¡Por amor de Dios, Willow, no hace falta que des palmas de alegría!

–Perdona. Sí que me gustaría salir contigo cuando tengamos tiempo.

–Es todo lo que te pido –zanjó, y siguió dibujando líneas en su palma antes de poner su mano entera sobre la de ella.

Sabía que quería algo más, y tendría que andarse con pies de plomo si quería protegerse y no volver a sufrir por culpa de Jack Crown.

Jack tenía la sensación de estar interpretando un papel en beneficio de Willow, y, si quería tener la más mínima esperanza de que aquello fuese real, tenía que dejar de hacerlo. El problema era que no sabía ya quién era. Llevaba tiempo sintiéndose así, y aunque era consciente de que últimamente se movía solo por inercia, era difícil encontrar el modo de cambiar.

Willow era la clave. Verla en el plató de Sexy and Single había sido el catalizador. Sí que quería algo más de ella, quería volver a sentirse vivo. Estaba cansado de pasarse la vida trabajando y corriendo riesgos absurdos en Extreme Careers con el fin de recordarse que estaba vivo.

Habían terminado de cenar y habían recogido la mesa entre los dos. Le gustaba tenerla en la cocina porque le recordaba vivamente los días felices de su juventud. Ninguna otra de las mujeres con las que había salido aquel año

había entrado en su cocina después de cenar.

Otra de las cosas que la había distinguido de las demás era que no había sacado el móvil ni una sola vez durante la cena. A pesar de su reticencia inicial, no había dejado que el mundo exterior la distrajera una vez tomada la decisión.

Dejó los últimos platos en la encimera y se volvió para apoyarse en ella y observarla.

–¿Por qué me miras así? –preguntó, sorprendida.

Parecía que no podía bajar la guardia con ella. Era como si estuviera esperando a que pasara algo, a que él hiciera algo.

–Estoy intentando averiguar por qué te has puesto tan nerviosa cuando te he abrazado al llegar.

–Yo… bueno, porque sí. No le busques tres pies al gato.

Era casi demasiado fácil anticipar su reacción. Revelaba cosas de sí misma que no quería revelar por su actitud tan a la defensiva. Era desenfadada y abierta en el trabajo, pero en cuanto se trataba de algo lo más mínimamente personal, se ponía de uñas.

–Contigo siempre hay que ingeniárselas. Escondes tanto de ti misma bajo esa fachada de serenidad, que desde fuera nunca se ve lo que pasa bajo la superficie.

–Eso es porque en nuestro negocio solo las divas pueden montar escenas –replicó–. ¿Verdad que sí?

–¿Estás intentando decirme que yo soy una diva?

–Nada de intentarlo, te lo digo a la cara. No fui yo la única que oyó el numerito que le montaste a Kat la semana pasada porque no tenías una cesta de frutas tropicales en tu camerino. –Fue por el jet lag –confesó, casi sonrojado–. Luego me disculpé con ella.

–Lo sé. Kat está acostumbrada a esa clase de situaciones, así que ni se molestó.

–Hay días difíciles.

No se sentía orgulloso de cómo se había comportado. A veces era difícil recordar que no tenía derecho a la fama que había alcanzado, y que su madre le habría puesto el trasero como un tomate si hubiera presenciado semejante comportamiento.

–¿Es difícil ser el segundo presentador más popular del país?

–Mis jefes revisan la cuota de audiencia a diario. Hay mucha presión por estar en las primeras posiciones. Además, cada vez que salgo, me para

alguien para pedirme un autógrafo o para hablarme de mis últimas hazañas. Y no me quejo. Sé que sin esas personas no sería más que otro jugador que se quedó en el camino, pero aun así, hay algunos días más difíciles que otros.

Willow lo miró ladeando la cabeza.

–Lo sé. Por eso hay tanta gente hecha polvo en nuestro sector. Seguro que nunca pensaste que fueses a tener esa clase de problemas.

–Desde luego que no. Pensé que iba a estar jugando al fútbol hasta los treinta, y que luego me retiraría con una mujer florero a un extenso rancho en Texas Hill Country, donde enseñaría a mis hijos a jugar al fútbol –se rio con ironía–. Esto no formaba parte de mis planes.

–¿Una mujer florero? Entonces, ¿por qué quieres salir conmigo? –le espetó, cruzándose de brazos.

–He dicho que esa era la idea original que tenía sobre cómo iba a ser mi vida. Las cosas han cambiado. De hecho, ya tengo más de treinta años.

Sin embargo, Willow podía encajar en la idea de mujer trofeo: sexy como una diablesa, profesional de éxito en su carrera y muy capaz.

–Sí. Eres un vejestorio.

Le gustaba oírla bromear con él. Era como si por fin consiguiera olvidarse de quién era fuera de aquel piso y se permitiera un respiro.

–No tanto.

–No, pero siempre serás más viejo que yo –sonrió. Su teléfono emitió un pitido–. Tengo que contestar. Ha sonado ya varias veces, así que puede ser algo urgente.

–Adelante. ¿Quieres un café y una copa?

–Café, gracias.

–Vete al salón si quieres. Yo lo llevo.

Ella asintió y sacó el teléfono del bolsillo, y Jack la vio fruncir el ceño y morderse el labio mientras leía.

La vio sentarse en el enorme sofá de cuero que había encargado en Italia el año anterior antes de ponerse a preparar el café. Lo llevó todo a la mesa y se sentó a su lado. Seguía escribiendo en la pantalla del teléfono.

Usaba un perfume ligero y floral que le recordaba a la primavera. Estiró un brazo sobre el respaldo y sintió su cabello liso y fresco rozarle la mano.

–Deidre ha perdido el interés –suspiró Willow, dejando el teléfono sobre la mesa–. No cree que Peter sea su hombre ideal y ha pedido otra pareja.

–¿Puede hacer eso?

–Supongo. Le he enviado un mensaje a Mona para ver qué se puede hacer.

Mona era la encargada de los emparejamientos en Matchmakers Inc., y a Jack le sorprendía que no hubiera acertado en aquel caso, dado su éxito en los tres anteriores.

Deidre Adamson era una conocida columnista que tenía un programa de entrevistas en la televisión, y que había alcanzado la fama gracias a su casi brutal sinceridad con sus entrevistados. Había sido emparejada con Peter Mullen, un hombre algo salvaje y desenfrenado.

–A mí me parece que Deidre es una mujer que controla muy bien sus emociones y de mucho carácter. Tal vez le pidió a Peter que hiciera algo que él no quiso hacer. ¿Quieres que intente ver si puedo ayudar? Porque, si le asignan una nueva pareja, ¿tendríamos que empezar de nuevo desde el principio?

–Sí. Tres semanas de rodaje tiradas a la basura. ¿Conoces lo suficiente a Deidre para poder llamarla por teléfono e intentar hablar con ella?

–Creo que sí.

–¿Y de qué la conoces? No se mueve en los círculos de Hollywood como tú.

–Fue mi terapeuta después del accidente, y me ayudó a dar un giro a mi vida hacia la televisión.

Willow no había pensado en cómo habría sido para él la transición a su nueva carrera. Simplemente se había imaginado que… bueno, que siendo el chico de oro, las cosas le habrían salido bien sin más. Incluso se había sentido algo celosa de lo fácil que parecía su vida, pero estaba empezando a percibir retazos de una existencia no exenta de esfuerzo.

–Sería estupendo que la llamaras. ¿Podrías hacerlo ahora mismo? Le diré a Mona que espere para hablar con ella.

–De acuerdo, pero solo si me prometes que tú me harás un favor a cambio.

–Vale.

–¿No quieres saber qué favor te voy a pedir?

–No. Necesito que siga adelante con Peter para no tener que tirar a la papelera tres semanas de trabajo.

Jack alzó las cejas.

–¿Sea lo que sea lo que te pida?

–Sí –respondió ella, consciente de que podría lamentarlo–. Tú eliges.

–Bien. Tómate el café mientras yo salvo el día –dijo Jack, y subió a la planta de arriba.

Willow se levantó y miró a su alrededor. Le sorprendía que aquellas paredes no estuvieran abarrotadas de fotos de Jack con celebridades. Seguramente las tenía a montones, pero no a la vista. Lo que sí había era un cuadro del pintor texano Charles Beckendorf. Los escarpados valles de los cañones de Texas se prestaban como telón de fondo a las vacas de cuernos largos que miraban al espectador.

Ella también tenía uno de aquellos cuadros en su casa de Brooklyn. Cuando empezó a ganar dinero, decidió invertir en arte y comenzó a apoyar a los artistas de su tierra natal. También había organizado un programa de becas para chicas en el instituto en que cursó sus estudios.

Dejó atrás el cuadro y la nostalgia de Texas que le había despertado su contemplación. La siguiente era una imagen que reconoció de su anuario del instituto, se trataba del campeonato estatal de fútbol y del equipo en el que Jack jugaba. No le costó encontrarle porque sabía exactamente dónde buscar: en la segunda fila, en el centro. Su sonrisa era más grande que el cielo de Texas.

–Nunca he vuelto a ser tan feliz como en ese momento –dijo Jack a su espalda, y se acercó a pasar los dedos por encima del trofeo que aparecía en la foto–. Creí que mi vida estaba sellada.

Se volvió a mirarlo. Al verle en aquella instantánea había pensado: «Así era entonces. Tengo que encontrar el modo de hacerle el daño que él me hizo a mí». Pero al oír que Jack hablaba de aquel tiempo con cierta tristeza, pensó que quizás su vida de entonces no había sido tan perfecta como ella se creía.

–¿Qué te ha dicho Deidre? –le preguntó.

Cuando la vida se volvía incómoda, Willow se refugiaba en el trabajo.

Él sonrió frotándose la nuca al mismo tiempo.

–Que estaba dispuesta a darle otra oportunidad. Creo que uno de nosotros, quizás tú, debería hacer un aparte con Peter y decirle que levante el pie del acelerador. Va demasiado deprisa para ella.

–Pero así es como se consiguen buenos programas de televisión.

–Lo sé, pero como siga así, la va a asustar del todo, y no creo que quieras eso.

–No, claro que no. Sería mucho más fácil si pudiéramos prepararles algunos diálogos, pero los espectadores no disfrutarían tanto.

–Tienes razón. Cuando Alex tomó a la pequeña Bella Ann en brazos

por primera vez, no habría sido igual si hubiera estado preparado. El pobre se estaba derritiendo.

–Cierto. Además, si Gail y Russell, Alex y Fiona, y Rikki y Paul lo han logrado, Deidre y Peter también pueden conseguirlo. Él debe de tener algo que ella quiera.

–Estoy de acuerdo.

Willow se miró el reloj. Eran casi las nueve, no podía tardar mucho en irse. Pero antes le mandó un mensaje a Mona para decirle que el problema se había solucionado y que no era necesario que le buscase otra pareja a Deidre por el momento.

–Tengo que irme ya. Mañana empezamos temprano.

–Antes de que te vayas…

Demonios… debería haberse imaginado que no iba a poder salir por aquella puerta librándose de aquello.

–¿Sí?

–Me debes un favor, ¿te acuerdas?

Por supuesto que se acordaba. Estaba tan desesperada por conseguir que Deidre no la liara, que había actuado sin reflexionar. ¿O no?

–¿Qué quieres de mí?

–Un beso.

Capítulo Tres

«Un beso».

No debería sorprenderle, y dado que se lo había pedido como un favor, tampoco debería sentirse mal si disfrutaba con ello. Mentiría si dijera que tiempo atrás no se había pasado una ingente cantidad de tiempo pensando cómo sería besarlo.

–De acuerdo –dijo, fingiendo indiferencia. Pero la voz le había salido inusualmente aguda, y se sintió tan tonta como cuando en el instituto le pidió que lo acompañara al Dairy Queen a tomar un helado.

Él se rio, pero no burlándose de ella, y por primera vez desde que pusiera el pie en aquel piso, tuvo la sensación de estar viendo al hombre tras la máscara, ya que en su risa palpitaba cierto nerviosismo, y eso le hizo parecer humano. Entonces entendió lo que le había intentado explicar antes: que, a pesar de la fama y el éxito, en el fondo seguía siendo un hombre corriente.

–¿Estás segura? No quiero que te vuelva a pasar lo mismo que cuando te abracé al llegar.

Ella asintió porque no se atrevía a hablar. Quería besarlo.

Nunca lo había hecho en el instituto, y a pesar de que ya no era una cría, seguía teniendo una lista de cosas por hacer en la que figuraba besar a Jack Crown.

Él se acercó y ella echó hacia atrás la cabeza. Hasta aquel momento, no se había dado cuenta de hasta qué punto era más alto que ella. Cerró los ojos cuando la sujetó por los hombros para tirar suavemente de ella, y aunque sus cuerpos no se tocaron, pudo sentir su calor.

Sintió primero su respiración en la boca. Olía deliciosamente al café que se había tomado después de cenar. El roce de sus labios resultó muy estimulante, hasta el punto de que sintió un estremecimiento que la sacudió por dentro.

Fue un comienzo delicado, pero no titubeó, y Willow tuvo la sensación de que estaba teniendo cuidado para no asustarla.

Sintió que separaba los labios y contuvo el aliento, intentando analizar el momento, guardarlo para poder examinarlo más tarde, pero pensar era imposible. Su sabor era perfecto, y a diferencia de otros hombres a los que había besado en el pasado, no sintió deseos de separarse.

Jack movió con suavidad la lengua dentro de su boca al tiempo que la

apretaba un poco más contra sí, y Willow sintió que caía en un universo en el que solo estaba Jack, y tuvo la necesidad de agarrarse a algo. Apoyó las manos en su pecho. Era firme e irradiaba calor. Aun a través de la tela de la camisa podía sentirlo. Él bajó las manos hasta su cintura para que sus cuerpos se pegaran el uno al otro.

No quería que hubiera aquella sintonía entre ellos, casi como si estuvieran hechos el uno para el otro, pero su beso seguía inflamando sus sentidos, y le gustaba el modo en que le acariciaba la nuca bajo el pelo.

Su abrazo no parecía querer retenerla como la primera vez, y la pasión no la dejaba pensar. Jack fue bajando de nuevo las manos por su espalda hasta alcanzar las nalgas y poder apretarla contra él. Sentir su erección le cortó la respiración e hizo que se humedeciera entre las piernas. Sabía que lo deseaba, pero aquello era distinto. Aquello era un deseo que hervía, y deseaba con desesperación sentir y poderle sentir, tener más de él. Metió las manos bajo su camisa y acarició la espalda, a lo que él respondió hundiendo más la lengua en su boca. Jack echó hacia atrás su peso para quedar apoyado en la pared y levantó la cabeza. Willow sintió de inmediato el frío del abandono de su boca.

–Un beso… creí que me bastaría con un beso, pero quiero más.

Ella también lo quería, pero no podía olvidar que era Jack, y ahora que el contacto había quedado roto…se separó y él la dejó hacer.

–Esto se nos ha descontrolado –murmuró Willow.

–Yo no lo creo, pero imagino que no estás preparada para nada más.

Había frustración detrás de aquellas palabras, una frustración que ella también sentía, pero de ningún modo iba a acelerar las cosas con él, y lo ocurrido solo iba a servir para que la confusión fuera aún mayor.

–Lo siento, pero no puedo lanzarme a algo así. Cuando vine aquí esta noche, estaba convencida de que eras uno de esos tíos de solo yo, yo y yo.

–¿Y ahora?

–No estoy segura. Por eso necesito tiempo para pensar.

Aquel calor había derretido el hielo de su deseo de venganza.

–Me parece bien –asintió él–. Vas a tener todo el tiempo del mundo para pensarlo porque me marcho para Los Ángeles en cuanto acabemos el rodaje mañana. No volveré hasta dentro de una semana.

Iba a echarle de menos. Y eso no se lo esperaba.

–¿Volverás a cenar conmigo el sábado que viene? Pero no aquí. Quiero que sea una cita de verdad, ir a buscarte e invitarte fuera.

–Sí –contestó, y la voz volvió a fallarle–. Espero poder hablar en

condiciones para la semana que viene.

–Me gustas tal y como eres, Willow.

Ojalá pudiera creer lo que decía, pero no la conocía lo suficiente, ni cuando estaban en el instituto, ni en aquel momento. En el plató, lo trataba del mismo modo que a todos los otros famosos: con cierta indulgencia mezclada con desdén. Y ahora decía que le gustaba. ¿Cómo podía ser? Si ni siquiera estaba segura de gustarse a sí misma…

–Estás hablando por hablar, ¿verdad?

Había un matiz de fragilidad en su voz.

Jack sentía que Willow seguía huyendo de él, y por mucho que hiciera por acercarla, seguía pisando sobre una delgada capa de hielo. Literalmente sabía navegar bien sobre placas de hielo, ya que había estado en el Polo Sur con el explorador Jefferson Haldon hacía dieciocho meses, pero aquello era distinto.

Por otro lado, las relaciones personales siempre habían sido difíciles para él. Que le dieran un obstáculo físico y le dijeran que era insalvable, que él encontraría el modo de saltarlo, pero, si le daban una mujer y le decían que era imposible, se quedaba bloqueado. Resultaba frustrante ser consciente del camino que había recorrido desde Frisco, Texas, y darse cuenta de que con las mujeres seguía en el punto de salida.

–Willow, estoy siendo sincero, hay algo en ti que me intriga, aunque me estés poniendo miles de trabas.

–Lo achacaremos al ego.

–Puede ser. No estoy acostumbrado a que me ignoren.

–Entonces no puedes estar seguro de que te guste.

¿Sería la sinceridad la clave para ganarse a aquella mujer?, se preguntó Jack, cruzándose de brazos. La sinceridad era arriesgada, porque no siempre la verdad era agradable.

–¿Quieres saber un secreto?

–Claro.

Pero su mirada era recelosa, como si esperara que le dijese algo… doloroso, quizás. No podía descifrarla. Ni siquiera cuando estaban en el instituto.

–Que no estoy seguro de gustarme a mí mismo.

¡Demonios! ¿De dónde le había salido aquella frase? Lo que pretendía

era decirle que no podía esperar que le gustase si seguía ocultándose de él, y no que hacía mucho tiempo que había perdido la capacidad de sentir algo por otra cosa que no fuera un desafío.

–No esperaba que fueras tan sincero. ¿Y qué es lo que no te gusta de ti mismo? Eres encantador…

–No creía que te hubieras dado cuenta –bromeó él con una sonrisa calculada que le ayudase a volver a pisar terreno conocido.

–Es imposible no hacerlo cuando te pasas la vida cortejando a los demás.

–Ese es mi trabajo. No podría hacerlo bien si la gente no quisiera hablar conmigo. Soy el anfitrión.

–En eso tienes razón. Entonces, ¿es solo para la galería?

Jack se encogió de hombros.

–Me gusta hablar con la gente y oír sus historias. Me fascinan.

No siempre había sido así. Hubo un tiempo en su vida en el que estuvo tan centrado en sí mismo que ni siquiera reconocía la existencia de los demás. Pero su accidente y llegar a tocar fondo le cambiaron.

–A mí también, siempre y cuando esas historias estén dirigidas a progresar en mi trabajo.

Estaba centrada en su profesión, y él lo respetaba.

–¿Solo piensas en el trabajo?

Ella negó con la cabeza, pero a continuación hizo una mueca.

–Sí, la verdad. Incluso cuando estoy por ahí con mis amigos, siempre estoy pensando en mi siguiente proyecto. Pero ya sabes cómo es nuestro negocio. Si desconectas un segundo, alguien te adelanta y al día siguiente, nadie recuerda tu nombre.

–Los descansos solo pueden ser cortos. ¿Y si cuando vuelva a la Costa Este haces pellas por un día?

Necesitaba tenerla solo para él al menos un día, a ver si valía la pena lo mucho que alteraba su vida.

–¿Para qué?

–Porque quiero darte algo que no eres capaz de darte tú a ti misma.

Quería que se centrara en él, y ni el encanto, ni los regalos caros iban a conseguirlo. Estaba claro.

–No sé si quiero recibir esa clase de regalo.

–Tú te lo pierdes. Pensándolo bien, lo reclamo como el favor que me debes.

–Oye, que ya te lo has cobrado con el beso de antes.

–Ay, es verdad. Bueno, vale. Esperaremos a que pase nuestra cita, o mejor aún, en nuestra cita quedará prohibido hablar de trabajo.

–Si eso es lo que quieres… tengo que irme, de verdad.

Pero no hizo movimiento alguno para alcanzar la puerta. Parecía tan reticente a poner punto final a la noche como él.

–No hemos podido disfrutar del café con esa pequeña crisis que hemos tenido que solucionar. ¿Quieres otra taza?

–No, gracias. Si tomo más café, no pegaré ojo en toda la noche.

–¿Y si probamos a ver dónde nos lleva otro beso?

–Querría decir que sí. Por eso sigo aquí. Pero es que no entiendo por qué me atraes –le espetó–. Habría sido mucho mejor que tu beso me hubiera repelido.

Él se echó a reír.

–¡Desde luego, eres única! Siento no haberte repugnado.

Willow le contestó con una media sonrisa que le demostró lo vulnerable que podía ser, algo que Jack encontró bastante raro, dado que siempre ejercía un férreo control sobre sí misma y las situaciones.

–Es que lo complica todo mucho.

–No creo que sea la primera vez que te ocurre. Salir con alguien nunca es tan sencillo como nos gustaría.

–No suelo salir demasiado –admitió ella–. Como has dicho antes, el trabajo es lo principal para mí.

–¿Nadie te ha invitado a salir?

–Claro que sí, pero estoy muy ocupada, y nadie me ha llamado la atención lo suficiente para… –¿Para qué?

Willow ladeó la cabeza y lo miró detenidamente a los ojos.

–Para arriesgarme a sufrir.

–No en todas las relaciones se sufre.

–No quiero hablar de eso –cortó, dando media vuelta y acercándose a la puerta.

–¿Quién te hizo daño? ¿Fue un amante, o tu padre?

Ella lo miró por encima del hombro.

–No importa. Ahora no.

Le había sorprendido comprobar lo intuitivo que era Jack, y no le había hecho mucha gracia. Una apuesta divertida con Nic era una cosa y dejar que Jack traspasara la barrera de sus defensas, otra bien distinta. Hablaba en serio al decir que hubiera preferido que su beso le desagradara.

Entendía por qué Nichole quería que acudiera a aquella cita, pero ella no se había dado cuenta de lo mucho que se había ocultado de su pasado hasta aquel momento. Las emociones que había creído olvidadas se habían despertado y le habían hecho decir y hacer cosas que su sentido común no deseaba hacer.

–Creo que no importa –dijo Jack–. No quiero luchar contra un fantasma. Cuéntame los detalles para que pueda saber a lo que me enfrento.

«Ni lo sueñes». No quería ponerse trágica con él. Siempre había pensado en su búsqueda épica de venganza como en una especie de relato antiguo. Así le resultaba más fácil esperar a disponer de la oportunidad de devolvérselo. La venganza no era un proceso en el que se obtuviera una gratificación inmediata. –Esta ha sido nuestra primera cita. Se supone que deberías estar pensando en plantearme una segunda, y no en con qué otros hombres puedo haber salido.

–Estoy pensando en eso, Willow, pero sé que no vas a enamorarte de un hombre si no puedes confiar en él. Y por ahora todo lo que he hecho que te haya impresionado ha sido darte un beso que no te ha dado asco.

–Que no me dé asco es mucho más para mí de lo que te imaginas –replicó, intentando llevar la conversación a aguas más tranquilas sin que él se diera cuenta de lo desesperadamente que estaba intentando poner punto final a aquella conversación.

–Me siento halagado. Pero me he dado cuenta de que hace falta algo más que un beso para conquistarte.

–¿Y por qué me tienes que conquistar? ¿No puedes hacer lo que sea que hagas siempre?

–De ningún modo. Ese sería el modo más seguro de tenerte solo una noche.

–¿Y quieres algo más? ¡Pero si ni siquiera me conoces!

–Eso es cierto, pero precisamente lo que quiero es conocerte. Cada vez que estoy contigo, lo que no quiero es separarme de ti. Sé que no queda bien

admitirlo, pero estoy obsesionado contigo.

–¿Obsesionado conmigo? En cuanto me hayas conseguido, pasarás a la siguiente.

–No lo creo. Por eso necesito saber más de ti.

Que hubiera admitido estar casi enamorado de ella, era algo que obraba en su favor. Si quería consumar su venganza, tenía las cartas en la mano, pero había entrado en un conflicto: le gustaba Jack.

Tenía un lado humilde que le atraía, era divertido y encantador, y besaba de tal modo que a punto había estado de tirarse con él al suelo.

–Entonces, la cita del próximo sábado va a ser un punto de inflexión para nosotros.

–A menos que quieras quedarte aquí ahora y charlar toda la noche. Mañana temprano tengo que tomar el avión para Los Ángeles, así que no me importaría.

–¿Ah, no? ¿No necesitas descansar como el resto de los mortales?

–Claro que sí, pero por ti, renunciaría a ese descanso.

Tenía que trabajar al día siguiente, pero siendo sincera tenía que admitir que lo más probable era que aquella noche durmiese más bien poco pensando en él. Pero quedarse allí sería un error mayúsculo, y con él ya había agotado su cupo de errores.

–No puedo. No estoy preparada para tanta intensidad contigo, Jack. Aún no estoy convencida de que no estés jugando conmigo.

Durante una fracción de segundo tuvo la impresión de que sus palabras le habían hecho daño, pero enseguida se encogió de hombros.

–No me gustan los juegos.

–Puede que no, pero no te conozco aún lo suficiente. Gracias por haberme ayudado con Deidre.

–No hay de qué. Me gusta ayudar.

–Eso es cierto.

Puso la mano en el pomo de la puerta y se volvió a mirar. La expresión de Jack era melancólica, y se le ocurrió de pronto que quizás Nichole supiera que Jack era de la clase de personas a las que les gusta ayudar. ¿Cómo era posible que una persona que la había tratado con tal insensibilidad en el instituto hubiera llegado a ser aquel hombre?

–Buenas noches –se despidió él.

–Buenas noches –respondió, y cerró la puerta tras de sí. Respiró hondo.

El corazón le latía acelerado y en el fondo no deseaba separarse de él.

Tenía que andarse con más cuidado. ¿Cómo era posible que Jack supiera lo que debía hacer y decir para lograr que se sintiera así? ¿Por qué no habría conocido a ningún otro hombre que tuviera esa capacidad?

¿Por qué él?

Echó a andar hacia la calle, y justo antes de llegar a la puerta, cayó en la cuenta de que se había olvidado del abrigo. Si no hiciera tanto frío, no volvería a buscarlo pero, cuando llegó, nevaba, así que volvió y llamó a la puerta.

Él abrió con su abrigo en la mano. Se había puesto el suyo, una bufanda, y llevaba las llaves.

–Iba a buscarte –le dijo.

La luz del vestíbulo le hacía brillar el pelo y resaltaba los ángulos de su cara. La verdad es que era un hombre muy guapo, y en parte estaba enfadada con él por ser tan atractivo. La vida sería mucho más fácil si no lo fuera.

–Vas a necesitarlo –añadió.

Ella asintió e hizo ademán de recogerlo, pero él lo abrió, invitándola a dejarse hacer.

–Date la vuelta.

Hacía mucho tiempo que alguien la había ayudado a ponerse el abrigo, y aquel pequeño gesto la conmovió. Le hizo recordar las otras cosas que había hecho aquella noche por otras personas.

Si estaba jugando con ella… porque tenía que estar jugando, ¿no?

Le levantó la melena para sacársela del abrigo.

–Vaya… –masculló.

–¿Qué?

–Nada. Es que me había apostado conmigo mismo a que tu pelo no era tan suave como parecía.

–¿Y?

–Lo es más.

Soltó el pelo y volvió a entrar en su casa mientras Willow se quedaba allí de pie, sintiéndose más confusa y sola de lo que lo había estado desde hacía mucho, mucho tiempo.

Capítulo Cuatro

Peter Mullen era delgado como un látigo y tenía una sonrisa que incitaba a sonreír. No era excesivamente alto, pero su profesión tampoco se lo hubiera permitido: era piloto de carreras. Los cubículos de esos cacharros no estaban diseñados para gigantes.

–¿Sabes lo que acaba de decirme Deidre? –preguntó Kat, acercándose a Willow. Iban a rodar aquel día en la Fundación para la Diabetes Infantil, con la que Peter colaboraba estrechamente.

–¿Qué?

–Pues que no entiende lo de las carreras. Que es dar vueltas y más vueltas sin ningún sentido.

–¿Y qué le has dicho tú?

–Pues que me crié en el sur, y que todo lo que tenemos allí son precisamente carreras: karts, motos, lo que sea… con que se mueva, los tíos lo montan –sonrió.

Willow tuvo que reírse. Kat era cinco años más joven que ella, pero compartían la misma sensibilidad, y esa era una de las razones por las que la había contratado.

–¿En serio?

Daba la impresión de que Deidre estaba decidida a que las cosas no le funcionaran con Peter.

–¿Crees que debería explicárselo? –le preguntó a Kat, aunque no estaba segura de poder explicarle dónde estaba la gracia de una carrera.

–No. Ya le he dado un iPad con la información cargada, y le he dicho que, si Peter podía leer sus columnas, lo menos que ella podía hacer era intentar entender por qué él se gana la vida como lo hace.

–¿Se lo has dicho así?

–¿Tan tonta crees que soy? ¡Pues claro que no! Pero es lo que hubiera querido decirle. ¿Por qué narices habrá acudido esa mujer a un servicio de búsqueda de pareja?

–No lo sé. Hablaré con ella.

Entendía que se pudiera dudar. Todo el mundo llevaba sus cicatrices de guerra en lo referente a las relaciones y al amor, pero Deidre había buscado estar en aquella situación.

–De acuerdo. Yo hablaré con Peter.

Tenia la impresión de que Peter le gustaba a Kat más que como un simple amigo. Cada vez que estaban juntos en el plató, Kat le andaba cerca, flirteando y tonteando con él.

–Está comprometido.

–Lo sé –contestó Kat.

–Pues no lo olvides.

Peter y Deidre eran la última pareja que iba a aparecer en aquella temporada de Sexy and Single, y pretendía que su final fuese espectacular para que los anunciantes quisieran aparecer en la temporada siguiente, y asegurarse también la fidelidad de los espectadores.

Entró en el espacioso lavabo que habían pedido como camerino para aquel rodaje, y encontró a Deidre sentada ante una pared de espejo, sola. Le pareció pequeña y algo perdida, pero en cuanto notó su presencia, fue como si se hubiera accionado un interruptor y su aspecto cambió por completo.

Ante sus ojos se materializó la famosa consejera en cuya columna se ofrecían recomendaciones sobre cómo atajar los problemas con mano dura y con amor. Pero Willow había visto a la mujer que había tras la máscara y por primera vez sintió compasión por ella.

–Hola. ¿Qué tal vas?

Deidre se volvió hacia ella y su mirada clara y gris atravesó la capa de delicadeza que la madre de Willow le había inculcado desde pequeña.

–No voy a ponerme difícil. He hablado con Mona y con Jack, y sé lo que quieres de mí.

–Aquí estamos solas tú y yo, Deidre. No hay audiencia, así que nadie va a juzgarte. Soy solo otra mujer que como tú ha tenido sus relaciones problemáticas, y que te está preguntando cómo estás.

Deidre la miró en silencio unos segundos antes de contestar:

–No estoy segura de lo que esperaba de todo esto… pero no me gusta Peter.

–¿Qué es lo que no te gusta de él?

–Es que es demasiado… –bajó la mirada.

–¿Demasiado qué?

–Demasiado. Hace que me enfrente a cosas a las que no quiero tener que enfrentarme. Yo quería un hombre que fuese solo un compañero, pero él quiere más.

En aquel momento, la comprendió a la perfección.

–Lo entiendo. ¿Te sientes atraída por él?

–Sí, y no entiendo por qué. Nunca habría escogido a un hombre como él.

–Es posible que ese sea el quid de la cuestión. Mona tiene la habilidad de ver más allá de las cosas que creemos querer y de encontrar a alguien que pueda complementarte.

–¿Cómo lo sabes? ¿Te has puesto en sus manos? –preguntó Deirdre, clavándole la mirada. Willow se sintió incómoda.

–No, pero una de mis mejores amigas, sí. La emparejó con un hombre que a Gail le parecía completamente opuesto a ella, pero se equivocaba. No estoy diciendo que le fuera fácil, pero tienes que darle a Peter una oportunidad. Y a Mona.

–Ya he dicho que iba a hacerlo.

La fragilidad que había mostrado un momento antes, había desaparecido.

–Lo sé, pero tienes que dejar entrar a Peter en tu vida de verdad o no sabrás si es hombre para ti.

–Ya. No me estás diciendo nada que no les haya dicho yo a mis lectores, pero es más fácil decírselo a otro que correr el riesgo. No sé si voy a ser capaz.

–Nada duele más que si te parten el corazón –sentenció, hablando aquella vez por sí misma. Por eso ella titubeaba con Jack. Si pudiera encasillarlo en la definición de un mujeriego encantador, no le costaría lo más mínimo poner en marcha su venganza y a otra cosa, mariposa. Pero es que era mucho más que eso.

–Exacto. Y viendo cómo se mueve, cómo sonríe… tengo miedo de enamorarme de él y que yo solo sea una vuelta más en el circuito.

Acababa de definirle lo que le había pasado a ella la otra noche con Jack. Por supuesto, era más fácil animar a Deidre a darle una oportunidad a Peter porque dar consejos era mucho más fácil que recibirlos.

–Son solo seis citas –dijo–. Bueno, cinco ya.

–Con seis me va a bastar para enamorarme de él –respondió Deirdre con tanto miedo que Willow pensó en darle un abrazo.

–¿Tú crees?

–Por eso me da tanto miedo seguir.

–Pero lo vas a hacer, ¿no?

–Tengo que hacerlo. Si ahora me echara atrás, no podría volver a correr este riesgo nunca más. Para mí –sonrió–, es Peter, o ninguno.

–¿Por qué acudiste al servicio de búsqueda de pareja? No me malinterpretes, pero no me pareces una persona que comparta su vida con facilidad.

–Precisamente esa fue la razón. ¿Sabes qué suelo hacer la mayoría de los días?

–No.

–Pasarlos sola con mis gatos, escribiendo consejos para personas que… que están ahí fuera, viviendo su vida. Pasé las vacaciones de verano en casa de mi tía abuela, y allí fue donde me vi a mí misma y me di cuenta de que ese iba a ser el camino que iba a llevar si no hacía algo. Por mucho que Peter me asuste, no quiero ser como la tía Randi.

Aquellas palabras se le quedaron reverberando en la cabeza durante todo el día. No solía pensar en el futuro porque estaba completamente centrada en el presente y se dejaba guiar por el pasado. Pero se imaginó a sí misma sola en una enorme casa, y eso la asustó más que arriesgarse con Jack.

–¿He ganado ya ese viaje con todos los gastos pagados al Red Door Spa? –le preguntó Nichole al tiempo que se sentaba en el banco del restaurante, al lado de Willow, dejándola atrapada contra la ventana. Gail ya había ocupado el de enfrente.

Habían ido a un restaurante llamado China Fun. Se lo había recomendado a Nichole un compañero de America Today.

–Todavía no. Más vale que la comida esté buena.

–Sé que la comida china no es lo tuyo, pero a mí me apetecía muchísimo. Además, Conner me ha dicho que ya no puede hacer más dim sum –explicó Nichole, frotándose la tripa.

–Me debes una.

–Y a mí –intervino Gail–. Russell quería venirse, pero como Nichole me ha contado lo de la apuesta, le he hecho quedarse en casa. Quiero saber los detalles.

El camarero que fue a tomar nota de sus bebidas la salvó de tener que empezar con las explicaciones, pero en cuanto se marchó, las dos se volvieron a mirarla.

Había una razón para que se dedicara a producir y dirigir programas de televisión, y era que no le gustaba sentir la atención centrada en su persona. Pero aquellas mujeres eran sus mejores amigas y necesitaba hablar con ellas, pero no tenía ni idea de qué decir.

–Jack no es tan gilipollas –dijo al fin.

Gail, que estaba bebiendo agua, se echó a reír y a punto estuvo de atragantarse.

–¡Ay, Dios! No hagas eso cuando estoy bebiendo.

–Perdona. Es que… no sé qué decir.

–¡Pues has empezado de maravilla! –intervino Nichole–. Pero eso ya lo sabíamos… o al menos yo lo sabía. ¿Tú has hablado con él, Gail?

–No mucho. Solo cuando estuve en el programa. Así que estuviste en su casa. ¿Cómo es?

–Acogedora. Su ama de llaves nos dejó la cena hecha.

Recordó la velada. ¿Cómo iba a explicarles lo del beso? Si ni siquiera se sentía cómoda pensando en él, ¿cómo se lo iba a contar a sus amigas?

–Qué bien. ¿Y qué más?

–Tenía un Beckendorf en una pared.

–Ah. Cosas del destino. Me alegro de haberte convencido de que no te rajaras –dijo Nichole, e hizo un gesto al camarero–. Lo siento, chicas, pero me muero de hambre. ¿Podemos pedir ya? Willow asintió. Cualquier cosa era preferible antes que hablar de su cita con Jack. ¿Cómo podía ser cosa del destino lo suyo? El karma, aún, pero nada más. No había nada de sorprendente en que ambos apoyaran a un artista de Texas.

Su iPhone vibró y miró los mensajes. Solían ser de Twitter o de Facebook, pero en aquella ocasión se trataba de un mensaje de texto de Jack con una foto de sí mismo bajo un cartel en el que se leía Sunset Boulevard. Encima había un anuncio de Sexy and Single. El mensaje que había escrito era: Próxima parada, Emmy.

Se echó a reír. Sabía cómo tratarla. Había comprendido que, para ella, lo más importante en su vida era el programa.

–¿Qué es eso? –preguntó Gail, inclinándose hacia ella.

–Qué mono –dijo Nichole–. Menuda sesión de spa me voy a dar a tu costa.

–De eso, nada. Aún no has ganado. Es encantador, y lo sabe.

–Pues claro que lo sabe –comentó Gail–. Mi madre habría dicho de él

que Dios le ha sonreído, y tendría razón. ¿Vas a contestar?

–No mientras os tenga a vosotras como buitres.

No le importaba compartir cosas con sus mejores amigas, pero algo así… bueno, aún no sabía cómo iba a manejarlo, y no quería tener testigos si el resultado era que se estrellaba de bruces.

–Vale. Tengo que ir al baño –dijo Nichole–. Gail, vente conmigo, no me vaya a caer.

–Lo del embarazo se te está subiendo a la cabeza. No eres una princesa, ¿sabes? –protestó Gail mientras se levantaba para acompañarla.

–Sí que lo soy.

Siguieron diciéndose tonterías a medida que se alejaban de la mesa y Willow miró su teléfono y aquella foto de Jack en la que sonreía alzando los dos pulgares. Ella nunca tendría la confianza suficiente para enviarle una foto parecida a él.

¿Y por qué no? No tenía nada que perder, y aquella era la oportunidad de pasar página.

Tomó la copa de vino en la mano y se hizo la foto. Luego escribió: Yo pago las copas en la fiesta de los Emmy.

Lo envió antes de que pudiera cambiar de opinión y se guardó el teléfono en el bolsillo. Jack la estaba volviendo loca y había empezado a actuar como… como si nunca le hubiera hecho pedazos el corazón. Eso debía de ser bueno, ¿no?

Era consciente de que, a lo largo de los años, había dejado pasar muchos hombres buenos porque había tenido miedo de bajar la guardia, y precisamente con Jack, con el que debía redoblar las defensas…

–¿Has enviado el mensaje? –preguntó Gail al volver.

–Sí. ¿Dónde está Nic?

–Hablando con Conner. Necesitaba… no se lo digas, pero estoy pasándolo mal con lo de su embarazo.

Willow le pasó un brazo a su amiga por los hombros. Gail siempre había querido tener familia, y por eso se había animado a acudir a Matchmakers Inc. Cuando Russell y ella ya salían juntos, supo que él era estéril. Para ella fue un golpe duro, y para Willow una gran sorpresa, dado que Russell había sido denunciado en varias ocasiones como padre de los hijos que habían tenido algunas de sus novias.

–Lo siento.

–No, no lo sientas. Tengo a mi lado a un hombre maravilloso y una

buena vida. Es que a veces no puedo evitar sentir envidia.

–Yo también. Nic hace que parezca tan fácil…

–¿Quién hace que todo parezca fácil? –preguntó la aludida al volver a sentarse.

–Tú –contestó Willow.

–Ya. ¡Pero si estoy hecha un asco! No puedo tomar cafeína estando embarazada, tengo los pies hinchados, y aunque lo niega, estoy segura de que Conner no querría verme hecha un tentetieso.

–Es curioso que desde fuera nadie parezca tener problemas.

–Pero todos los tenemos –dijo Gail.

Todo el mundo, sí. ¿Los tendría Jack también? ¿Qué estaría ocultando?

Willow acudió al trabajo como cada mañana y se encontró con un paquete de FedEx sobre la mesa. Sus oficinas del centro recibían paquetes a menudo, pero aquella era la primera vez que Jack le enviaba algo. Abrió la caja, de tamaño medio, esperando… pues no sabía bien qué esperar. Inclinó la caja sobre la mesa y cayeron tres cajitas envueltas.

Se sentó y las estudió despacio. ¿Por qué le habría enviado aquello? Con un hormiguillo tremendo en el estómago, acercó una de las cajas y empezó a quitarle el papel. Entonces vio que había una pequeña nota bajo los regalos.

Willow,

Fue verlas y pensé en ti. Espero que te gusten. Estoy deseando que llegue el sábado.

Jack

Dejó a un lado la nota y abrió la primera caja, de forma rectangular, con tanto cuidado que se sintió tonta. ¡No iba a ser una bomba! Había otra nota pegada a la caja: Un abrazo que no te pondrá los pelos de punta.

Abrió y sacó una figurita de dos osos abrazándose. El más grande de los dos, tenía los ojos del mismo color que Jack. Acarició despacio la figura y colocó la nota bajo la peana, cerca del teléfono, de modo que pudiera verla todo el tiempo pero que no se viera desde fuera del despacho.

Le tocó el turno a la siguiente caja. No pensó en las emociones que la estaban sacudiendo en aquel momento porque no estaba preparada para

enfrentarse a ellas.

El segundo regalo estaba también en una pequeña caja de color marrón y, cuando la abrió y le quitó el papel de burbuja que la protegía, resultó ser una rana con una pequeña coronita sentada en un cojín rojo. El cojín estaba sujeto a la tapa de una pequeña caja de madera, y al abrirla encontró otra nota: Incluso yo sé que soy un príncipe con aspecto de rana.

Las lágrimas se le agolparon en los ojos. ¿Cómo podía saber Jack lo que tenía que decirle? ¿Podía haber quedado a la vista su alma tan solo en una cena? No podía ser. Ella le había dicho que era encantador con sarcasmo, y así lo había interpretado él.

La resolución con que se había aferrado a los deseos de venganza empezaba a derretirse, y eso la preocupaba. Estaba consiguiendo que sintiera algo por él, y aún peor, que él lo sintiera por ella. Casi le daba miedo abrir la tercera caja, pero cuando lo hizo se encontró con unos pequeños dijes para las copas de vino que le recordaron a Texas: eran tres pequeñas botas de vaquero en rojo, blanco y azul, y tres sombreros de vaquero en otros tres colores.

Para que recuerdes el pasado que compartimos.

Se levantó y fue hasta la ventana. Había conseguido encontrar cosas que le hablaran directamente al alma, pero aquella última, la que recordaba su pasado común, era la que le estaba provocando el mayor conflicto.

No quería recordar al Jack de entonces, pero era consciente de que aquel muchacho estaba en el hombre que era en la actualidad, y no quería confiar en aquel muchacho. Lo había hecho en una ocasión y había pagado las consecuencias.

–Eh, jefa, ¿estás preparada para un día de amor en la ciudad? –le preguntó Kat, sonriente, al llegar.

Llevaba uno de esos absurdos sombreros con forma de cabeza de animal que vendían a los turistas en Times Square, y un chaquetón marinero que había heredado de su abuelo al morir.

–Siempre.

–Con un café, mejor –dijo Kat, sacando las manos, que llevaba escondidas a la espalda. Tenía una taza de Starbucks en cada una–. Soy la mejor ayudante del mundo.

–Sí que lo eres –contestó, acercándose a ella.

Pero mientras revisaban lo que habían grabado el día anterior y tomaba notas para el editor, no pudo evitar que la vista se le fuera hacia las figuritas que tenía sobre la mesa.

–Willow…

–¿Sí?

–Te llaman. Es Jack.

–Contesto en el despacho –respondió. Entró, cerró la puerta y descolgó el auricular.

–Willow.

–Buenos días. ¿Has recibido mi paquete?

Su voz profunda le acarició los sentidos de tal modo que tuvo que frotarse los brazos y cerrar los ojos. Le vino a la memoria la última vez que habían hablado en el vestíbulo de su edificio. Mil veces había pensado que debería haber dado la vuelta y haber hecho el amor con él. Así podría haberse marchado a la mañana siguiente manteniendo sus emociones a salvo.

Pero, al evitarlo, había abierto la puerta a nuevas citas, lo cual sabía que era un error. Los regalos, los mensajes y aquella llamada eran síntomas inequívocos de que se estaban metiendo en demasiadas profundidades.

–Sí… ¿cómo es que me llamas tan temprano? ¿No deberías estar durmiendo?

Eran las nueve en la Costa Este, con lo cual tenían que ser las seis en Los Ángeles.

–Esta mañana tengo rodaje con P.J. Montaine. Surfeando en Malibú.

–Tienes una vida muy dura, ¿eh?

No estaba preparada para hablar con él de nada importante. Necesitaba tiempo e intimidad, y esperaba tener ambas cosas antes de volver a verlo.

Se hizo un silencio en la línea y buscó algo que decir para poner fin a aquella conversación.

–¿Te han gustado los regalos?

–Sí. Me has hecho sonreír. Gracias.

–De nada. Los vi en una tienda de la sala de espera del aeropuerto y como estaba pensando en ti… –¿Ah, sí?

–Constantemente –Jack suspiró–. Estoy deseando volver a verte. ¿Y tú?

Willow respiró hondo.

–Yo también he pensado en ti. Sin duda eres el hombre más complicado que he conocido.

–Pareces frustrada.

–Lo estoy.

–¿Sexualmente hablando?

Ella se echó a reír.

–Un poco, sí, pero todo sería más fácil si se tratara solo de sexo. ¿Es así para ti también?

Capítulo Cinco

Sexo. Quería saber si andaba tras ella solo por el sexo. Así había empezado, y no iba a engañarse. Pero había salido con suficientes mujeres como para saber que eso no podía confesarse en voz alta.

Pero algo había ocurrido en un momento inesperado, estando en el plató con la segunda pareja del programa, Alex Cannon y Fiona McCaw. Fiona había llevado a su hijita, Bella Ann, al rodaje.

Ver a Willow con la niña en brazos había sido como un relámpago de luz para él. Había vislumbrado algo tras la armadura, algo que había accionado un resorte en su interior. Había visto adoración y añoranza en su mirada, y se había prometido que él iba a darle lo que deseaba.

–¿Jack?

–¿Sí? –respondió, aún perdido en el pasado y en una fantasía en la que ninguno de los dos tenía las presiones de su trabajo o de su estilo de vida, además de la reticencia de ella en todo lo relativo a hombres.

–¿Es solo sexo para ti?

Le pareció percibir un tinte de desilusión en su voz. Y no le gustó la sensación de ser él el responsable.

–Debería habérmelo imaginado –concluyó ella.

–No imagines palabras que yo no he pronunciado, Willow. Por supuesto que te deseo. Eres una mujer muy sensual, y cuando estoy contigo no puedo evitar pensar cómo sería tener tus piernas rodeándome las caderas. –¿Ah, sí? –pareció sorprenderse.

–Sí –contestó él–. Pero no es solo eso. También pienso cómo será notar tu melena en mi pecho cuando te tenga abrazada después. Y eso no quiere decir que solo quiera sexo de ti.

–¿Por qué no? Así podríamos acostarnos una noche y seguir con nuestras vidas después.

–No sé –se sinceró. Eso era lo que siempre había hecho hasta entonces, pero en aquel caso… quería más–. Hay algo en ti que me empuja a pedir más. Aun cuando me estás rechazando, eres tú la única mujer a la que deseo tener.

–A lo mejor es por eso, porque te parezco inalcanzable y quieres demostrarte a ti mismo que puedes conseguirme.

–No. Vas a sorprenderte, pero no eres la primera mujer que me rechaza.

Era posible que, cuando se encontraron por primera vez en el plató, el reto de vencer su resistencia fuera su motivación, pero fue verla con aquella niña en brazos lo que lo cambió todo.

No quería pensar que era él quien había cambiado. No quería admitir que quizás le pedía algo más a la vida. –Nunca creí que reconocerías algo así en voz alta.

–Bueno, es que no quiero que te lleves una impresión equivocada de mí.

Normalmente le tenía sin cuidado lo que la gente pudiera pensar de él. Sabía que la mayoría achacaba a la suerte su buena estrella, pero ninguno de ellos comprendía el coste que acarreaba semejante suerte. Nadie pensaba que sus sueños habían tenido que morir para que aparecieran aquellas oportunidades. y no quería que Willow fuese otro sueño truncado de su pasado.

–¿Y qué impresión debería llevarme?

Ojalá pudiera verle la cara y saber qué esperaba de él. No le gustaba aquella sensación, tan parecida a cuando se despertó en el hospital después de su lesión. No tenía ni idea de lo que iba a hacer con su vida, ni de qué dirección iba a tomar.

Corría el peligro de decir algo equivocado y alejarla. O de decir lo que esperaba y acercarla. ¿No sería esa la clave? Nunca había sabido qué era lo que debía decirle a una mujer, y menos aún a Willow.

–Que soy un hombre que quiere dejarte buena impresión. No quiero que me eches al montón de los tipos por los que hayas sentido algo para acabar descartándolos.

–¿Cómo sabes si he sentido algo por algún otro hombre?

Desde luego era imposible acercarse a ella, porque cada vez que creía haberla entendido, aparecía algo más.

–Porque ya no eres una adolescente y nadie llega a nuestra edad sin haber pasado por algún desengaño.

–¿Incluso el encantador Jack Crown?

Se le daba de maravilla darle la vuelta a sus preguntas y que acabara siendo él el interrogado.

–Creía que mi regalo lo había dejado claro: sigo teniendo apariencia de rana.

–¿Esperando el beso de la princesa?

–Es posible que ya haya recibido el beso adecuado la otra noche. Pero

es que no bastó con uno. Necesito más.

–Desde luego, con que me creyera solo la mitad de las cosas que dices, estaría metida en un buen lío.

Jack no supo cómo tomarse eso.

–Para mí esto no es un juego.

–¿Ah, no?

–No. Si me interesara esa clase de cosas, no estaría intentando perseguirte mientras grabo dos programas y me subo a aviones que me llevan de costa a costa.

–Entonces, ¿por qué me persigues?

–Porque por fin has dicho que sí. Es todo lo que sé, Willow.

–Cuando me dices esas cosas, me resulta difícil seguir dudando de ti –dijo ella tras una pausa–. Y no quiero que me gustes.

–¿Por qué?

–Tiene que ver con el instituto, pero no quiero hablar de ello por teléfono.

–Vale. El sábado podremos charlar. ¿Es que hice algo mal entonces?

–¿No te acuerdas?

Pues no. Tenía la máxima de nunca mirar hacia atrás. En parte se debía al hecho de que había perdido a su padre siendo aún muy niño, y a que se había visto obligado a cambiar de residencia constantemente con su madre, siempre en busca de trabajo.

–Pues la verdad es que no. Intento mirar solo hacia delante.

–Yo no puedo hacerlo. El pasado nos define como personas en el presente.

–Pero hay que desprenderse de él para evolucionar. ¿Es esa la razón de que no quisieras salir conmigo?

–Sí. El chico que eras entonces… bueno, da igual. Ya hablaremos de ello.

No quería soltar aquel hilo, pero también quería verle la cara cuando hablaran de ello. ¿Qué habría hecho? No recordaba nada de importancia de aquellos años. Se pasaba las horas en el campo de fútbol, entrenando para no perder la beca y que su madre no tuviera que preocuparse de la universidad.

–Está bien. En realidad solo te llamaba para asegurarme de que habías recibido mis regalos.

–Sí que los tengo. Gracias otra vez.

–De nada. Que tengas un buen día.

–Tú también.

Colgó y se recostó en la cama. Aunque sabía de antemano que el camino que le condujera a Willow iba a ser tortuoso, no se imaginaba aquello. ¿Qué habría hecho? ¿Sería algo que fuera capaz de hacer también en el presente?

Hacía más frío de lo que era habitual para el mes de noviembre, aun estando en el sur de California, pero era una época perfecta para el surf en Malibú, y el campeón P.J. Montaine se encontraba en uno de sus momentos gregarios, charlando con el equipo de rodaje mientras el cámara montaba la minicámara en una tabla de surf para poder grabar cada segundo de los que estuvieran en las aguas del Pacífico.

El trabajo de P.J. como surfista profesional era el argumento de aquel episodio de Extreme Careers, que era su programa favorito de cuantos presentaba.

–¿Preparado?

El director, Ben Johnson, se había acercado a él.

Jack miró primero las olas, luego a P.J., y después asintió. Cuanto antes grabaran y editaran aquella sesión, antes podría volver a la Costa Este, aunque teniendo en cuenta la reacción de Willow a sus regalos, quizás la distancia mejoraba las cosas entre ellos.

Quizás se debiera a su terquedad. Las demás mujeres con las que había salido querían pasar el rato saliendo a los mejores restaurantes y clubes nocturnos para poder ser vistas. Willow, sin embargo, parecía preferir comer en casa y recibir regalos suyos cuando no estaban en la misma ciudad.

–Qué locura.

–¿El qué? –preguntó P.J. al acercarse a él. P.J. había sido profesor suyo de surf, y ambos tenían cierto grado de confianza.

–Las mujeres.

P.J. se echó a reír.

–¡Y que lo digas! ¿Estás preparado para esto?

–Sí.

Tomaron las tablas y se metieron en el agua. Jack iba escuchando las instrucciones de Ben, y se colocó sobre la tabla para adentrarse más allá del

rompiente. El agua estaba fría, aun con el traje de neopreno. ¿Habría probado Willow el surf? ¿Le gustaría? A él sí que le gustaría verla en bikini.

–Yo voy primero –dijo P.J..

Jack asintió y le vio enfilar la primera ola. Había algo nadando cerca de su amigo, y se preguntó si sería la escuela de delfines que habían visto antes. Habían grabado la introducción con las marsopas jugando a su espalda.

Pero entonces vio una aleta dorsal justo al mismo tiempo que P.J. gritaba y caía al agua. Un tiburón. ¡P.J. había sido atacado por un tiburón!

Se lanzó hacia delante, intentando recordar los consejos que había oído en caso de ataque de un escualo. Pensó en atacarlo, en golpearle el morro con algo para que soltara su presa. Cerró el puño y golpeó al tiburón tan fuerte como pudo, y no solo una, sino tres veces seguidas. Había mucha sangre, tanta que apenas podía ver nada, pero consiguió agarrar a P.J. justo cuando el salvavidas que estaba de guardia se acercaba a ellos, y entre los dos lograron liberarlo y llevarlo hasta la orilla.

Jack no podía dejar de temblar mientras el médico trabajaba con P.J.. Pero su amigo no respondía ni aun cuando lo metían a toda prisa en la ambulancia.

–Voy con él –dijo, subiéndose junto al médico.

Nadie se opuso.

El director le gritó que se encontrarían en el hospital, pero Jack no pudo articular palabra. Había tenido encontronazos con la muerte en otras ocasiones, pero aquella… aquella le había dado un susto de muerte. No podía creerse que P.J. estuviera tumbado en aquella camilla, prácticamente sin vida, después de haber estado bromeando con él un segundo antes.

–¿Estás bien? –le preguntó el médico.

–Sí. ¿Sobrevivirá?

–No lo sé. Ha perdido mucha sangre, pero lo he estabilizado. Has estado muy rápido lanzándote así contra el tiburón. ¿Cómo has sabido lo que tenías que hacer?

–No lo sabía. Solo que tenía que hacer algo.

–Pues, si sale de esta, será gracias a ti.

«Dios, ayúdale a conseguirlo». Nunca había sido muy religioso, a pesar de los esfuerzos de su madre, pero en aquel momento, rezó.

Willow intentó no pensar en la última conversación que había

mantenido con Jack, y logró su propósito hasta que llegó a casa y se metió en la cama poco antes de la medianoche. Había sido una estupidez colocar a aquel príncipe rana sobre la mesilla, y dado que nadie iba a verla, lo besó.

Cerró los ojos y se imaginó a la rana convirtiéndose en Jack, y lo deseó con tanta intensidad que se dio cuenta de que había cruzado la línea. Una cosa era permitir que el nuevo Jack sanase la parte herida de su alma y otra distinta enamorarse de él.

Eso no formaba parte del plan. Jack no era hombre para ella. Necesitaba un hombre que estuviera en casa y que tuviera un trabajo normal para que ella pudiera ser la estrella de su relación. ¡Pero si no buscaba eso con Jack! Con él, solo pretendía vengarse. ¿Por qué demonios tenía que estar recordándoselo todo el tiempo?

Se dio la vuelta. Estaba claro que no iba a poder dormir, al menos en semejante estado de nervios. Se levantó, encendió el ordenador, y abrió el archivo de Sexy and Single que le había enviado el editor. El trabajo era lo que siempre la había salvado de sentirse sola y asustada.

Deidre y Peter tenían buena planta en la tele, pensó viendo el boceto. Ambos estaban acostumbrados a llevar las riendas, y a pesar del miedo que Deidre había admitido sentir cuando hablaron a solas, era capaz de flirtear con Peter.

Molesta consigo misma y sus pensamientos, fue a la cocina a prepararse una infusión. A lo mejor así conseguía descansar.

Pero lo dudaba mucho. Podía atribuirlo al trabajo o a cualquier otra excusa que se inventara, pero lo cierto era que quería que Jack volviera para poder verlo. Quería hablar con él del pasado para poder saber de una vez por todas si podía confiar en él.

La tetera pitó y Willow llenó la taza, dejando que el aroma impregnase la cocina, y con ella en la mano, se acomodó en su rincón favorito del sofá y encendió la tele. Se colocó la mantita que su abuela le había tejido cuando era un bebé sobre los hombros y sintonizó Hollywood Today.

Subió el volumen y se inclinó hacia delante para leer la noticia que aparecía en la parte baja de la pantalla.

–Accidente en la playa durante el rodaje de Extreme Careers. Jack Crown y P.J. Montaine estaban haciendo surf, y uno de ellos no ha logrado volver a la orilla. Conectaremos con el hospital Monte Sinaí en directo.

Se levantó tan deprisa que se quemó la mano al derramarse el té en el plato. Maldiciendo, corrió al dormitorio y buscó el teléfono para marcar el número de Jack.

¿Habría resultado herido? ¿Estaría en urgencias? El teléfono sonó y

sonó mientras volvía al salón para ver la conexión con el hospital.

Saltó el buzón de voz, y no supo qué hacer. El miedo a saber que Jack estuviera herido no la dejaba pensar. Pero si un momento antes andaba dándole vueltas a si… «¡Basta!», se dijo. Se había estado mintiendo desde el principio. Le gustaba Jack, y quería que fuese su príncipe encantado.

Marcó el número de Nichole, y colgó antes de que sonara.

¿De verdad quería sacar a su amiga embarazada de la cama, en plena noche, para que pusiera las noticias? Eso ya podía hacerlo ella. Volvió al ordenador y estaba tecleando el nombre de Jack en el buscador cuando sonó el teléfono.

¡Era él!

–¿Jack? Dios mío, ¿estás bien?

–Sí, estoy bien. P.J. está en coma.

–Lo siento, Jack. Yo… –no podía pensar qué decir–. Me alegro tanto de que estés bien. Hollywood Today no ha dicho quién de los dos había resultado herido. ¡Tenía tanto miedo de que fueras tú!

–No. Yo estoy bien.

–Gracias a Dios. ¿P.J. lo superará?

–No están seguros –contestó, temblándole la voz–. Conozco a P.J. de toda la vida. Es mi amigo.

Debería haberse dado cuenta de eso. La mayoría de las personas que aparecían en los programas de Jack eran amigos suyos.

–¿Estás bien de verdad? ¿Cómo ha sido?

–Estoy bastante asustado, nada más. Le ha atacado un tiburón. Nunca había visto algo así.

–¿Qué puedo hacer? –se ofreció.

–Oír tu voz ya me ayuda. ¿Por qué has llamado? Creí que después de nuestra última conversación, bueno… que las cosas iban a ser diferentes entre nosotros. –Pues te equivocabas –le espetó.

No iba a negar que había mucho aún por conocer, mucha desconfianza, pero ya no podía seguir fingiendo que no le importaba.

Capítulo Seis

Jack bajó del avión en el aeropuerto JFK, se puso las gafas de sol y caminó rápido entre la gente, con la cabeza baja. Estaba cansado, preocupado por P.J. y quería ver a Willow, pero después de su última conversación, no había querido pedirle nada.

Ya se sentía demasiado vulnerable en lo concerniente a ella, y con todo lo que tenía en la cabeza, temía hacer algo estúpido que pudiera lamentar después.

Había salido del aeropuerto y estaba buscando el coche que había alquilado cuando oyó que alguien lo llamaba.

Murmuró una maldición y enseguida reconoció la voz. No daba crédito a lo que veía, pero allí estaba Willow, a unos pasos de él, con vaqueros y chaqueta de cuero, con el aspecto de chica mala que podía adoptar cuando quería.

–Vaya… hola, preciosa –dijo con su mejor voz.

Le había sorprendido, y no podía recordar la última vez que alguien había hecho algo así, y se sentía tan feliz de verla que tuvo que contenerse para no abrazarla y liarse a dar vueltas con ella.

–Hola. Se me ocurrió que te gustaría ver una cara amiga cuando aterrizaras. Llamé a tu agente y me dio tu vuelo.

–Pues has acertado –dijo él, cambiándose de hombro la bolsa de viaje.

–Genial. Pareces cansado.

–Y lo estoy. Solo quiero llegar a un sitio donde poder tirarme.

–Entonces, sígueme.

Mientras caminaban, Jack sacó el móvil para escribirle un mensaje al coche de la empresa que había dispuesto para que fuera a buscarlo diciendo que no lo iba a necesitar. Siguió a Willow hasta el aparcamiento donde se encontró con un MGB de 1979 restaurado y con capota de lona. No era la clase de coche que se esperaba de ella. Ni siquiera estaba seguro de que tuviera, dado que vivía en Nueva York.

El aire de noviembre resultaba frío llegando de Los Ángeles, pero no le desagradó, significaba que al menos estaba en la misma costa que Willow, y que la había echado de menos. Abrió el maletero y él dejó caer su bolsa; luego cerró y se volvió a mirarla.

–Esto que voy a hacer es solo consuelo –le dijo Willow antes de

acercarse para abrazarlo–. Siento mucho lo que le ha pasado a tu amigo.

Se abrazó a ella y bajó la cabeza para inhalar el aroma de su pelo. Desde el accidente de P.J., algo había cambiado entre ellos.

–Gracias.

–¿Cómo está?

–Aún en coma –contestó él, y se separaron.

No quería hablar de ello en aquel momento. Necesitaba poner lo ocurrido en el rincón más alejado de su mente. No quería que Willow supiera que había estado lleno de incógnitas, de dudas sobre sí mismo y su respuesta tras el ataque.

–¿Has tenido un buen vuelo?

Él asintió y ella le abrió la puerta del pasajero. A continuación se acomodó tras el volante.

El coche era bastante pequeño, y al mirarle vio que llevaba la cabeza baja para no rozarse con el techo. Jack manipuló el asiento hasta que consiguió ponerse erguido.

–No había caído en lo grande que eres.

–¿Ah, no? –le preguntó él, sonriendo. Sonriendo porque estaba cansado, porque lo había abrazado y porque la deseaba. Por fin algo con la fuerza suficiente para apartar el pensamiento del ataque del tiburón y el coma de P.J..

Willow se sonrojó un poco.

–Ya sabía yo que todo esto era por sexo.

–En absoluto. A lo mejor deberías darme otro beso y ver si me convierto en un príncipe.

Willow sonrió, y Jack supo que ella también lo deseaba.

–¿Y si te vuelves aún más rana?

–Es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

–¡Claro! –respondió, guiñando un ojo–. Soy yo quien va a besar a un batracio.

Jack se rio.

–Cuánto te he echado de menos.

–Yo también a ti. He intentado que no fuera así, pero el plató no era lo mismo sin un ego tan enorme como el tuyo exigiendo la atención de todos.

–Me alegro de ser inolvidable.

–Puedes serlo –admitió ella–. Ahora, cuéntame un poco más de lo que ha pasado con P.J.. ¿Qué ocurrió? En la televisión dijeron solo que le había atacado un tiburón.

No sabía por dónde empezar.

–Bueno… estábamos surfeando, y un tiburón atacó a P.J.. Yo estaba cerca, y fui el primero en responder. Golpeé al tiburón en los ojos y conseguimos, no sé muy bien cómo, liberar a P.J..

–¿Estás bien?

–Ya ves que sí. Hice lo que tenía que hacer. Me pregunto si podría haberlo hecho mejor.

–No. Estoy segura de que hiciste cuanto pudiste.

Él se encogió de hombros y volvió la cara hacia la ventanilla. No sabía si habría podido actuar de una manera más eficaz.

–¿Dices que está en coma?

–Sí. Perdió mucha sangre, y han tenido que amputarle la pierna, pero va a mejorar. Respondió a la voz de Rhia en cuanto llegó al hospital y entró a verlo.

–Eso es buena señal. Lo conoces bien, ¿no?

–Sí. Es una de las primeras personas que conocí en la Costa Oeste. Teníamos el mismo representante.

–Lo siento mucho.

–No quiero seguir hablando de ello.

–De acuerdo. ¿Tendrás que volver a rodar allí?

–No. Les he dicho a los productores que me busquen a alguien en la Costa Este. Voy a preparar un especial para el Día de Acción de Gracias, y ya que solo quedan dos semanas hasta entonces, no quiero tener que andar dando vueltas. Además – añadió, mirándola. Habían salido del aeropuerto y se dirigían hacia el centro–, hay alguien con quien me gustaría poder pasar algo más de tiempo.

–Me alegro. ¿Tienes que ir a algún sitio?

–Ahora mismo, no. ¿Por qué?

–¿Quieres comer algo conmigo?

–Claro. Me encantaría –tantas ganas de complacer no iban a durar mucho, así que era mejor disfrutarlo–. No te lo tomes a mal, pero ¿por qué estás siendo tan amable conmigo?

El semáforo se puso en rojo y Willow paró el coche.

–¿Es que normalmente no lo soy?

–Sí, claro que lo eres, pero no conmigo.

Volvieron a ponerse en marcha y ella se encogió de hombros.

–Después de oír lo del ataque y, cuando aún no sabía si estabas bien, tuve una especie de epifanía.

–¿Ah, sí? ¿Y eso qué es?

–Pues… una especie de sensación en el estómago que me decía que podía haberme perdido algo muy especial al no haber llegado a conocerte.

Jack puso la mano en su hombro y lo apretó suavemente, pero no dijo nada. ¿Qué podía decir? Él sentía lo mismo, pero no tenía ni idea de adónde conducía todo aquello. Y después de ver la rapidez con que el destino podía cambiar la vida de un hombre… la facilidad con que los planes podían quedar desbaratados le había hecho ver que quizás podía no tener más tiempo con Willow que las semanas que quedaban de rodaje de Sexy and Single.

Y no quería desperdiciar ni un solo minuto.

No prestó mucha atención al itinerario hasta que Willow detuvo el coche ante un edificio de ladrillo marrón en Brooklyn.

–¿Dónde estamos?

–En mi casa. Voy a devolverte el favor y a prepararte una comida.

Entraron y Jack aceptó el ofrecimiento de darse una ducha mientras ella cocinaba. Poco después, mientras iba hacia el cuarto de invitados y miraba a su alrededor, se dijo que no debía darle demasiada importancia al hecho de que lo hubiera llevado allí, pero por otro lado estaba convencido de que significaba mucho.

Willow había reflexionado mucho mientras Jack estaba fuera, y no le había quedado más remedio que admitir que la venganza no era el único motor que la empujaba a compartir su tiempo con él. De alguna manera había llegado a ser importante para ella como persona, y tenía que asumirlo.

Contempló la fotografía de su madre que tenía al lado de la nevera. Era su favorita, tomada unos minutos después de su nacimiento. Tenía en ella la expresión más feliz que le había visto jamás.

Le gustaba tenerla donde pudiera verla mientras cocinaba, para recordar el camino que había recorrido su madre y que ella no quería recorrer. Su madre había padecido obesidad mórbida, y en ocasiones Willow había sentido la tentación de ahogarse en comida como había hecho su madre. Sabía que se

debía a la soledad y las dudas que había dejado atrás su padre al abandonarlas.

Oyó cesar el agua de la ducha e intentó no imaginarse a Jack desnudo, pero no lo consiguió. No era demasiado difícil imaginarse su musculatura dura como una roca, sobre todo habiéndola sentido en su abrazo, con el agua resbalándole sobre la piel, y un estremecimiento del más puro deseo la recorrió.

Dispuso los huevos para cascarlos en un cuenco y empezar a preparar la frittata, una especie de tortilla francesa con algún relleno, pero en realidad, no podía apartar su pensamiento de Jack, desnudo en su habitación de invitados. Lo deseaba. Seguramente nunca había conocido a otro hombre que le afectase del mismo modo que él. Incluso verlo en la tele le afectaba. Fingía que lo que despertaba en ella era ira, cuando lo cierto era que la cura para todo aquello sería unas cuantas horas entre las sábanas.

–¿Qué vamos a desayunar?

Se volvió y vio que se había puesto unos vaqueros muy usados y una camiseta negra de manga larga que le sentaba a las mil maravillas. Aún tenía el pelo revuelto y húmedo, iba descalzo y la barba le sombreaba el mentón.

–Frittata –contestó–. Es fácil de preparar. ¿Te parece bien? –Por supuesto. Mi madre decía que el que cocina, decide – respondió, acercándose a ella.

Su jabón olía maravillosamente en él, tanto que tuvo que cerrar los ojos un instante y oler.

–¿Estás bien?

–Claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

–Es que la otra noche… me pareció que casi sentías… algo, y no quiero que se me suba a la cabeza.

–Ya. No podemos permitir que tu ego se vuelva aún más grande.

–Ah. Ya decía yo. Ahora sí te reconozco –respondió Jack, no sin cierto brillo de desilusión en la mirada.

–Lo siento, pero es que no me gusta que me obliguen a admitir que siento algo por otra persona.

–Vaya. Eso sí que es sinceridad. A nadie le gusta sentirse vulnerable, pero todos lo sentimos.

–¿Tú crees? ¿Por quién estás hablando, por ti y por mí, o por todo el mundo?

Jack se rio.

–¡Tú sí que sabes bajarme los humos!

–Lo intento –contestó ella, llevándose la mano al pecho.

–En serio, ¿qué ha cambiado?

Willow se concentró en ponerlo todo en la sartén e ignoró la pregunta, pero él se quedó inmóvil, esperando como si tuviese toda una eternidad para escuchar su respuesta.

–Yo… es que necesitaba pasar página contigo –dijo al final.

–Mencionaste algo que hice en el instituto.

–Sí.

Tenía ya todos los ingredientes. Solo quedaba esperar. Comenzó a recoger la cocina.

Jack le quitó los platos de las manos y los dejó en el fregadero, y esperó a que lo mirara.

–Cuéntamelo. Siento no recordarlo. Solo me acuerdo de que me ayudabas en lengua para que pudiera aprobar.

Willow respiró hondo. ¿Qué iba a decirle? ¿Cómo explicarlo sin quedar expuesta?

–Tengo que vigilar la frittata si no quiero que se queme. Hablaremos mientras desayunamos, ¿te parece?

Él asintió.

–He visto que no has abierto la caja de los dijes para las copas de vino. ¿No te han gustado?

–Sí que me han gustado, pero he estado muy liada estos días y no he tenido tiempo de estrenarlos, pero lo haré el lunes.

–¿Qué pasa el lunes?

–Es la noche de las chicas.

La frittata estaba casi hecha.

–Nichole y Gail son tus amigas, ¿no?

–Sí. ¿Las recuerdas del instituto?

–No. Nuestros círculos no eran los mismos. ¿Es eso una parte del problema?

–Más o menos. Voy a poner la mesa.

–Te ayudo. ¿Qué quieres que haga yo?

–¿Preparas el café? –sugirió, señalando la cafetera y las tazas.

–Claro.

En unos minutos, el desayuno estaba en la mesa y los dos sentados el uno frente al otro, pero Willow no tenía ganas de comer, y no hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que Jack tampoco tenía. Le vio dar un sorbo de café y luego tomar su mano.

–¿Qué es lo que hice? No vamos a poder avanzar hasta que no nos hayamos ocupado de ello.

–¿De verdad quieres avanzar conmigo?

–¿Y tú tienes que seguir preguntándomelo?

–Sí, porque no lo comprendo, Jack. Te miro a ti, me miro a mí misma, y no tiene sentido.

–Eso tiene su gracia, porque, cuando yo te miro, solo veo a una mujer a la que no quiero dejar escapar.

–No te pases conmigo, Jack. Sigo sin estar convencida de que no estés jugando conmigo.

–No lo estoy.

Jack nunca solía dejar pasar una segunda oportunidad cuando el destino se la ofrecía, y desde luego, hubiera hecho lo que hubiera hecho en el pasado, conseguiría arreglarlo, porque quería tenerla a ella en su vida en el presente. No podía saber si duraría para siempre; además, siendo sincero, tenía que admitir que no creía en ese sentimiento. Todo tenía un final, y él lo sabía quizás mejor que muchas otras personas. Pero también había aprendido que no se podían ignorar las experiencias solo porque no fueran a durar eternamente.

En aquella fría mañana de sábado del mes de noviembre, la vida le había dado la oportunidad de pasarla con Willow, y quería quitarse de en medio aquella conversación para poder tomarla en brazos, llevarla a la alcoba y hacerle el amor en su propia cama. Y luego quería quedarse en sus brazos, entre las sábanas, y olvidarse de que existía el resto del mundo.

No sabía si iba a tener esa oportunidad, pero estaba decidido a hacer cuanto estuviera a su alcance para procurar que llegara a materializarse.

–¿Por qué sonríes? –le preguntó ella–. Hay algo en esa sonrisa tuya que me pone nerviosa.

Un comentario muy propio de ella, no de la Willow con la que se había estado mandando mensajes aquellos últimos días, sino de la mujer que llevaba negándose a salir con él desde el mes de mayo.

–Pues porque me haces feliz, aun cuando eres más inaccesible que un puercoespín.

–No soy inaccesible –replicó ella, apartándose un mechón de pelo de la

cara.

Jack reparó en que llevaba unos pequeños aretes en las orejas, y pensó que era la primera vez que la veía con pendientes. Y también llevaba maquillaje. Incluso carmín. ¿Se había arreglado para él?

–Hoy estás preciosa.

Willow se sonrojó.

–¿Crees que con decir algo agradable vas a conseguir que olvide que me has llamado puercoespín? No son criaturas cariñosas y adorables, precisamente.

–Pero tú sí lo eres.

–Anda, come, que tienes que estar muerto de hambre.

–Hambre sí tengo, pero no de comida. Tengo hambre de ti, Willow –dijo, llevándose su mano a la boca para besar suavemente sus nudillos.

Ella la retiró.

–No estoy… no puedo hacerlo.

Se levantó.

–¿Por qué no?

Willow se encogió de hombros y le dio la espalda.

–Háblame.

–Ya te estoy hablando, pero te estás poniendo difícil. Dices que soy inaccesible, pero eres tú el cerrado.

–¿Yo? ¿Por qué dices eso?

–Olvídalo –respondió, mientras empujaba la comida por el plato con el tenedor.

–¿Qué ha sido de la sinceridad que tenías antes? Solo soy un hombre que se siente atraído por la chica más testaruda del mundo.

Ella le clavó sus ojos de color chocolate y él sintió una descarga que le recorrió al cuerpo. La sangre se le aceleró. Iba a morirse si no conseguía llevársela a la cama pronto.

Quizás fuera ese el problema, que estaban hablando cuando debían estar actuando. Estaba sentado allí lleno de dudas y dejando que el paso lo fijara ella cuando en realidad nunca acostumbraba a obrar así.

De ser otra mujer, ya la tendría en la cama. Pero había esperado porque Willow podía ser… bueno, Willow.

–No pretendo ponerme difícil –dijo al fin tras humedecerse los labios.

No podía separar la mirada de su boca. El beso de la semana anterior no podía haber sido tan bueno como lo recordaba, aunque una parte de sí mismo sabía que sí lo había sido.

–Es que estoy acostumbrada a llevar el control –admitió.

–Lo sé. Es tu mecanismo de defensa. No me había dado cuenta hasta ahora. Pareces tan dura que no me había imaginado que no confiabas en ti misma.

Se levantó, bordeó la mesa y tiró suavemente de su mano.

–¿Y qué te hace pensar que no confío en mí misma?

–La forma en que me miras. Como si me tuvieras miedo. ¿Por qué?

Le había puesto las manos en las caderas y la retenía inmóvil; de otro modo, ya se habría dado la vuelta. Las curvas de su cuerpo le estaban volviendo loco. Era una mujer alta y delgada, pero tan femenina…

–No puedo pensar si estás tan cerca.

Aún se acercó más, pero sin llegar a rozarla.

–¿Por qué no?

Willow puso las manos en sus hombros, y luego las sintió en su nuca antes de que acercara los labios a su oído para susurrar:

–Te deseo.

Él se estremeció y sintió que la sangre se le agolpaba en la entrepierna.

–Bien.

Estaba cansado de esperar por algo que deseaba tanto. La necesitaba, y la semana que habían pasado separados solo había hecho crecer esa necesidad, así que la besó en la boca.

Esperaba que nunca se diera cuenta del poder que ejercía sobre él, porque como lo supiera, estaría perdido.

Capítulo Siete

Willow se derretía por dentro con el calor de la boca de Jack, y ese calor evaporó sus dudas. Debería haberse centrado en ello desde el principio. Una vez hubieran hecho el amor, su obsesión con él se desvanecería y podría volver a encauzar su vida.

Envolvió sus caderas con las piernas y sus hombros con los brazos para besarle con todo el temor, el deseo y la añoranza que la habían estado martirizando desde que se fue de su casa hacía poco más de una semana.

Sabía a café y a su propia esencia, algo único, algo que no se cansaría de saborear. La agarró por las nalgas y ella se estremeció. Cómo le gustaba sentir sus manos en el cuerpo.

Jack la estaba besando como si se hubiera vuelto adicto a su sabor, lo mismo que le ocurría a ella, y movió hacia delante las caderas para frotar el centro de su cuerpo con su erección. Él gimió, y el sonido fue tan terrenal, tan sensual, que volvió a hacerla estremecer.

Sintió que caía. Era Jack, que la estaba colocando sobre su sólida mesa de madera, dejándola atrapada entre su cuerpo y la superficie de madera. Le ardía la respiración, tenía la piel ligeramente teñida de rojo, las pupilas dilatadas y los labios húmedos de sus besos.

Se inclinó sobre ella, y la forma en que la miró, brillándole de deseo sus hermosos ojos azules, la hizo estremecerse. ¡Cómo lo deseaba!

–Ya basta de jugar –dijo, y con la lengua inició un periplo que partió del lóbulo de su oreja, recorrió su cuello y alcanzó el cuello del jersey.

Jack era un amante dominante, y aunque a ella le gustaba llevar las riendas, con él sintió deseos de dejarse llevar. Aquel encuentro estaba fuera de la realidad, y cuanto menos fuese ella misma, mejor se sentiría cuando se separaran.

–Estaba esperando que dieras tú el primer paso.

–Eso no me parece muy propio de ti. Tú eres de las que van a por lo que quieren. ¿Es que no me deseas?

Tenía razón. Había algo en él que le había hecho cambiar el paso, haciéndole olvidar que Willow Stead no esperaba a ningún hombre. Puso una mano en su pecho y le empujó para incorporarse. Se levantó y le empujó hacia una silla. Él se sentó y ella le quitó la camiseta negra.

–Así está mejor.

Él se pasó la mano por el pecho, sobre el vello que lo salpicaba. Tenía la cantidad perfecta. Y había estado en lo cierto al imaginarse músculos como rocas allí.

Rozó sus pezones oscuros y vio que se le erizaba la piel. A continuación, Jack estiró las piernas, una a cada lado de ella. Willow se acercó un poco más y dejó que su melena le cayera sobre el pecho. Jack se estremeció y movió hacia delante las caderas.

Tenía unos pectorales redondeados y bien definidos, y se inclinó sobre ellos. Jack era suyo en aquel momento, en su pequeña cocina, e iba a disfrutarlo a fondo. Se sentó a horcajadas sobre él y vio que hacía ademán de quitarle el jersey.

–Aún no. Estoy explorándote.

–Y yo quiero hacer lo mismo –respondió él, deslizando las manos hasta su cintura–, necesito acariciarte, Willow –añadió, siguiendo la línea de la cinturilla de sus vaqueros hasta llegar a la costura central y bajar entre sus piernas.

Pero ella no estaba dispuesta a dejar que asumiera el control.

–Eso me distraería –contestó–. Y quiero conocer cada centímetro de tu piel.

–Ya habrá tiempo para eso. Ahora necesito estar dentro de ti –dijo, y tiró de ella hasta que sus pechos se rozaron.

Se estremeció con una descarga de pura energía sexual, pero ella estaba al mando así que, con una sonrisa, se separó de él.

–Yo decidiré lo que vamos a hacer –le dijo, entornando los ojos para mirarle, a la espera de su reacción. Vio dilatarse sus pupilas y supo que estaba excitado–. Demuéstrame lo mucho que me deseas.

–¿Y cómo te lo demostraría? –le preguntó, pasándole la yema del pulgar por el labio inferior. Ella se lo mordió.

–Hazme creer que soy la única mujer de tu vida.

Quería que se lo tuviera que trabajar como ella lo estaba haciendo. No quería ser la única que estuviera poniendo la carne en el asador.

–¿Acaso lo dudas?

Pues sí que lo dudaba, pero a pesar de todo, necesitaba tenerlo exactamente donde lo tenía. Necesitaba saber que la deseaba tanto como ella a él, y quería que la sedujera.

Jack se levantó. Tenía una manera armoniosa de moverse. Tomó su mano y se la colocó sobre el pecho.

–Tengo el pulso acelerado, y por ahora solo te he mirado, imaginándome cómo vas a estar desnuda.

Ella asintió.

–Háblame más.

Era difícil mantener el control teniéndolo tan cerca, sintiendo el calor que emanaba de su cuerpo. Quería volver a sentarlo en la silla y tomarlo allí mismo, pero él soltó su mano y fue a quitarle el jersey. Lo hizo desaparecer antes de que ella

pudiera protestar.

Depositó su primer beso en el hombro, y fue ascendiendo hasta llegar a la oreja, al mismo tiempo acercándola más a él y susurrándole lo que le iba a hacer y explicándole cómo se estaba poniendo solo con decirlo.

A continuación la agarró por las muñecas y le hizo pasar las manos por su cuerpo hasta llegar a su erección. Le gustaba el tacto de su piel bajo aquel vello suave, pero aún más le gustó palpar su pene erecto, aun bajo los vaqueros, y lo acarició hacia arriba y hacia abajo.

Él gimió su nombre, y siguió con un movimiento de las caderas la dirección de su mano.

–Tócame –le dijo él, apartando sus manos de allí y haciéndolas avanzar por su estómago y su pecho.

Ella acompañó las manos con la boca y fue bajando hasta lamer su ombligo.

–Willow… –gimió, y ella le sonrió. Le maravillaba poder ejercer el control sobre sí misma y sobre aquel hombre. Fue un momento lleno de poder que saboreó con deleite. Si se hubiera dado cuenta de lo mucho que se estaba perdiendo al mantenerlo a distancia, le habría dicho que sí mucho antes.

Le desabrochó el botón de la cinturilla y bajó la cremallera sobre la erección que pugnaba por salir de sus boxers de algodón. Deslizó un dedo por la abertura y tocó su pene antes de colar la mano entera y comenzar a acariciarlo.

Una gota de humedad apareció en la punta, la tomó con los dedos y se la extendió por la piel. Él se estremeció.

Con un gemido agarró su muñeca y la obligó a sacarla de allí, pero ella se soltó para lamerse un dedo que aún sabía a él.

–Basta –dijo Jack, y la áspera sexualidad que vibró en su voz la hizo humedecerse entre las piernas. Quería sentarse sobre él y hacerle suyo, sentirlo completamente dentro.

Jack posó sus manos en sus pechos pequeños, y acercó la cara entre ellos.

–Qué belleza –musitó con una reverencia que parecía no encajar con el descaro de sus caricias.

Entonces aplicó la lengua a la línea que dibujaba el borde del sujetador. Era un contacto mínimo, porque había pasado a acariciarle la espalda con las manos, pero era exactamente lo que ella necesitaba, y revolviéndose en sus brazos, encontró la apertura de sus vaqueros y volvió a tomar su miembro en una mano.

Con un movimiento de caderas, Jack hizo caer los pantalones y se desprendió de ellos. Luego le desabrochó a ella el sujetador y Willow lo dejó caer al suelo.

Jack volvió a subirla a la mesa, y aquella vez hizo una pausa para contemplarla.

Willow echó los hombros hacia atrás y le dejó hacer.

La pasión que veía en su mirada le hizo estremecerse. Le hacía sentirse la mujer más atractiva del mundo. Puso una mano en cada pecho y los juntó en el centro mientras seguía contemplando su cuerpo con admiración y reverencia. Las emociones amenazaban con desbordarse. Nunca se habría imaginado que podría suscitar algo así en él.

Fue trazando círculos en sus senos, cada vez más pequeños, hasta que por fin llegó a sus pezones endurecidos. Willow contuvo el aliento y echó los hombros hacia atrás, y, cuando sintió su lengua en ellos, se quedó sin respiración.

Unas ráfagas de sensaciones la sacudían por dentro mientras lamía uno y acariciaba el otro. Aquellos dedos y aquella boca la tenían prisionera, y tiró de él para acercárselo al cuerpo, aun con la barrera de los vaqueros.

Quería sentirlo desnudo. Estaba cansada de jugar. En realidad había prolongado el juego por ver hasta dónde era capaz de llevarlo, y porque quería demostrarse a sí misma que seguía siendo la jefa.

Pero cuanto más la acariciaba, menos control le iba quedando, y por una vez no le importó.

Bajó los bóxers y él se los quitó.

Jack le desabrochó los vaqueros y ella se alzó para que pudiera sacárselos junto con el tanga que llevaba. Entonces se inclinó sobre ella y rozó sus pechos con el vello de su torso.

Willow se estremeció de deseo.

–¿Te gusta? –le susurró él al oído.

–Sí –gimió.

–Bien. ¿Sabes ahora que te deseo?

–Sí.

–Si aún puedes hablar, es que no estoy haciendo bien mi trabajo – protestó, abriéndole las piernas–. Échate –le ordenó.

Lo agarró por las caderas y lo acercó hasta sentir la punta de su erección tocándola, y con un suspiro, abrió más las piernas para acomodarlo. Jack se frotó contra ella para que sintiera su pene rozar su carne.

Estaba húmeda y lista para él, pero aún dudó e inclinándose sobre ella, la besó en la boca, invadiéndola con la lengua del modo en que ella quería que hiciera con otras partes de su cuerpo.

Agarrándose a él, le rodeó la cintura con las piernas y acercó más su cuerpo a él hasta notar su pene a punto de entrar.

Pero aún Jack apoyó ambas manos sobre la mesa.

–¿Tomas la píldora?

Al principio no entendió lo que decía.

–¿Qué?

–La píldora. Que si tomas anticonceptivos.

–Sí.

Jack asintió y volvió a besarla. Sus lenguas se encontraron mientras con las manos reavivaba las ascuas que seguían ardiendo.

Movió las manos en círculos sobre sus senos hasta que notó que arqueaba la espalda. Willow pensó que, si no la penetraba ya, iba a morir.

Con una mano lo empujó por la nuca y con la otra tiró de su muslo para acercarlo aún más.

Apartó la boca y ambos se miraron mientras él le separaba aún más las piernas para poder abrir los labios exteriores y buscar el clítoris.

Comenzó a acariciarlo con un ritmo que hizo que su cuerpo se volviera un nudo por dentro hasta que estalló en el clímax, pero no dejó de acariciarla cuando la sensación disminuyó, sino que comenzó a penetrarla muy lentamente, entrando y saliendo de su cuerpo un poco más cada vez.

–Esto es todo lo que vas a tener hasta que alcances otro clímax –le dijo.

Y no iba a tener que esperar mucho, porque Willow tiró de su cuello para decirle al oído palabras que le hicieron seguir estremeciéndose.

De pronto sintió que estaba tan dentro de ella como le era posible, y

sintió de nuevo que la excitación crecía y estallaba en ella, aún más aquella vez porque él la acompañaba. Siguió moviéndose hasta que una oleada de calor líquido se derramó en su interior.

Ella temblaba y él sudaba cuando se acurrucó sobre ella, con la cara en la curva de su cuello.

Willow lo abrazó con los brazos y las piernas, aun cuando no quería sentirse demasiado ligada a aquel momento, pero es que no podía evitarlo. Aquel hombre era Jack Crown, el hombre al que jamás creyó que llegaría a ver en su lecho.

Y sus sueños no eran nada comparados con lo que había sido la realidad. Jack se incorporó y salió de su cuerpo, y ella se sintió de pronto vulnerable y tímida.

–Esto… tengo que limpiarme –dijo él.

Semejantes palabras después de hacer el amor, no podían ser peores. Se había acostado con tipos que se habían marchado nada más consumar el acto, pero de Jack se esperaba otra cosa. Había olvidado que él mismo se definía como una rana.

–¿Y eso es todo? ¿No vas a decir nada más? Obviamente, mis besos no han obrado el milagro con la rana.

–Maldita sea, Willow… es que no sé qué decir. Lo que quiero es tomarte en brazos, llevarte al dormitorio y pasar el resto del día haciéndote el amor.

–¿Y por qué no lo haces?

–Pues… porque no estoy seguro de que tú estés preparada para eso. Y francamente, creo que yo tampoco lo estoy.

Willow asintió.

–Ve a limpiarte.

Con un intenso dolor interior, se bajó de la mesa. Se rodeó la cintura con los brazos, pero no bastó.

Se sentía en carne viva, y todos los buenos sentimientos que había tenido un segundo antes, habían desaparecido.

Entonces sintió la mano grande de Jack en un hombro y la otra en la cintura. –Maldita sea… –¿Qué?

–Que no puedo hacerlo. Sé que sería mejor darte tiempo para que te fueras haciendo a la idea, pero te necesito, Willow, y por una vez voy a olvidarme de todo y a lograr lo que deseo.

La tomó en brazos y la llevó al dormitorio, donde pasaron el resto del

día en su cama, demasiado pequeña para Jack, haciendo el amor y olvidándose del resto del mundo.

–Gracias por esto –le dijo él cuando la noche se adueñaba del cielo–. Creo que teníamos una cita para esta noche. ¿Qué te parece si me voy a casa mientras tú te arreglas?

Ella asintió, temiendo pronunciar una sola palabra. Sus emociones estaban demasiado cerca de la superficie, y, si no tenía cuidado, revelaría más de lo que quería.

Se puso la bata y se levantó de la cama cuando todo lo que quería hacer era quedarse entre las sábanas en sus brazos. No saber si había resultado muerto en aquel ataque del tiburón la había afectado mucho. ¿En qué habría estado pensando para llevarlo a su casa? Si le había costado trabajo quitárselo de la cabeza cuando no era más que un crío, ¿cómo iba a arreglárselas ahora que había dormido en su cama?

Lo dejó marchar y luego se plantó ante el espejo. Tenía el pelo revuelto, marcas rojas de sus besos y del roce de su barba, y se preguntó dónde demonios habría ido a parar su autocontrol.

Capítulo Ocho

Jack intentó pensar solo en la cita que le había propuesto a Willow, pero en realidad se alegraba de haberse levantado de su cama. La tentación de quedarse abrazado a ella era demasiado fuerte. El deseo de retenerla a su lado para que nunca desapareciera de su vida. Y sabía que cuando sentía ese impulso, lo condenaba a una muerte segura.

Entró en su casa y fue a ducharse para quitarse el olor de Willow del cuerpo. Revisó el correo y el contestador para intentar volver al mundo real, pero su pensamiento seguía estando en aquella cama pequeña de Brooklyn en la que había tenido a Willow en sus brazos.

Se vistió e hizo una reserva en uno de los restaurantes más exclusivos de la ciudad. Uno de los puntos fuertes de su estilo de vida era que podía conseguir mesa donde quisiera.

A continuación intentó volver a concentrarse en el trabajo. Dormir con Willow no había apaciguado el ansia que sentía en el alma. No la conocía mejor por ello; de hecho, era ahora un misterio mayor que antes, hasta el punto de que se preguntó si no habría metido la pata acostándose con ella.

Le tenía hecho un lío. Hiciera lo que hiciese, seguía teniendo la sensación de no comprenderla. ¿Qué la hacía tan distinta de las demás mujeres?

Pues todo.

Desde su exterior duro como el pedernal hasta la mujer tierna que llevaba dentro y que ocultaba desesperadamente al mundo, todo en ella tocaba su fibra sensible. ¿Por qué?

El teléfono sonó. Era un mensaje de Rhia Montaine: P.J. estaba saliendo del coma. No tenía buena cobertura en el hospital, y le pedía que la llamase cuando pudiera.

Marcó su número –¿Diga?

Rhia parecía cansada. Estresada quizás.

–Soy Jack. ¿Cómo está P.J.? –preguntó con suavidad.

–Despierto. Pero sigue débil.

Eran buenas noticias. Sin embargo, no se atrevía a preguntar más. ¿Le culparía P.J. por haber perdido la pierna?

–¿Cómo estás?

–Agotada, pero muy contenta. No sabes qué alivio ha sido ver que se despertaba y que la cabeza le funcionaba bien. Me ha preguntado si tú estabas bien.

–Sí, sí. Perfectamente. ¿Por qué no iba a estarlo?

–Pues porque tú también lo pasaste mal. No te olvides de que te vi antes de subir al avión.

–Pues lo estoy. ¿Puedo hablar con él?

–Voy a ver.

Oyó su voz a lo lejos, pero no entendió sus palabras. Hubo un crujido en la línea y luego una voz débil y áspera contestó.

–Espero que te hayan subido los índices de audiencia.

Jack se echó a reír, que seguro era lo que P.J. pretendía, pero el corazón se le encogió al comprobar lo débil que estaba su amigo, antes fuerte como un toro.

–Eres un vacilón sin remedio.

–Tengo una reputación que mantener.

–Ahora sí que te la has ganado a pulso.

Hubo un prolongado silencio, hasta el punto que Jack se preguntó si su amigo no se habría quedado dormido.

Habría sido una bendición, porque así no tendría que imaginarse cómo acabar la conversación más difícil de su vida. Antes siempre era él quien estaba en la cama de un hospital. Bueno, siempre no… pero en cualquier caso, era más fácil ser el lesionado que el otro, el que escapó indemne del accidente.

Oyó un sonido suave. Era P.J. aclarándose la garganta.

–Gracias. Si no hubieras actuado tan rápido, estaría muerto.

–De nada –contestó él. P.J. nunca sabría lo aliviado que se había sentido de poder ayudar. Y de no haber sido él quien remontara la primera ola–. No tengo tantos amigos como para perder uno alegremente.

P.J. se echó a reír, un sonido auténtico que le hizo mejorar a los ojos de su amigo las posibilidades de recuperación.

–Eso te pasa por presumido.

–Cierto.

P.J. y Willow se llevarían de maravilla. Ambos sabían cómo pincharle el balón del ego. Y esa idea le hizo darse cuenta de que Willow era distinta a las demás mujeres que habían pasado por su vida, era la primera persona real con la que se relacionaba en mucho tiempo.

–Viene el médico a ver qué tal le ha quedado el punto de cruz. Me han cortado la pierna.

–Tío… cuánto lo siento –le contestó, aunque ya lo sabía antes de irse de Los Ángeles.

–No pasa nada. Ya estoy empezando a planear cómo hacer surf con una sola pierna. A lo mejor invento algo que deje al mundo con la boca abierta.

–Estoy seguro.

P.J. no se dejaba amedrentar por nada.

–Hasta luego, tío.

–Hasta pronto.

La actitud de P.J. era buena, pero recordó cómo se había sentido él al despertarse de la operación y saber que la pierna no iba a servirle para jugar. Sus heridas no habían sido tan graves como las de P.J., por supuesto, pero aquellos primeros días le había bastado con sentirse vivo. Luego, a medida que fue pasando el tiempo y se recuperó físicamente, llegó el momento de asumir que nunca volvería a jugar al fútbol. Volvería a llamar a su amigo pronto, porque una vez saliera del hospital, la realidad caería sobre él con todo su peso. Y él ya había pasado por ello.

Se levantó para prepararse para salir. Había pasado por ello, y había sobrevivido. Pasara lo que pasara con Willow, seguiría adelante. Ojalá pudiera pensar de otro modo, o creer que podían tener un futuro juntos y para siempre, pero él no era de esa clase de hombres. Nunca lo había sido.

Lo cual le recordó que, en el pasado, le había hecho algo que ella no le había perdonado aún, y tenía que averiguar qué había sido. A lo mejor había vuelto a su vida precisamente para ayudarla a pasar página.

Intentó decirse que esa actitud hacia la vida y el destino era la más saludable, pero algo le dolía por dentro cuando se imaginaba el resto de su vida sin ella.

Trató de quitarse ese pensamiento de la cabeza mientras salía de su casa para ir al restaurante. Vivir era su único objetivo… hasta que la vio caminar hacia él. Entonces deseó cambiar su vida y sus creencias con tal de retenerla a su lado.

Willow se alegraba de que Jack se hubiera marchado cuando lo había hecho porque así la había dado la oportunidad de volver a la normalidad.

«Sí, ya».

Había dejado a un lado la normalidad en el momento en que decidió ir a buscarlo al aeropuerto.

No sabía qué iba a hacer. Su deseo de venganza se había ido por el desagüe porque, llegados a ese punto, era incapaz de dar media vuelta y dejarlo plantado. Quizás nunca había sido capaz de hacerlo. Quizás había usado la ira como escudo protector que le servía para mantenerlo alejado.

Lo único que se le ocurrió en aquel momento fue llamar a Nichole.

–¡Hola, colega! ¿Qué hay?

–¿Cómo? ¿Por qué me hablas como si fueras una rapera?

–Es que quiero fastidiar a mi marido. Está con sus negocios y no me hace caso. ¿Qué pasa?

–¿Está Conner ahí?

–Sí, pero tiene una videoconferencia. Lleva veinte minutos agarrado al teléfono. Espera, que me voy a la cocina… ya. Cuéntame.

Willow respiró hondo. No tenía por costumbre hablar de su vida. De las tres, era la que sabía escuchar mejor, pero no era proclive a las confidencias.

–Me he acostado con Jack.

–¡Hurra! Ya era hora. ¿Y qué tal? ¿Cómo ha sido?

–Pues no sé… bueno, sí, ha estado bien. Pero creo que no ha sido una buena decisión.

–Espera, que vamos a hacer una llamada a tres. Gail tiene que oír esto. Te advierto que estoy de parte de Jack. Me parece perfecto para ti.

–¿Qué? ¿Cómo puede ser perfecto para mí un tío que se pasa la vida de viaje?

–Te lo explico en un segundo. Espera que llamo a Gail. No le digas que te lo he dicho, pero cala bien a la gente.

Estaba de acuerdo con Nichole. Esperó un momento y Gail no tardó en incorporarse a la conversación.

–Así que te has acostado con Jack.

–Sí. ¿Qué hago ahora? Para empezar, no sé qué debería hacer a continuación. O sea, que, si aún sigo queriendo vengarme, supongo que tendría que ir al restaurante y dejarlo plantado.

–¿Sigues pensando en devolverle la jugada para que sepa lo que se siente? –preguntó Gail.

–No. Además, no sería el único en sufrir si le hiciera algo así. –¿Tan serio es el asunto? –preguntó Nichole.

–No sé… Acostarme con él… bueno, creía que iba a ser solo sexo, pero, cuando se fue esta tarde, me di cuenta de que no había sido solo eso. Supongo que lo sabía incluso antes de que me mandara la dichosa figurita del príncipe encantado.

–¿Qué príncipe? –preguntó Nichole.

–Me envió unas figuritas desde Los Ángeles. Una de ellas era una especie de joyero con la forma de una rana… –No sabía que te hubiera hecho un regalo.

–Pues sí, y lo ha liado todo.

–Vale. ¿Y qué necesitamos para deshacer el lío?

–Si fuera capaz de dar media vuelta ahora, antes de que nos metamos en más profundidades, creo que podría salir indemne.

–Ay, cariño –intervino Nichole–, no creo que puedas. Te hace regalos, te escribe al móvil y…

–Mejor no darle demasiada importancia a todo eso. Ha hecho lo que haría cualquier hombre, intentar conquistarte. Tienes que usar la inteligencia, Willow –le aconsejó Gail–. Lo primero eres tú. ¿Qué es lo mejor para ti?

–Es verdad que está intentando cortejarme, y ningún otro hombre había hecho eso antes. Me gusta.

–Vale. ¿Te ha pedido que volváis a salir? –preguntó Gail.

–Sí. Esta noche salimos a cenar. Ha ido a su casa a cambiarse, y me va a enviar un coche en una hora. ¿Debo ir?

–Sí.

Nichole no dudó.

–Yo creo que tienes que ir –corroboró Gail–. Además, quieres hacerlo. Te lo noto en la voz. ¿Por qué dudas?

No quería hablar de su pasado con Jack, pero sabía que ese era el quid de la cuestión.

–Si no nos hubiéramos conocido antes de grabar el programa, me habría involucrado a fondo.

–Entonces, finge no conocerlo –propuso Nichole.

–No puedo. Y él no se acuerda de lo que pasó la noche del baile de fin de curso. ¿Qué dice eso de él? De él, y de mí, que me he acostado con él cuando no es capaz de recordar un incidente que me ha hecho ser como soy y que ha definido mi actitud hacia los hombres.

–Dice que es un tipo que pasa página y que sabe dejar el pasado donde

debe estar. También dice que te gusta lo suficiente como para arriesgarte a volver a sufrir –analizó Gail.

–No. Esta vez, tengo yo el control.

–Ya. Yo también creía que podía ser la amante de Conner y no acabar enamorándome de él –dijo Nichole.

–Y yo pensé que sería capaz de ayudar a Russell sin dejarme el corazón en el camino –añadió Gail.

–¿Por qué? Todas somos mujeres inteligentes –adujo Willow.

–Es que los hombres nos vuelven idiotas –replicó Nichole.

–No, solo el hombre adecuado puede volver idiota a una mujer –puntualizó Gail.

–Jack es mi hombre.

–Seguramente por el pasado que compartís. No sé lo que sentirás ahora –continuó Gail–, pero somos tus amigas y no vamos a juzgarte. Si lo quieres...

–Ve a por él –concluyó Nichole–. Y no te lo digo solo para ganarme un maravilloso día de spa.

Willow intentó reírse, pero se sentía muy confusa. No idiota, pero sí insegura, y esa falta de confianza era lo que más detestaba en el mundo.

–Gracias, chicas.

–No hay de qué. No te olvides de que siempre te cuidamos las espaldas –dijo Gail.

–Lo mismo que tú a nosotras –agregó Nichole.

Willow colgó aún sin decidir si debía ir o no. Pero algo de lo que había dicho Gail se le quedó dando vueltas en la cabeza. ¿Qué era lo que quería?

Pensó en llamar a Jack e inventarse una excusa para no ir, pero se dio cuenta de que ya llevaba demasiado tiempo escondiéndose. Se vistió con un con traje que se había comprado con Kat en las rebajas de un diseñador la semana anterior, y, cuando se puso con él delante del espejo, pensó que no se parecía en nada a la chica que era cuando estaba en Texas. Y al mismo tiempo, tampoco se parecía a la que había sido unos días atrás. Jack la había hecho cambiar, no intencionadamente, pero el cambio estaba ahí. Lo veía en sus ojos.

En aquel momento, sonó el teléfono.

–Llamo de Home James Cars. Su coche la espera.

Cuando llegó al restaurante, no se sentía más segura que antes. Vio a Jack esperándola, vestido con chaqueta formal y corbata. Cuando él la vio, se

acercó a recibirla, y Willow pensó que el cuerpo que había bajo aquella ropa había sido suyo y se dio cuenta de que estaba perdida.

Nunca iba a poder ser racional con un hombre que le hacía sentir lo que Jack le había hecho sentir.

Jack se dio cuenta de inmediato de que Willow se sentía tan fuera de lugar como él. Habían intimado demasiado y ya no había modo de volver a la seguridad del puerto en el que estaban antes. La conversación resultó torpe y a trompicones, en parte por culpa suya, ya que temía que ella viera lo mucho que le afectaba.

Se había pasado la vida deseando que durasen las cosas y luego resignándose cuando resultaba no ser así.

En los postres, apoyó los codos en la mesa y la miró directamente a los ojos para decir:

–¿Por qué has ido a buscarme al aeropuerto? No tendrías por qué haberlo hecho, y eso lo ha cambiado todo.

Willow se apartó de la cara un mechón de pelo, y luego pareció recordar que lo había dejado suelto a propósito cuando se lo recogió y lo soltó de nuevo.

–Pues… no sé –tomó un sorbo de vino y miró hacia otro lado. Luego, a él–. No saber si estabas vivo o muerto cambió… algo en mí. Dejé de pensar en vengarme… –¿Vengarte? ¿Por qué? ¿Qué te he hecho?

Ella tomó otro trago de vino.

–¿Te acuerdas de mí cuando estábamos en el instituto?

–Claro. Me dabas clases de lengua. Nos conocimos en las clases de la mañana.

–Exacto. ¿Qué más recuerdas?

Algo se le estaba pasando, pero ¿qué?

–Pues que solíamos hablar. Me acuerdo de que estabas decidida a ganar el Pulitzer y a largarte de Frisco. Decías que tenías ganas de vivir en una gran ciudad, donde la gente no tuviera una mentalidad tan estrecha y nadie te juzgara.

Willow se recostó en el respaldo de la silla y lo miró sin pestañear.

–Había olvidado lo arrogante que era. Me creía mejor que todos los demás.

–A mí no me daba esa impresión. Simplemente me parecías alguien que

sabía lo que le pedía a la vida. Yo, por ejemplo, quería ganar el campeonato estatal y poder llevar el anillo, pero tú ya mirabas más allá del instituto.

–Es cierto. Tú… me invitaste al baile de graduación y luego me dejaste plantada.

–¿Qué?

–Siento habértelo dicho así, pero es que no había otra manera de hacerlo. Habíamos estado dando clase y tú mencionaste el baile y me preguntaste si iba a asistir… yo dije que no, y tú contestaste que, si yo quería ir, tú me llevarías.

De pronto lo recordó todo. Quería hacer algo que le gustase a ella, ya que aún le iba a tocar quedarse dos años más en una ciudad que detestaba. Él había hecho ganar a su equipo el campeonato estatal el otoño anterior, y aquella mañana de abril le pareció que podía pedírselo.

–No recuerdo que te dejase plantada –dijo, limpiándose con la servilleta–. ¿Es lo que pensaste?

No era que lo pensara ella, sino que había ocurrido así.

Estaba arreglada, incluso había ido a la peluquería, y él no se había presentado.

–No importa –le espetó, y lanzó la servilleta sobre la mesa–. Voy un momento al lavabo.

Mientras la veía alejarse, Jack intentó recordar. Recordaba haber ido a su casa… ¡oh, no! Ya se acordaba de todo. Se había pasado por su casa dos días antes de la fecha para confirmar la hora en que tenía que ir a buscarla y la señora Stead le había dicho unas palabras.

Sabía quién era, dado que la prensa local le había dedicado bastante atención después de haber ganado el campeonato estatal y obtener por ello una beca para recibir clases en la universidad de Texas, y le dijo sin ambages que, con su hija, no se jugaba. Estaba en el último curso de bachillerato y no quería comprometerse con nadie, y fue entonces cuando la señora Stead le dijo que lo mejor que podía hacer por su hija era dejar de verla, ya que se había enamorado de él.

Willow volvía ya a la mesa cuando recordó, avergonzado, cómo había actuado entonces. Había dado por hecho que su madre hablaría con ella para decirle que no iba a ir a buscarla, pero, al parecer, no había sido así. Y a él le daba tanta vergüenza que había sido incapaz de hablar con ella de ese día.

–Lo siento –dijo.

Ella movió la cabeza.

–Creía… yo pensaba que eras diferente, pero ahora me doy cuenta de

que eras un inmaduro.

–Eso es cierto. No me reconozco en aquel muchacho, la verdad, pero eso no es excusa. Lo siento, Willow.

Pero al ver cómo lo miraba, supo que no iba a obtener la absolución con un par de palabras. Es más, ni siquiera estaba seguro de merecérsela. ¿Por qué se había marchado sin decir nada? En el fondo no necesitaba preguntárselo porque conocía el porqué; entonces, era el tío más importante de Frisco, y creyó que la señora Stead se había pasado de la raya.

–Era un imbécil. Creo haber superado ya esa etapa.

Esbozó una mínima sonrisa, y supo que quería perdonarlo.

–¿Qué pasó? ¿Por qué no te presentaste?

–Tu madre me puso los puntos sobre las íes. Me dijo que tú…

Aquello iba a avergonzarla.

–¿Qué te dijo? ¿Y cuándo habías hablado tú con mi madre?

–Dos días antes del baile, pasé por tu casa y tú no estabas. Tu madre sabía quién era yo, y me dijo que no se me ocurriera jugar contigo porque tú… sentías algo por mí.

Willow enrojeció hasta las cejas.

–Dijo que, si no iba en serio contigo, mejor que no te llevara al baile, y yo… bueno, digamos que no me sentó bien. Yo era la estrella del instituto, y los padres de otras chicas habrían estado encantados de que saliera con su hija.

–Entonces te mosqueaste y decidiste dejarme plantada.

–Me imaginé que tu madre te diría algo. Y creo que ya he admitido que entonces era un imbécil. Me gustaría haber sido más maduro.

–A mí también. Pero tienes que entender que estuviera muy resentida contigo.

–¿Resentida?

–Bueno, algo más, directamente te odiaba. Deseaba que te ocurriera algo horrible, pero cada cosa que te ocurría era para mejor.

–Déjame pagar y salimos de aquí para poder seguir hablando. Mi vida no ha sido precisamente el lecho de rosas que tú te imaginas, ¿sabes?

Pagó la cuenta y salieron. Estaba empezando a nevar.

–¿Te importa que demos un paseo? No me apetece estar metido en un coche.

Ella llevaba un grueso abrigo de lana y una buena bufanda, de modo que no tendría frío.

–¿Hacia dónde quieres que paseemos?

–¿Quieres que vayamos a ver los escaparates de la Quinta?

Le pareció que era algo que una pareja que salía podía hacer, y no quiso admitir el alivio que sintió cuando ella accedió.

Capítulo Nueve

La brisa fresca que le tocaba las mejillas le hacía imposible ahondar en el pasado, y el arrepentimiento que percibía en Jack servía para reafirmarla en la idea de que estaba empezando a conocerla. Era mucho más que el muchacho que ella recordaba, y se alegraba de estar con él en aquel lugar y en aquel momento.

Willow tomó su mano y él la miró sorprendido antes de entrelazar sus dedos con los de ella.

–Nada contigo sale como lo pienso –dijo.

–Me alegro. No me gusta ser predecible. Y estoy empezando a pensar que a ti tampoco.

–Claro que no –dijo él, apartándola del tráfico peatonal y conduciéndola a un rincón–. Cada vez que me siento cómodo, pasa algo que me saca de esa comodidad.

–¿Qué quieres decir?

–Pues que cada dos por tres tengo que encontrar el modo de volver a empezar.

Willow ladeó la cabeza para estudiarlo. Le habían caído algunos copos de nieve en el pelo, humedeciéndoselo, pero seguía teniendo un aspecto sexy y confiado. No le parecía un tipo que hubiera tenido que reconstruirse muchas veces.

–Todas esas experiencias han hecho de ti el hombre que eres hoy. Eres fuerte y capaz. Es más, ahora que lo pienso, no debería haberme preocupado por ti con lo del ataque del tiburón. Tendría que haber sabido que saldrías sano y salvo.

–Sí, sobrevivir siempre sobrevivo, pero con cicatrices.

–Lo sé –dijo ella, y lo abrazó con un solo brazo–. Siento no habérmelo tomado más en serio.

–¿Las ves? Las cicatrices, quiero decir.

–Creo que no. Pero me has dado algo en lo que pensar, aunque yo no puedo olvidarme del pasado tan fácilmente como tú.

–Lo comprendo. Seguiré disculpándome aunque sepa que mis palabras no van a poder curar el pasado.

Sin embargo, Willow sentía que, con esa actitud, sí era posible. No

fácil, pero posible, quizás. Tenía que reconocer que le gustaba. Demonios… ¿qué narices le estaba pasando? ¿Por qué aquel hombre la afectaba de ese modo?

–¿Ves? Estamos encontrando el modo de llegar el uno al otro –dijo ella, y vislumbró un rayo de esperanza. Quizás estuvieran en el buen camino, pero camino ¿de qué? Nunca se había imaginado a sí misma casada, y porque sus amigas lo estuvieran ella no tenía por qué desearlo. Además, se trataba de Jack.

–Cierto. Y esta parte del viaje resulta muy interesante.

–¿Esta parte? ¿Crees que acabaremos tomando direcciones distintas en algún momento?

–Seguro. No ha habido una sola persona en mi vida que haya permanecido a mi lado.

–Tu madre –contestó ella, y echaron a andar de nuevo.

Los escaparates parecían mágicos, todos decorados para el invierno. Algunos comercios incluso se habían adelantado a la Navidad, y viendo aquellas escenas se dio cuenta de que no confiaba en que Jack y ella siguieran juntos para entonces. Quizás lo que había entre ellos era únicamente sexo. Sexo y un deseo de cerrar para siempre el pasado.

–Mi madre murió antes de que acabara la carrera –dijo él–. No es que me queje, porque me lo dio todo, y yo intenté hacerle la vida más fácil antes de que muriera.

–Comprendo.

¿Qué otra cosa podía decir? Siempre se había imaginado a Jack con una familia numerosa y montones de amigos, seguramente porque era precisamente lo contrario de lo que ella tenía. Su madre era hija única y, tras su muerte, se había quedado sola.

Totalmente sola a no ser por Gail y Nichole, que eran sus hermanas del alma. No podría decir cómo habría sobrevivido sin ellas.

–Tendrás buenos amigos del instituto y la universidad.

–Mantengo algunos, pero me suelen llamar solo para pedirme donaciones o para que llame a alguien famoso para participar en algún acto benéfico. ¿A ti te pasa también?

–No. Yo no he mantenido el contacto con nadie, aparte de Gail y Nichole, y dado que mi madre falleció, no suelo volver. La verdad es que no echo de menos Texas. Aquí me siento como en casa.

–Yo a veces sí lo echo de menos, pero no voy por allí. ¿Qué sentido tendría? Ahora mi vida es distinta, lo mismo que te pasa a ti. Me resulta

curioso que tuvieras esa fijación con el pasado cuando en realidad no quieres volver.

–No me obsesionaba el pasado, Jack. Solo quería vengarme.

–¿Por qué? Teniendo en cuenta cómo eras, no me imaginaba que el baile hubiera sido tan importante para ti.

Había mucha verdad en sus palabras, pero también era cierto que no había chica que no deseara que un chico guapo la invitase a ir al baile. No importaba lo que les hubiera dicho a sus amigas, ella también había querido que su sueño se hiciera realidad aquella noche.

–Me gustabas mucho, y me hiciste daño. Y quería devolvértelo.

–Estabas sedienta de sangre, ¿eh?

–Pues sí. Sé que tú sobrevives reinventándote, pero yo lo hago planeando vengarme de los demás.

–¿Es que no soy yo el único de quien quieres vengarte?

–De Texas, sí. He intentado no cometer los mismos errores, como te imaginarás. Pero hay también un productor que me hizo una buena cuando empecé en el negocio.

–¿Qué pasó?

–Pues que alcancé más éxito que él. El año pasado buscaba trabajo e hice que le dieran calabazas.

–Willow…

–Lo sé. Sé que no estuvo bien, pero era un cerdo. Me despidió para que su novia pudiera quedarse en mi puesto y tuve que estar seis meses más viviendo con Gail.

–Lo siento. ¿Te sentiste mejor después?

–No. Me sentí mal. El momento económico es horrible ahora, y, si no me hubiera despedido, no habría puesto en marcha mi propia empresa, así que digamos que al final me hizo un favor.

–¿Y cómo lo hiciste?

–Llamé a un amigo mío y le hicieron una oferta. No supo que yo había tenido nada que ver.

No debería habérselo contado, pero quería que Jack supiera que, aunque pretendía sentirse mejor desahogándose con las personas que le habían hecho daño en el pasado, nunca había sido capaz de hacer daño del mismo modo en que se lo habían hecho a ella. No quería que los demás se sintieran tan mal como ella. Y, cuando volvieron a tomarse de la mano para seguir

paseando, se dio cuenta de que, con él, era especialmente cierto.

Jack había llegado a saber de Willow más de lo que esperaba en una sola cita, y mientras caminaban de la mano se preguntó si no habría cometido un error. Pero ella lo miraba como si fuera un ser especial, y se sintió mejor que antes, como si por primera vez fuera él el bueno del cuento, y no el secuaz.

Toda su vida se había sentido el secuaz, el adlátere, porque no tenía asegurado el final feliz. ¿Se le acababa de presentar la oportunidad?

–¿Quieres venirte a mi casa? No llegaste a ver mi habitación –sonrió.

–No sé… no estoy segura. Querría decir que sí, pero me siento ahora mismo demasiado… en carne viva. Me has hecho enfrentarme a cosas sobre mí misma que suelo ignorar.

–Lo siento –dijo él, aunque no fuese verdad. Le había hecho sentirse tan vulnerable que lo justo era que ella también se sintiese del mismo modo.

–No, no lo sientes. Te gusta porque ahora tienes algo que usar contra mí.

Él negó con la cabeza. Entraron en un pequeño café y ocuparon una mesa en un rincón. En lugar de sentarse frente a ella, Jack se acomodó a su lado y le pasó un brazo por los hombros.

–Me estás espachurrando.

–Bien. Quiero espachurrarte y obligarte a salir de tu cómodo retiro, porque desde que puse el pie en el plató de Sexy and Single es lo que tú has hecho conmigo. Piensas que lo que pretendo es quedar siempre por encima de ti, pero lo único que pretendo es encontrar el modo de mantener equilibrada la balanza.

Jack la vio encogerse. Quizás estaba atacándola demasiado, pero después de ver lo cerca que P.J. había estado de la muerte, y de saber que, a juzgar por su porcentaje de éxitos, bien podía no conseguir todo lo que quería de ella… en fin, que no podía permitirse andar esperando a que empezase a sentir algo por él. Tenía que conseguirlo ya.

–¿Por qué te comportas así?

–P.J. ha estado a punto de morir. Acababa de casarse, Willow; acababa de iniciar una vida nueva con la persona con la que había decidido compartirla y ha estado a punto de desaparecer. ¿Sabes cuántas veces he tenido que empezar de cero yo solo?

–Por lo menos, una.

–Cuatro.

–Vale. ¿Y eso qué tiene que ver conmigo? Estoy esforzándome por tratarte como trataría a cualquier otro tipo con el que saliera.

–Es que eso no es lo que yo quiero. Quiero que me trates… quiero que te des cuenta de que no soy como esos otros que podrían encajar o no en tu vida, sino como el único que puede.

–Llevamos saliendo menos de una semana –puntualizó Willow.

Entendía su punto de vista, pero para él la vida se medía en meses, en lugar de en años, y quería disfrutar hasta el último segundo con ella.

–Vale. Peor para mí. Vamos a pedir un café y llamaré al coche para que te lleve a casa. Mañana tenemos que madrugar los dos, ¿no?

–Sí, mañana y pasado mañana. Mañana tenemos una cata de vinos en Pablo’s East, y al día siguiente, Peter y Deidre tienen que ir a Toys for Tots a un acto benéfico.

–No quiero hablar de trabajo.

–Pero ahora soy yo la que está al mando, y tenemos que tratar esos detalles. A menos que quieras hablar del futuro. –Demonios… eres implacable, Willow. O hablamos de trabajo, o me vas a obligar a algo que a lo mejor lamento después, y eso no quiero hacerlo.

Ella asintió.

–De acuerdo. Bueno, lo de Toys for Tots lo vamos a rodar en los Hamptons, en la casa de la familia dueña de la empresa. Mis amigos, Nichole y Conner, me han invitado a cenar después del rodaje. ¿Quieres venir?

¿Por qué iba a querer? Iba a seguir manipulándolo… pero no. En realidad, lo que estaba intentando era protegerse, y no podía culparla por eso, ya que él estaba haciendo exactamente lo mismo. Quizás aquella invitación fuese una rama de olivo.

–Me encantaría. ¿Cómo vas a ir a los Hamptons?

–En helicóptero con Deidre y Peter. Y tú también. ¿Es que no has leído el correo que te he mandado?

–Hoy no me ha sobrado precisamente el tiempo. He sido raptado por una mujer muy sexy.

–Yo no te he raptado. Ya sabes que hablé con Deidre antes de su última cita, y me di cuenta de que aunque sea muy lista a la hora de dar consejos a los demás, está igual de confusa que tú o que yo con su propia vida.

–¿Y qué te ha hecho pensar eso?

Con un gesto, pidió dos cafés al camarero.

–Tenía miedo de que le partiesen el corazón –respondió ella, inclinándose hacia delante para mirarle directamente a los ojos–. Igual que yo. Y que conste que no te estoy dando falsas esperanzas.

–Ahora lo sé. Pero soy un hombre, y a veces pierdo la paciencia.

–No sé qué tiene que ver eso con ser un hombre. Yo pierdo los estribos constantemente –respondió con aquella sonrisa tan suya que le hacía desear ser él quien la raptara y se la llevara a su casa para tenerla para él solo.

–Yo creo que no es cierto –dijo acertadamente. Era siempre fría como el hielo por fuera porque no quería que pudieran ver lo que le pasaba por dentro.

–¿Por qué dices eso?

Esperó a que el camarero dejase los dos cafés en la mesa. Descubrir a la verdadera mujer que llevaba dentro iba a ser más difícil de lo que había pensado.

–Porque te gusta llevar las riendas.

–Y eso te molesta, ¿verdad?

No quería admitirlo en voz alta, pero ambos sabían que le gustaba ser el jefe; que no quería que una mujer que le estaba haciendo sentir demasiado pudiera tener el control sobre él.

–Pues sí. Me gusta dar las órdenes. Era el quarterback de mi equipo, y soy el presentador y el productor de mis programas.

Soy el dueño de mi destino, excepto en lo que a ti respecta.

–Bien. No quiero que se te suban los humos a la cabeza, y para eso necesitas que alguien te plante cara. Si no lo hubiera hecho, ya te habrías aburrido y estarías con la siguiente compañera de viaje.

Sus palabras le llegaron muy dentro y se preguntó si no tendría razón. Quería hablar más de ello, pero de pronto se dio cuenta de que había un grupo de adolescentes mirándolo.

Mierda.

Se acercaron a la mesa.

–¿Es usted Jack Crown?

–Sí, lo es –respondió Willow.

–¿Podría firmarnos un autógrafo?

–¿Podríamos hacernos una foto con usted? –sugirió otro.

–¡Tío, no se lo van a creer! Anoche vi el programa en el que saltaba a esa moto de cross. ¿Cómo lo hizo?

Willow se apoyó en el respaldo de la silla y pareció fundirse con la decoración mientras él firmaba autógrafos y posaba para las fotos. Se iba alejando cada vez más, y Jack deseó saber cómo impedirlo. ¿Habría apartado a todo el mundo de su lado porque se plegaban a sus deseos con demasiada facilidad? ¿Deseaba a Willow porque no era así?

Willow había parado un taxi para volver a casa después de que los cazadores de autógrafos se hubieran ido, y no podía culparla por ello. Su presencia había echado a perder el momento, y por otro lado comprendía que tenía que ir a su casa y asimilar cuanto habían hablado.

Al día siguiente, cuando se presentó a trabajar en el plató de Sexy and Single, no sabía qué esperar. Peter estaba en un aparte hablando con un integrante del equipo que le estaba colocando el micrófono, y, cuando terminaron, se acercó.

–¿Qué tal?

–Bien. Aún no me puedo creer que me haya metido en este programa.

–Supongo que no tiene nada que ver con el estilo de vida que llevabas antes.

–Pues no, la verdad. Normalmente viajo todas las semanas a otra ciudad, cargo el coche, conduzco todo lo rápido que puedo y vuelta a empezar. No es como andar concediendo entrevistas.

–Lo haces bien.

–Bueno, lo de las cámaras no se me da del todo mal, pero no sé si puedo decir lo mismo con Deidre. Ella quiere ir muy despacio, y en mi naturaleza no está lo de ir pasito a pasito, ¿sabes?

Jack se encogió de hombros.

–Tampoco es lo mío crear lazos con la gente.

–¿No? ¿Y no te sientes solo? –quiso saber Peter–. Yo me puse en contacto con Matchmakers Inc. porque no tengo tiempo para andar buscando pareja, y quiero crear una familia.

Él nunca había pensado en tener familia. Estaba demasiado ocupado trabajando como un loco para asegurar su futuro, hasta tal punto que ahora no sabía cómo hacer otra cosa. Sí, se divertía y se tomaba vacaciones de vez en cuando, pero siempre pensando en volver a trabajar.

–Yo no tengo tiempo para una familia.

–Mira, tío, yo me paso la vida viajando, excepto desde mediados de noviembre a principios de enero, y, si yo tengo tiempo, tú también lo tienes. A lo mejor es que no quieres dedicarle el tiempo necesario, o no has conocido aún a la mujer adecuada.

–Puede ser. Lo que sí sé es que encontrar la pareja adecuada es más difícil de lo que parece.

–Así que no soy el único que tiene problemas con su pareja, ¿eh? O sea, yo estoy convencido de que es la mujer perfecta para mí, pero convencerla a ella es lo duro.

Jack se rio y le dio una palmada en el hombro.

–¡Las mujeres son así! Y no he visto a una sola pareja en este programa que no haya tenido que enfrentarse a algo.

–Bueno es saberlo.

–Bueno, chicos –Willow se acercó a ellos–. Vamos a prepararnos para grabar. Jack, necesito que le preguntes a Peter sobre lo que van a hacer hoy, y que luego lo acompañes junto a Deidre para que los dos puedan hablar antes de que tú desaparezcas de la escena.

–De acuerdo, jefa.

Era increíble que actuase como si no hubiera ocurrido nada entre ellos. Como si nunca la hubiera visto desnuda, o sentido íntimamente unida a él. Sabía que pretendía devolver su relación al punto en el que estaba antes, pero no iba a permitírselo, y la sujetó por la mano antes de que se alejara. Ella bajó la mirada para ver lo que había hecho antes de soltarse.

–Vamos con el tiempo muy justo. Va a haber tormenta, y tenemos que rodar fuera antes de pasar dentro para la cata de vinos.

De modo que a Jack no le quedó más remedio que verla alejarse. Ya encontraría el modo de enfrentarse a ella más tarde. Había llegado el momento de que la señorita Willow Stead supiera con quién se estaba viendo las caras.

–Adelante, Jack.

Jack y Peter echaron a andar hacia la terraza donde les aguardaba Deidre.

–Peter, ¿qué pretendes de la cita de hoy?

–Espero demostrarle a Deidre que soy algo más que un chico del sur al que le gustan los coches rápidos.

–¿Y cómo piensas conseguirlo?

–Soy propietario de un viñedo y creo que cuando me vea en mi elemento, tendrá la ocasión de mejorar la impresión que tiene de mí.

–¿Qué piensas, Deidre? ¿Es eso lo que necesitas para ver otro aspecto de la personalidad de Peter?

–Eso creo, Jack. La verdad es que me ha sorprendido en más de una ocasión ya.

–¿Qué ha sido lo más sorprendente de todo?

–El hecho de que no tiene miedo alguno a hacer lo que sea por conseguir lo que quiere. Yo siempre tengo que tener un plan, y otro alternativo, pero Peter, no. Se lanza sin más.

–Eso es cierto. Luego, si es necesario, recojo los platos rotos de lo que he hecho, pero, si espero demasiado, puedo perder la oportunidad.

–Voy a quitarme de en medio para que podáis disfrutar de vuestra cita –dijo Jack, saliendo de plano. Los cámaras, Willow y el resto del equipo los siguieron hasta el restaurante donde iba a tener lugar la cata.

Jack se quedó a un lado viendo lo que iba a ocurrir, mientras que pensaba en lo que Peter había dicho. A lo mejor se iba a perder algo importante si no iba tras Willow ya. Si había aprendido algo del accidente de P.J. era que la vida era siempre demasiado corta.

–¿Jack Crown?

Se volvió. Eran dos críos.

–Hola, chicos.

Se acercaron, les firmó autógrafos y charló con ellos un momento, pero todo ello sin perder de vista a Willow. Al parecer, ella también lo observaba. Daba igual lo inmune que pretendiera ser. Estaba tan confundida por él como él lo estaba por ella.

Y aunque sabía que uno de los dos iba a tener que dar su brazo a torcer si querían seguir adelante, seguramente no iba a tener que ser él.

Capítulo Diez

Willow pasó otra noche dando vueltas y más vueltas en una cama que olía a Jack. En parte lamentaba estarlo tratando con tanta frialdad en el trabajo, pero solo en parte. De hecho, incluso sentía la tentación de fingir que

no se había acostado con él.

Cada vez le costaba más recordar que no quería nada permanente. Es más: él mismo había dicho varias veces que lo de «para siempre» no iba con él, pero la cuestión era que seguía pensando en él y teniendo sueños eróticos, así que llegó de mal humor al helipuerto en el que Kat y Peter la esperaban riéndose.

Quizás fuera por la falta de sueño, o porque, a pesar de haberle advertido ya en varias ocasiones a su asistente que Peter estaba prometido, seguía flirteando con él, o por sus propias inseguridades con Jack y cualquier otro hombre del planeta. El caso es que soltó:

–Kat, ven aquí.

Kat la miró sorprendida y tras decirle unas palabras a Peter, se acercó. Deidre no había llegado aún, de modo que aquello no tenía por qué transformarse en un problema para la pareja.

–¿Se puede saber qué estás haciendo?

–Hablar con uno de los protagonistas. ¿Quieres que te traiga un café? Parece que te hace falta.

–Estoy bien. Me ha parecido que estabas flirteando con él, y creo haberte dejado claro que no puedes hacerlo.

–Oye, que ha sido él quien se ha acercado a mí. Además, solo estábamos charlando. Creo que de verdad se está enamorando de Deidre.

Willow respiró hondo.

–Razón de más para que te alejes de él. Deidre tiene sus inseguridades, como cualquier otra mujer.

–A algunas les gusta que les planteen un desafío; les sirve para dar un paso adelante y decidirse a ir a por un tío. Ya sabes que anda pensándoselo demasiado con él.

–Así que has decidido encender el fuego y ver qué pasa, ¿no?

–Más o menos. Peter es un hombre divertido y me gusta.

Había decidido no seguir más allá cuando Kat la miró con tristeza.

–¿Qué tengo de malo, Willow?

–¿A qué te refieres?

–Pues que solo me siento segura flirteando con tíos que ya están comprometidos. Peter no es el primero con el que me pasa.

Willow le pasó un brazo por los hombros. A veces resultaba agradable saber que no era ella la única a la que le fallaba la capacidad para mantener

una relación normal.

–Seguramente así te sientes más segura, porque sabes que no vas a pasar del flirteo.

Kat se quedó pensativa unos segundos.

–Tienes razón. En parte no quiero cambiar los planes que me he trazado.

–Sé bien de qué me hablas.

Lo sabía porque ella no se iba a acostumbrar nunca a la presencia de Jack en su vida.

–¿Y sigues sintiendo lo mismo? Quiero decir, que viendo a tus amigas casarse y tener familia, ¿no quieres tener lo que tienen ellas?

–No –mintió descaradamente, ya que en el fondo era consciente de que cuantas más cosas de pareja hacían sus amigas, más ansiaba ella tener un poco de lo que ellas habían logrado. Pero luego recordaba a Nichole deprimida y llorando como una magdalena porque Conner no estaba dispuesto a comprometerse. A pesar de que hubieran aclarado sus diferencias, ella había llegado a la conclusión de que quizás estaba mejor así.

–Tengo una vida buena.

–Es cierto –corroboró Kat–. A partir de ahora, me mantendré alejada de Peter. No quiero estropearle la historia que tiene con Deidre.

–Gracias. Y yo no quiero tener que volver a advertírtelo.

–No tendrás que hacerlo. Me gusta demasiado este trabajo para perderlo por un flirteo.

Y se alejó.

Kat fue a hablar con los cámaras, que iban a tomar un segundo helicóptero para volar hasta los Hamptons. Willow quería creer que era feliz, pero sabía que también se había acostumbrado a ir por la vida en punto muerto, sin hacer esfuerzo alguno. La mayoría de los días se sentía satisfecha, pero desde que Jack había aparecido…

No era que pudiera culparlo de nada, porque nada había hecho, pero la noche anterior, mientras hablaban del pasado, había llegado a darse cuenta de que siempre había estado predispuesta a ver lo peor de la gente de su ciudad. No era que con ello disculpase a Jack por haberla dejado plantada. Probablemente nunca lo haría, pero su madre había actuado con intención de protegerla. Willow era la única que conocía el daño tan terrible que su padre le había hecho a su madre al marcharse.

Por eso estaba de tan mal humor aquella mañana, porque le atraía un

hombre que le hacía sentir cosas que no quería sentir.

Y lo peor era que su único deseo era correr a sus brazos y hacerle suyo, cuando sabía que Jack Crown no era hombre para una relación a largo plazo.

Precisamente en aquel momento le vio. Iba de camino a la azotea con Deidre y le dedicó una sonrisa a la que ella no contestó. Tenía que mantener su relación en secreto para que, cuando terminase, y ahora sabía que no tardaría demasiado, no quería que todo el mundo supiera que habían estado juntos.

Con eso en mente, llamó a Kat para darle instrucciones de que los concursantes subieran a los helicópteros y salieran ya para los Hamptons.

–¿Tú no vas con ellos?

–No. Quiero hablar con el equipo. Dile a maquillaje y peluquería que vayan con ellos.

–De acuerdo. Yo no había pensado ofrecerme –respondió Kat un poco a la defensiva.

–Lo sé. Hoy estoy de mal humor, Kat. Perdona si he sido demasiado áspera contigo.

Estaban grabando a todas las parejas posibles para poder terminar el primer bloque de programas antes de Navidad. Desde luego no podía haber escogido una época peor para liarse con Jack.

–No lo has sido. Me ha venido bien que me lo dijeras. ¿Qué quieres que te diga yo a ti?

–Que el amor vuelve idiotas a las mujeres –espetó.

–¡Vaya, jefa! ¿Cuándo te has enamorado?

Willow palideció. ¿De verdad había dicho eso? ¡Si no estaba enamorada de Jack! Jack Crown era solo su billete al futuro, y no un hombre con el que pensara iniciar una relación larga.

–Yo no me he enamorado.

Pero se alejó de Kat sintiendo que había vuelto a mentir. ¿Se habría enamorado de verdad? No. Nunca se pondría en una situación tan vulnerable.

Jack se dio perfecta cuenta de que Willow había reforzado sus defensas durante la noche y de que volvía a mantenerlo a distancia. En un primer momento pensó en dejar que se saliera con la suya, pero luego se dijo que ya estaba harto de esperarla. No solía ser tan paciente.

Le hizo un gesto a Kat para que viajase ella con los concursantes y así

poder ir él con Willow. Su reacción no fue precisamente de complacencia cuando se sentó junto a ella y se puso los auriculares, pero le dio igual. Tenía la noche entera para pensar en ella y en lo que quería.

–Necesitaba que Kat hubiese venido en este helicóptero para darle algunas instrucciones antes de aterrizar.

–¿Y qué podías necesitar decirle que no pueda esperar a que estemos allí? No es que este rodaje vaya a ser distinto de los otros.

–¡Pues cosas, Jack! Tenía que decirle cosas, y puesto que soy su jefa…

–Te estás comportando como una niña malcriada.

–Lo sé. No he dormido bien y llevo toda la mañana hecha un ogro.

A Jack le hizo gracia su forma de explicarlo.

–Tendrías que…

Ella le puso un dedo en los labios a modo de advertencia.

–Debería haber dormido mejor, lo sé.

–Bueno, vale. ¿Y por qué te comportas de un modo tan… raro?

–No quiero tener esta conversación en el helicóptero.

–Pues escríbemelo.

Sacó el móvil y comenzó a escribir. A continuación, se lo mostró: No quiero que sepan que estamos saliendo.

Dios, aquella mujer le iba a quitar la vida. ¿Por qué no podía haberse obsesionado con una de esas mujeres siempre dispuestas a hacer lo que él quisiera? Le escribió la respuesta:

Nichole ya lo sabe.

Ella miró al techo, exasperada.

Willow: Me refiero al trabajo.

Jack: No.

Willow: ¿Cómo que no? Esto no es discutible, Jack.

Jack: Pues lo siento, Willow. No pienso fingir que somos compañeros cuando somos amantes.

Willow: ¿Lo ves? ¿Quién usa la palabra «amantes»?

Jack: Yo. ¿Es eso lo que te molesta?

Willow: No quiero que hablen de mí cuando vuelvas a Los Ángeles y a tu vida de siempre, y yo quede reducida a ser tu último revolcón.

Jack: En primer lugar, las chicas de una sola noche no son tan complicadas como tú, y no pienso volver a mi vida de antes.

Willow: ¿En qué estás pensando?

Jack: No lo sé, porque como tú has dicho antes, solo llevamos saliendo una semana. Pero esto es algo más que un rollito.

Willow: Técnicamente estamos en la segunda semana.

Jack: Sí.

Jack le devolvió el teléfono y ella lo guardó. Qué complicada era. Actuaba como si la opinión de los demás no le importase, y sin embargo temía que alguien que estuviera relacionado con el programa se enterara de que eran pareja.

Bueno, él también lo temía. No quería acabar siendo otro hombre más que no había dado la talla a los ojos de Willow.

Había oído decir que la consideraban una devoradora de hombres, pero él había sabido ver más allá y había descubierto a la chica… bueno, no. A la mujer que solo intentaba protegerse.

Aterrizaron y Willow desembarcó de inmediato para decirle a la gente dónde tenían que ir y qué tenían que hacer. Cuando llegaron a la tienda de juguetes vio que ya se había congregado un buen número de personas, y se sintió orgullosa de formar parte de aquello. Era muy agradable trabajar en un programa que colaboraba con los demás, especialmente en las fiestas.

Peter se acercó de inmediato a las personas que portaban objetos relacionados con el automovilismo para firmar autógrafos y charlar con ellos. Jack miró entonces a Willow y ella asintió.

–Hazlos felices –le dijo.

–¿Y a ti también te hará feliz?

–¿De verdad te importa?

–No puedo pensar en otra cosa. Eres una mujer difícil de conocer.

–Lo sé. Si te vas a sentir mejor, te diré que tú eres igual de difícil.

–Pues no.

Se acercó entonces a la gente. Había chiquillos con balones y gente que le preguntó por P.J., y entonces se dio cuenta de que aquello era lo que Willow trataba de evitar. Él estaba acostumbrado a decir generalidades sobre su vida, pero ella le diría a todo el mundo exactamente lo que sentía. Por eso había querido vengarse de él, porque no tenía capas tras las que protegerse.

Deidre se acercó a Peter, y Jack vio que dejaba de hablar con sus fans

para pasarle un brazo por los hombros y empezar a presentarla mientras recogían los juguetes. Fue entonces cuando se dio cuenta de que las cámaras estaban grabando.

Willow estaba detrás de los operadores y supo que era el momento de intervenir.

–Deidre, ¿te imaginabas que un amante de la velocidad como él tenía un lado como este?

–Al principio, no. Pero el hombre al que he ido conociendo me ha demostrado que se preocupa por los demás.

–Por supuesto. Y no me da miedo que el mundo lo sepa – dijo Peter.

–Estoy empezando a comprender por qué –intervino Deidre–. Supongo que, cuando se siente algo tan intensamente, tienes que dejarlo ver.

Jack no supo cómo responder a eso. Era lo contrario de lo que estaba pasando entre Willow y él.

Willow estaba de mucho mejor humor cuando llegó a la casa de los Macafee en los Hamptons. Conner la utilizaba cuando quería alejarse de la ciudad y disfrutar de un fin de semana. Según le había contado Nichole, en aquella casa se celebraba la fiesta del Cuatro de Julio en la que ella se coló para tener su primera audiencia con Conner.

La casa estaba decorada para el otoño con una hermosa corona colgada en la puerta y arreglos florales en naranja, amarillo y marrón diseminados por las habitaciones. Jack y ella habían ido juntos, y estaban en el recibidor.

–¡Esto es vida! –suspiró él–. Me encanta este lugar. He estado buscando una casa en la Costa Este. Mi piso es demasiado pequeño, si pretendo pasar en él más de una semana.

–Gracias. Mi madre pasa más tiempo que yo aquí. Creo que una compañera suya de tenis es agente de la propiedad inmobiliaria. Si quieres le pido información –dijo Conner, que les había oído hablar y se acercaba a ellos–. Es la casa que mi madre aportó al matrimonio cuando se casó con mi padre. Era una herencia de sus abuelos.

–Es preciosa –dijo Willow.

–Nic está en el salón. Hoy no se encuentra muy bien.

–¿Quieres que nos vayamos? –preguntó Willow, preocupada por su amiga–. ¿Qué le pasa?

–Al parecer, no soy lo sensible que debiera.

–¿Qué le has dicho?

–Que no iba a estar gorda siempre.

–¡Ay, Dios! –exclamó Willow, conteniendo una sonrisa.

–En mi defensa debo decir que se estaba lamentando de que iba a quedarse así para siempre –adujo Conner, encogiéndose de hombros.

–Creo que quería que le dijeras que no está gorda –le sugirió Jack–. ¿No es así, Willow?

–No, si ya lo sé, pero ahora es demasiado tarde. Me ha prohibido que entre en el salón.

–Voy a hablar con ella, a ver si consigo hacerla cambiar de opinión –se ofreció Willow.

–Genial. ¿Quieres ver el juguete que me he comprado? –le preguntó Conner a Jack–. Es un coche rápido del que me habló Alex Cannon.

Willow entró al salón. Nichole estaba sentada en un espacioso sofá y se cubría los hombros con una pashmina. Parecía cansada, pero estaba preciosa.

–Hola, guapa. ¿Te encuentras bien? –preguntó al entrar, sentándose a su lado.

–No. He perdido el control de mi cuerpo y de mis hormonas, y no hago más que decir tonterías. Nadie me dijo que quedarse embarazada suponía perder cociente intelectual.

Willow la abrazó.

–Anda, cuéntame lo que te pasa de verdad, que Conner sabe perfectamente que no eres idiota.

–Sí, ya, pero es que últimamente me siento cansada e hinchada, y estoy de mal humor todo el tiempo. ¡Y yo que pensaba que iba a ser una de esas mujeres que florecen cuando están embarazadas! ¡Pero estoy hecha un asco! Tú ya conoces a Conner, siempre tan sofisticado, tan elegante, y yo… yo me compadezco de mí misma.

–A ver si me aclaro, te has casado con uno de los hombres más ricos del país, que te trata con devoción. Estás a punto de tener un hijo, algo que Gail no va a poder hacer nunca, y te encanta tu carrera. Pues sí, la vida te ha tratado mal, ya lo veo.

–Ya te he dicho que estoy hecha una quejica.

–Lo sé. Y yo, esta mañana, tenía un humor de perros. No se puede ser perfecta todo el tiempo.

–Eso es cierto. Menos mal que no soy yo la única que se ha levantado

hoy con el pie izquierdo. A lo mejor es por culpa del alineamiento de los planetas. Y hablando de todo un poco, ¿estoy ya más cerca de ganarme mi día de spa?

–Más cerca de lo que a mí me gustaría. No es un cretino.

Nichole se echó a reír.

–Eso ya lo sabíamos. Cuéntame, ¿qué ha hecho últimamente?

–Disculparse por el pasado. No creía que fuese a hacerlo, pero fue tan sincero que no pude seguir enfadada con él.

–Eso está bien. Aunque no salga nada más de todo esto, habrá valido la pena. ¿Te sientes mejor ahora?

–No –admitió Willow–. Sigo siendo yo. Sigo teniendo miedo de dejar que se acerque, y cuanto más intento mantenerlo alejado, más se me cuela por debajo de las barreras. Y no hace lo que le digo.

–Bien.

–¿Cómo que bien? ¡Creía que estabas de mi parte!

–Y lo estoy, pero necesitas que alguien te haga reaccionar. Estás estancada, y eso no es bueno.

–Lo sé, pero así me siento segura. Nadie me ha partido el corazón en años, y aunque echo de menos la complicidad que veo entre Conner y tú, me siento mucho más segura así.

–¿Qué podría no funcionar entre Jack y tú?

–Un millón de cosas. Para empezar, él vive en la Costa Oeste.

–Eso no es problema. Trabajáis en la misma industria, y, si tú tuvieras que mudarte, no se iba a acabar el mundo.

–Te echaría de menos.

–Yo iría a verte cada dos por tres. Lo que quiero decir es que eso no es un obstáculo insalvable. Pero debe de haber algo que sí lo sea, o no pondrías tantas pegas. ¿Qué es?

Intentó encontrar qué era lo que de verdad le asustaba de Jack, porque no podía ser algo tan simple como el miedo a que le partiera el corazón… ¿o sí? Había algo en él que le hacía parecer de otro mundo.

¿Seguiría teniendo el complejo de no ser lo bastante buena para él? ¿Se avergonzaba de sus orígenes? No de su lugar de nacimiento, sino de su familia.

–No lo sé.

–Hasta que lo descubras no vas a dejar de poner impedimentos. Y no

vas a ser feliz –sentenció Nichole, con una sonrisa triste.

–Es que no es tan fácil.

–Lo sé. ¿No te acuerdas de cuando me encontrasteis Gail y tú llorando a lágrima viva porque creía que había terminado con Conner? Pues tuve que enfrentarme a mis demonios para comprender qué era lo que tenía miedo de perder. Tuve que asumir el hecho de que podía perderle. Podía tener que dar media vuelta y marcharme. Y fue precisamente entonces cuando él llegó a la conclusión de que no quería dejarme marchar.

Capítulo Once

Cuando llegaron de vuelta a la ciudad era casi de noche. Una ligera nevada había empezado a caer, y los chiquillos del vecindario estaban jugando en la calle, a la luz pálida de las farolas. Nevaba quizás una vez al año en el barrio del norte de Dallas donde Willow había crecido, y recordaba que ella hacía lo mismo siendo niña. Tampoco en Nueva York, en el mes de noviembre, nevaba demasiado, pero el tiempo, como todo lo demás en su vida, no era predecible aquel año.

–¿Te acuerdas de la batalla de bolas de nieve que tuvimos? –preguntó Jack–. Tirabas las bolas con bastante fuerza, para no ser deportista.

–Es que me enseñó el mejor brazo del estado de ese año.

–¡Sí, y me lo pagaste con un bolazo en la cabeza!

Willow se echó a reír.

–Sé que no te lo vas a creer, pero fue pura suerte. Apuntaba a tu espalda.

Abrió la puerta de su casa y se volvió a mirarlo. No sabía demasiado bien qué quería hacer, y él también parecía inseguro, lo cual resultaba bastante poco corriente en él. En el último momento, tiró de su mano y le invitó a entrar.

–Tenemos que hablar.

Se había dado cuenta de que, si no se andaba con ojo, todo el mundo se iba a enterar de que estaban saliendo, y de que se habían acostado. Era irónico, incluso para ella, que siendo su trabajo diseccionar las relaciones de otras parejas, quisiera mantener la suya tan en secreto.

–Vaya… no suena bien. Me temo que no me has invitado para calentarte la cama.

Willow no le contestó y entró en el salón. No quería imaginárselo desnudo en la cama, pero ya era demasiado tarde, la imagen ya se le había materializado en la cabeza y no conseguía borrarla.

Jack la siguió. No sabía bien qué iba a decirle, pero estaba convencido de que, si no lograba tener bajo control aquella parte de su vida, el resto de ella iba a quedar encenagado.

–Tenemos que…

Willow no terminó la frase.

Jack se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y la miró sonriendo.

–Me estás volviendo loca –concluyó ella.

–Me alegro, porque es exactamente lo mismo que tú has venido haciendo conmigo desde que nos vimos en Sexy and Single. Piensas que soy yo el problema, pero en realidad la clave eres tú, más o menos.

–Eso no es cierto. Me pediste que saliera contigo solo porque de entrada te había dicho que no.

Él asintió.

–Tienes razón. Lo hice para llamar tu atención, porque me tratabas como si no existiera, y nadie quiere ser invisible.

–Y menos alguien tan visible como tú.

–¡Eso no es justo! Yo no puedo controlar cómo va a reaccionar la gente cuando se encuentra conmigo. Y ya me he disculpado por la escena de la cafetería. Ya sabes que yo no soy así. Soy un tipo muy normal.

–No eres normal, y nunca lo has sido. Incluso estando en el instituto estabas ya predestinado a la fama, y lo sabes.

Parecía incómodo, pero no lo negó.

–Eso no cambia el hecho de que sea un hombre que se ha pasado la vida intentando…

–¿Qué? ¿Intentando qué?

–No lo sé. Creo que he estado intentando no quedarme parado.

Esas palabras sí que eran propias de Jack. Le había enviado un príncipe encantado en forma de rana, pero en el fondo ella sabía que, si lo besaba y le devolvía su forma original de príncipe, no sabría qué hacer. Jack estaba acostumbrado a pasar página.

–Pasando página –murmuró, casi para sí misma.

Ojalá las palabras pudieran tener más carga de significado para ella, pero no era así. Le gustaba demasiado para poder ser razonable.

Todo él era un aviso para ella, pero en lugar de alejarse, se estaba lanzando como una bala hacia lo único, la única relación, que no podía controlar.

–¿Y por qué te supone eso un problema?

Ella se encogió de hombros y se volvió para contemplar el cómodo salón en el que había creado un nido de seguridad para sí misma. Era el único lugar del mundo en el que se sentía en su hogar. Y le había llevado allí. ¿Por

qué?

–Willow…

¿Qué podía decir?

–Quiero que volvamos al punto en el que estábamos antes para poder fingir que no me has visto desnuda, y con todas las emociones a flor de piel.

Jack se acercó a ella y la abrazó.

–Yo estaba como tú. Tenemos que decidir si… ¿estamos saliendo? Y, si lo estamos, no hay por qué ocultarlo. Hagámoslo como cualquier pareja normal.

–¿Qué es lo normal? –le preguntó, porque recordaba bien a Gail, que había acordado seis citas con Russell para el programa, y se enteró entonces de que su antigua novia estaba embarazada. También recordaba a Nichole, que había tenido que lidiar con Conner y arriesgar mucho. «Arriesgar», pensó. La clave para alcanzar la felicidad en el caso de sus amigas había sido el riesgo.

Eso era lo que Nichole había intentado decirle antes, pero ella no sabía si sería capaz de hacerlo.

–Normal es lo que nosotros queramos que sea. En mi caso, quiero lo que tienen P.J. y Rhia. Y lo que buscan las parejas que salen en nuestro programa. ¿Es demasiado pedir?

No lo era. Estaba empezando a pensar que a nadie le había sido fácil el principio de una relación. De hecho, la gente veía su programa para ver qué errores cometían otras parejas, y seguramente en busca de respuesta para las mismas preguntas que ella se estaba planteando.

–No –contestó, apartándolo–. No lo es. Pero no por no ser demasiado resulta fácil. Lo que quiero decir es que podríamos no ser adecuados el uno para el otro a largo plazo.

–No hay «largo plazo». Solo existe el ahora.

El riesgo que iba a correr era mayor de lo que pensaba, pero nunca había sido cobarde, y alejarse de él no era una opción. Quería llegar hasta el final, y no por la apuesta, sino porque se trataba de Jack. Esperaría a que hiciera algo que la pusiera contra las cuerdas.

Aquella noche quería estar en sus brazos, y fingir que no sabía que el camino a la felicidad nunca era fácil. Aquella noche quería creer que podían estar juntos para siempre.

Estuvo a punto de echarse a reír después de tener aquel pensamiento. El hombre que creía que nada podía durar, nunca podría ser el hombre que la acompañase toda la vida. Nunca.

Quizás, si se lo repetía con suficiente insistencia, lograría llegar a convencerse.

Jack estaba notando como Willow se estaba alejando de él, así que hizo lo que sabía que la mantendría cerca de él, al menos aquella noche. La tomó en brazos y la llevó al dormitorio. No había pensado en otra cosa desde que se había levantado de entre sus sábanas.

–¿Qué es esto?

–Eres una mujer inteligente, Willow. Creo que sabes bien qué es.

–Pues claro. De lo que no estoy segura es de que esto sea la respuesta.

–Esto es lo único que funciona de maravilla entre nosotros.

No quiero volver a mi solitario apartamento, pero si tú me dices que lo haga…

–No quiero que te vayas. Te he echado de menos. Aún sigo durmiendo en las sábanas que tienen tu olor.

–Bien.

–¿Bien?

–Sí, porque a mí me han torturado las imágenes de tu cuerpo desnudo enredado con el mío noche tras noche. Me alegro de que te haya costado dormir tanto como a mí.

Willow lo empujó por el pecho y Jack se dejó caer en la cama. Vio que se colocaba las almohadas detrás de la espalda y que se apoyaba contra el cabecero, y ella se quedó quieta al pie de la cama un momento, y muy despacio, se sacó el jersey por la cabeza. La melena se le extendió sobre los hombros.

–¿Quieres hacerme un favor?

–¿Qué?

–Quítate el sujetador y cúbrete el pecho con el pelo.

Ella asintió e hizo lo que le pedía. Jack gimió. Willow se quitó los pantalones y los zapatos para quedar desnuda ante él, cubierta solo por su propio pelo.

Dejó que la contemplara antes de subirse a la cama e ir ascendiendo hacia él para acabar sentándose sobre sus caderas y besarlo en la boca. A continuación, tomó sus manos y fue guiándolas por todo su cuerpo. Tenía una piel tan suave y cálida que no podía saciarse de ella.

Willow se sentó sobre los talones y tiró del jersey de Jack. Luego hizo lo mismo con la camiseta.

–Me gusta tu pecho –le dijo, deslizando sus manos por encima de sus fuertes pectorales.

–Y a mí el tuyo –contestó él, recogiendo sus pechos en las manos y pellizcando ligeramente sus pezones. Willow le pasó las manos por la nuca para acercarle a sus senos. Le lamió un pezón y a continuación se lo metió en la boca para succionar con fuerza. Se sintió a punto de explotar.

Gimiendo, comenzó a moverse hacia delante y hacia atrás sobre su pene erecto, aún oculto tras los pantalones, y él se agarró a sus caderas para que el movimiento se produjera sobre el lugar en que más la sentía.

Willow le sonrió. Sabía que lo tenía comiendo en la palma de la mano, y le gustaba esa sensación. Y, sinceramente, a él también.

Le desabrochó los vaqueros y él levantó las caderas para que pudiera bajárselos, y, cuando lo tuvo desnudo, fue acariciándolo desde los pies hacia arriba. Se detuvo en su rodilla maltrecha. Tenía varias cicatrices feas, aunque habían pasado ya más de diez años.

–¿Te sigue doliendo? –le preguntó.

–Normalmente, no. Solo si hago alguna tontería.

Se inclinó y besó todas sus cicatrices. Luego fue acariciando sus muslos y Jack dejó de pensar cuando sintió sus manos llegar a la entrepierna. Las caderas se le lanzaron involuntariamente hacia arriba y se agarró al pelo de Willow.

El juego había durado demasiado. Estaba muy excitado y necesitaba volver a sentirse dentro de su cuerpo. Sentía frío sin ella. No quería admitir lo mucho que la necesitaba.

Pretendía, eso sí, engañarse pensando que se circunscribía al sexo, que necesitaba el orgasmo que iba a darle, pero era mucho más. Tiró de ella, pero Willow se resistió, y siguió mordisqueándolo y lamiéndolo a pesar de que él insistía. Sintió el roce de su lengua en la punta de su miembro y todo en su interior se revolvió.

Hundió la mano entre sus piernas al mismo tiempo que ella se llevaba su pene a la boca, y la encontró húmeda y lista. Hubiera querido permanecer así, pero su sangre empezaba a hervir y necesitaba algo más que su boca.

En un rápido movimiento se colocó a su espalda. Ella se inclinó hacia delante, apoyando las manos en el cabecero, y él le separó los muslos para que cuando ella alzase las caderas hacia atrás y hacia arriba pudiera penetrarla cuando los dos no pudieran aguantarlo más. Ese momento llegó en un segundo y agarrándose a sus senos al mismo tiempo que la mordía en la base

del cuello, la penetró, hundiéndose en su cuerpo cuanto pudo.

Entró y salió una y otra vez de su cuerpo, y ella lo recibió gimiendo su nombre, los dos sumidos en un ritmo que los llevó al borde del orgasmo y los lanzó a él. Jack temblaba, y se agarró a ella para derramarse con toda su fuerza dentro de su cuerpo. Luego la abrazó para que los dos juntos quedasen tumbados en la cama y poder hundir la cara en su pelo y en la cálida curva de su cuello.

Sabía sin dudar que aquello no había solucionado nada, pero había conseguido una maravillosa paz, y aquella noche deseó tenerla así, en los brazos, no solo el futuro más próximo, sino los cincuenta años siguientes.

Aquel pensamiento le asustó. Demonios… era hora de poner punto final.

Una semana más tarde, con las luces del Rockefeller Center a su alrededor, parecían estar rodeados por una noche mágica. Hacía frío, pero no nevaba. Willow estaba al pie de la pista de hielo, viendo cómo Deidre y Peter intentaban patinar de la mano.

–Hacen buena pareja –le comentó Jack, que acababa de llegar junto a ella.

Había estado evitándole en el trabajo porque era verdad que no quería que se enteraran de su relación. Ni siquiera estaba dispuesta a admitir ante sí misma que había caído presa de sus encantos.

Unos encantos que había descubierto no respondían a una naturaleza vana y superficial, sino a un hombre complejo que de verdad se preocupaba por los demás. Cómo deseaba poder creer que lo que tenían podía durar. Pero no podía ser. Seguro que terminaba haciendo algo que lo echase todo a perder, como siempre.

–Es cierto –contestó con la voz cargada de emoción.

–¿Estás bien?

–Sí, sí. Es que me parece que me estoy constipando.

Ojalá no se diera cuenta de que se había puesto triste al pensar que faltaban apenas unos días para Acción de Gracias, y que por lo tanto rodarían en breve la última cita, de modo que Jack ya no tendría razón alguna por la que quedarse.

–¿Quieres probar?

–¿El qué? ¿Patinar?

–Sí, Willow, patinar.

–Nunca lo he hecho.

–¿Por qué no? Vives en Nueva York.

–Pero me crié en Texas, y en un momento determinado de mi vida llegué a la conclusión de que hacer cosas como caminar sobre el hielo no son precisamente buena idea.

–¡Gallina!

–Vaya… muy maduro por tu parte. ¿Tú sabes?

–Claro. No hay nada que yo no sepa hacer –replicó él con una dulce sonrisa.

–¿Seguro que no me voy a caer?

–Te protegeré con mi vida si es necesario.

Sabía que era una broma, pero la niña inocente y dulce que llevaba dentro se derritió.

–Está bien.

–De acuerdo. Kat, ¿puedes conseguirnos unos patines? Willow y yo vamos a patinar.

–Por supuesto –contestó Kat, mirando sorprendida a su jefa.

Mierda. Ya iba a tener que contestar a un montón de preguntas de Kat. Seguro que se había imaginado que estaban… ¿qué? ¿Saliendo? ¿Acostándose?

Vale. Ya habían llegado al punto que ella no podía manejar. Murmuró una excusa y se retiró a un rincón oscuro donde estar sola un momento.

Jack no tardó en acudir.

–¿De qué tienes miedo? –le preguntó, poniéndole las manos en los hombros.

–De ti.

–Willow, ¿cómo quieres que no olvide que estás al mando si me dices cosas así?

–Es que el control es una ilusión, ¿no? Cuanto más tiempo paso contigo, más cuenta me doy de que no estoy al mando de nada.

–Ni tú ni yo lo estamos –replicó Jack, abrazándola contra su pecho. Se giró con ella para que pudieran ver las evoluciones de las parejas en el hielo–. Ellos tampoco lo tienen todo controlado –le dijo, apoyando la barbilla en su hombro–. La vida podría cambiar para cualquiera de ellos en un segundo.

Peter podría tener un accidente la próxima vez que se ponga al volante, pero Deidre está dispuesta a correr el riesgo, a intentarlo con él.

–Lo sé. Es valiente.

–Todo el mundo lo es. No podemos vivir nuestras vidas en soledad. No sé por qué, pero simplemente no funciona.

–Bueno, no es tu caso. Tú tienes verdaderas legiones de seguidores –opuso, aunque sabía que se refería a alguien especial.

–No te escabullas, Willow, que sabes perfectamente a qué me refiero. Si quieres fingir que no eres más que otra en la lista de conquistas para mí, hazlo, pero estás tirando por la borda la oportunidad de que haya algo verdaderamente especial entre nosotros.

–¿De verdad tengo ese poder sobre ti?

–Sí. Y sospecho que yo lo tengo también sobre ti. Precisamente por eso no haces más que dar marcha atrás. Por eso dices que tienes que estar al mando. Porque quieres no ser vulnerable. Pero déjame decirte que ya es demasiado tarde para eso. Me temo que era ya demasiado tarde desde el momento en que nos conocimos. El destino nos ha vuelto a reunir para que podamos terminar lo que teníamos pendiente.

–Parece que lo tienes todo muy claro, Jack, pero no termino de creerte. Eres el mismo hombre que me dijo que nada dura para siempre. Creo que no soy más que otro bache en tu camino.

–Pues te equivocas –dijo él, besándola en la mejilla–. Eres mi compañera en esta parte del viaje, que espero que dure mucho porque para mí es un placer tenerte a mi lado, pero no puedo saber lo que nos deparará el futuro, ni tú tampoco.

No era que esas palabras la tranquilizaran, pero tenía la sensación de que no se las había dicho con ese fin. Él no era así.

–Esta noche tenemos la oportunidad de hacer algo romántico juntos, y no quiero perdérmela. Por favor, ¿quieres dejar de preocuparte y venir a patinar conmigo?

Willow se volvió y le besó en los labios porque, como él había dicho, ¿quién podía saber cuánto tiempo les quedaba para estar juntos?

–Voy.

Capítulo Doce

Willow tenía la sensación de que Jack y ella estaban más unidos que nunca cuando iban hacia casa de Nichole y Conner para el Día de Acción de Gracias. Él había trabajado para la NBC en su retransmisión de la cabalgata de Macy's que se celebraba todos los años en Nueva York en ese día, y en aquel momento iban de camino al ático del centro.

El coche que Jack había alquilado era un cómodo sedán que les ofrecía un cálido refugio de las calles gélidas y abarrotadas. Estaba sexy y sofisticado con traje y corbata, y, cuando le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia sí, supo que estaba en el lugar exacto en el que debía estar por una vez en su vida.

Sonó el móvil, y Jack miró la pantalla, quitó el brazo y contestó:

–Crown.

Willow intentó no escuchar, pero era imposible.

–Gracias, Rhia. Voy a estar en Nueva York hasta el domingo. En cuanto llegue, iré al hospital.

Colgó unos minutos después, pero ella seguía dándole vueltas al hecho de que se iba a marchar al cabo de tres días y no le había dicho nada. Al parecer, solo ella estaba trabajando en lo de ir dejando atrás las barreras y ser sincera. Bien pensado, no debería sorprenderse. Jack tenía siempre una agenda muy apretada y apenas habían tenido un momento para estar solos desde el día en que estuvieron patinando.

–Entonces, ¿te vuelves a Los Ángeles en cuanto hayamos terminado el rodaje?

–Sí. He estado retrasando Extreme Careers cuanto he podido. De hecho, hemos podido alargar el descanso para esperar a que P.J. se recuperara. Quieren filmar la temporada y tengo que grabar una entrevista con él para hablar de lo del ataque.

–¿Y por qué no me lo habías dicho?

–Porque no nos atañe.

–¿Cómo que no? Dices que somos como cualquier otra pareja normal. Las parejas se hablan, se cuentan las cosas, se dicen cuándo van a tener que viajar.

Él suspiró pasándose una mano por la nuca.

–Tienes razón. He estado evitándolo porque en realidad no quiero

separarme de ti. Y tampoco quería decirte lo que acabo de decir.

–¿Por qué no? –le preguntó, intentando no sonreír, pero la felicidad que había sentido florecer en su interior se lo estaba poniendo difícil. Se sentía mucho mejor después de oírle decir esas palabras. Sabía que era un error, porque el artífice de su felicidad tenía que ser ella misma, pero en aquel momento no quiso pensar en ello.

–Porque tú te guardas todo lo que sientes bien adentro, y soy yo el que tiene que andar a tu alrededor dando palos de ciego con la esperanza de que te estés enamorando de mí del mismo modo que yo me estoy ilusionando contigo. Y como no sé si es eso lo que te está ocurriendo, me estoy asustando, más incluso que cuando el tiburón atacó a P.J..

Aquel era el momento que había estado esperando cuando aceptó la apuesta de Nichole. Tenía a Jack en la palma de la mano, y era el momento de asestar el golpe preciso con tan solo unas pocas palabras bien escogidas, pero también sabía que, de hacerlo, se pasaría el resto de su vida lamentándolo.

–Tú también me das miedo –contestó en voz baja–. Cada vez que pienso que puedo manejarte, a ti y a los sentimientos que despiertas en mí, haces algo que me arranca de esa sensación placentera y de mi ilusión de control.

–Me alegro de saber que no soy el único.

–Eso no hace que me sienta mejor. Solo sirve para que nos hagamos compañía en la tristeza.

–Pero es que yo no me siento triste. No mientras estoy contigo. ¿Te pasa a ti lo mismo?

Willow tragó con dificultad. Ay, Dios… ¿iba a ser capaz? ¿Se atrevería a correr el riesgo de confesarle lo mucho que sentía por él, y que a su vez él hiciera lo mismo? ¿Podría confiar en él? En Jack Crown, el muchacho que le produjo la desconfianza hacia los hombres…

–Pues…

–Lo que me imaginaba. Te gusta ver cómo me arrastro ante ti, y vas soltando cuerda para que yo piense que tú estás al otro extremo, pero, cuando tiro de ella, no estás.

Sus palabras le dolieron, pero no podía culparle por sentirse así.

–No estoy jugando contigo. Lo que pasa es que no estoy segura de poder confiar en ti.

–Si no puedes confiar en mí, entonces, ¿en quién lo vas a hacer, si no dejas que nadie se te acerque? Ni siquiera confías en Gail y Nichole.

–Eso no es cierto.

–Sí que lo es. Gail se acerca a ti con su idea de cambiar de vida, y en lugar de ayudarla, vas y creas un programa de televisión sobre su inquietud.

Willow se encogió en el asiento. Sus palabras tenían una cierta carga de verdad. Había sido más fácil hacer de la vida de Gail un proyecto de trabajo que enfrentarse al hecho de que sus amigas estaban pasando a otra fase de sus vidas y ella, no.

–Yo no pretendía hacer algo que…

–¡Lo sé! Solo quiero decirte que no confías en nadie lo suficiente para comportarte tal y como eres con esa persona. Creo que yo estoy más cerca de ti que cualquier otra persona en este mundo, y sin embargo no dejas de apartarme de tu lado.

De pronto tuvo la impresión de que era ella quien estaba atada a una cuerda y no él, y que era Jack quien tenía la capacidad de propinarle el golpe de gracia, a ella y a sus esperanzas para el futuro. Había llegado a ser mucho más que una cara familiar que se había acostumbrado a ver, y sabía que en el fondo había estado intentando encontrar el modo de besarlo y de retenerlo a su lado.

–No es algo que haga deliberadamente. Es solo que no sé cómo demostrarte que quiero que te quedes. Y, si lo consigo y aun así tú decides marcharte… ¿cómo iba yo a seguir adelante? Me parece que sería más fácil si no hubiera admitido que tenías ese poder sobre mí.

–Tú tienes ese mismo poder sobre mí –contestó él, abrazándola–. Los dos estamos fuera de nuestro elemento en ese sentido. Somos dos personas a las que nos cuesta confiar. Tú no confías en que las personas vayan a estar ahí cuando las necesites, y yo…

Tenía razón. Se mostraba reservada incluso con Nichole y Gail, pero era más fácil con ellas porque las había conocido antes de que supiera que querer a alguien podía ocasionar dolor.

–¿Tú qué?

–Yo tengo miedo de creer que voy a encontrar a alguien o algo por lo que albergue un sentimiento intenso y que vaya a durar.

Willow lo abrazó con fuerza y sintió la tentación de prometerle que estaría a su lado siempre, pero sabía que ni ella misma se lo creería. Tenía miedo de correr el riesgo de expresar el amor que le había estado ocultando porque, como él mismo había dicho, las cosas no le duraban, y los dos tenían una historia tras de sí que no parecía encajar con un futuro dorado, por mucho que ambos lo desearan.

No volvieron a pronunciar palabra hasta que llegaron a casa de Nic y Conner. Jack sostuvo su mano mientras tomaban el ascensor, pero Willow era

dolorosamente consciente de que no habían arreglado nada.

Jack había pasado su último Día de Acción de Gracias en el hotel The Palm en Dubái, lo que no podía ser más distinto de lo que iba a hacer aquel año. Conner y Nichole eran unos excelentes anfitriones que habían abierto las puertas de su casa no solo a ellos dos, sino también a Gail y Russell, Jane, la hermana de Conner, y su madre, Ruthann Macafee, además de al jugador sudamericano de polo Palmer Cassini.

Jane era una especie de gurú del estilo, con su propio programa de televisión, de modo que había sido ella quien se había ocupado de la comida y la decoración.

Menos mal que Willow lo envió al salón con los hombres a ver el partido de fútbol, porque necesitaba un descanso de la tensión emocional que había entre ambos. Había quedado demasiado sin decir. A veces tenía la sensación de que estaban los dos fingiendo ser normales en una relación normal.

Russell era neozelandés, y no había crecido viendo fútbol, pero tenía un gran conocimiento del juego y los jugadores. No en vano era un hombre listo, que se movía en un mundo en el que la información era poder.

–Cuando yo era pequeño, no veíamos fútbol americano – comentó Palmer.

–En Texas apenas veíamos otra cosa… aparte de béisbol y baloncesto –contestó Jack con una sonrisa.

–¿Qué os sirvo? –preguntó Conner desde el bar, situado en un rincón.

–¿Qué tienes?

–Jane ha preparado una jarra de lo que ella llama «Pilgrim’s Friend». Tiene zumo de granada y un par de licores distintos. Es lo que está tomando Palmer.

–¿Y qué tal está?

–Bueno –contestó el aludido.

–Además, como está colgado de la mujer que lo ha preparado, pretende ganársela como sea –pinchó Russell.

–Voy a probarlo –respondió Jack–. Siempre puedo pasarme a la cerveza después.

–Buen plan.

Se sentaron a ver el partido. Jack tuvo la impresión de estarse viendo a

sí mismo en el futuro. Si Willow y él acababan juntos, se acostumbraría pronto a pasar así las vacaciones, en lugar de en un hotel anónimo al otro lado del mundo.

Cuando llegó el intermedio, le preguntó a Conner:

–¿Qué tal está Nichole esta semana?

–Mucho mejor. Se ha hecho una ecografía. ¿Queréis ver la foto?

Jack asintió y Russell lo miró moviendo la cabeza.

–Y pensar que has estado a punto de perderte lo que es ser padre… –murmuró Palmer.

–¿Ah, sí?

–Sí. Ahí donde lo veis, estaba decidido a quedarse soltero.

–Lo que tú quieras, pero vosotros dos estáis condenados igual que yo. Russell ya ha pasado por ello –sentenció Conner, volviendo al sofá para enseñarle a Jack la foto de su hijo en el vientre de su madre.

Jack la miró y de pronto recordó la imagen de Willow con Bella Ann en brazos, y se dio cuenta de lo que debería haber sabido hacía ya tiempo: que quería tenerla a su lado para siempre. Podía darle miedo confesárselo a ella, pero la verdad había estado en su corazón, quisiera admitirla o no.

–Gail y yo vamos a intentar adoptar. Ya sabéis que no puedo tener hijos. En un principio pensamos en la inseminación artificial, pero Gail dijo que hay muchos niños por ahí necesitados de amor, y a mí me ha parecido lo mejor.

–¡Estupendo! –exclamó Jack.

–Más que estupendo, es genial. Nichole se va a poner loca de contenta. Quería que Gail y Willow tuvieran hijos de la edad del nuestro para que pudieran crecer siendo amigos –dijo Conner.

Jack se levantó y se acercó a la ventana mientras ellos seguían hablando de niños. Estaba casi dispuesto a comunicarle a Willow lo que sentía, pero aún no estaba preparado para lo de los niños. Con lo frágil que era la vida… preocuparse por Willow era una cosa, pero ¿tener otro ser que contara con él? Otra personita por la que temer. No podría hacerlo.

–La cena está lista –anunció Jane desde la puerta.

Jack se quedó mirándola pensando que, si entraba en aquella estancia, se sentiría tentado por una vida que nunca había creído querer. No tenía sentido. Le asustaba darse cuenta de que conseguir a Willow iba a ser solo el primer obstáculo de los muchos y muy grandes a los que la vida con una compañera le haría enfrentarse.

–¿Estás bien? –le preguntó Willow al sentarse juntos ante una hermosa mesa de comedor.

Palmer estaba sentado a la derecha de Jane en un extremo. Nichole y Ruthann se sentaban cada una a un lado de Conner en el otro extremo, y Gail y Russell estaban sentados frente a ellos dos.

El olor del pavo y toda su guarnición perfumaba el aire y Willow seguía mirándolo mientras él se dejaba envolver por aquella hermosa vida de la que sentía que no podría formar parte.

–Jack…

–Perdona. Estoy bien. Solo que no estoy acostumbrado a esto.

–Yo tampoco. Es el primer Día de Acción de Gracias que paso en familia desde que mi madre murió.

Ambos llevaban demasiado tiempo sin hogar, y aunque le aterrorizase pensar en el futuro, el color del abismo cambiaba si la tenía a ella a su lado.

–Un brindis –dijo Conner, alzando su copa. Todos hicieron lo mismo, y se tomó un minuto para recomponerse.

Le sorprendía estar invitado en el círculo íntimo del elusivo Conner Macafee, que seguía sosteniendo en alto su copa y los miraba.

–Por la familia, los amigos y las muchas fiestas que vamos a compartir –dijo.

–Bien dicho –apreció Russell.

Chocaron las copas y Jack se desabrochó el botón del cuello de la camisa. Comió, habló de deportes y de qué película iba a ganar el Oscar, pero se sentía lejos de aquella habitación. Era como si todo aquello no fuese real, y como si la paz le aguardara en su piso vacío.

Pero de pronto, ocurrió algo muy extraño. Willow deslizó una mano bajo la mesa y le tocó la pierna, apretándosela con suavidad, y se acercó a susurrarle al oído:

–Cuánto me alegro de que estés aquí conmigo.

Algo se derritió en su interior, y sus temores se desvanecieron. No estaba solo con Willow, y seguramente ella sentía lo mismo que él. Incluso cabía la posibilidad de que fuera peor para ella, dado que aquel era su mundo, y era lo que había cambiado.

La cena resultó tensa para Jack porque se sentía atrapado y tan emocionalmente expuesto que fue un verdadero alivio cuando terminó.

–Jack, tengo la información del agente de la propiedad inmobiliaria que te prometí. Ven al estudio, que te la doy –le dijo Conner mientras retiraban los platos del postre.

Fue un alivio alejarse del grupo, y de Willow, durante un momento. Ella estaba disfrutando, sin duda. Aquel día estaba siendo perfecto para ella, pero para él… en fin, que era algo que no podía durar.

No le gustaba la posición en la que se encontraba, y, si pudiera inventarse una buena excusa, se largaría de allí en un abrir y cerrar de ojos.

El estudio de Conner estaba decorado en madera oscura y tenía un voluminoso escritorio. Le recordó al despacho de su entrenador de Texas, ya que el señor Steel era un hombre rico y preeminente en Frisco.

–Bonito despacho –dijo.

–Gracias. Me gusta disfrutar de comodidad e intimidad cuando trabajo desde casa. Estar casado me está obligando a cambiar eso.

–¿Qué tal te va de casado? Siento curiosidad, porque eras el soltero más recalcitrante que había conocido.

–Es cierto. Pero mi vida resulta mucho más rica con Nichole. Hay veces en las que desearía poder salir corriendo, cerrar la puerta y volver a mi vida de antes, pero entonces Nichole hace algo que me ayuda a ver que antes simplemente me estaba escondiendo.

Jack se preguntó si Willow podría hacer lo mismo por él, pero eran dos personas muy distintas.

–¿Qué tal os va a Willow y a ti? Me ha parecido hoy que estabais muy bien juntos.

–Y lo estamos. Lo que pasa es que nos es difícil porque los dos somos adictos al trabajo acostumbrados a tener el control sobre todos los aspectos de nuestra vida, pero creo que lo estamos llevando bien.

Y lo creía de verdad. Por difícil que le estuviera resultando sentirse cómodo en aquel nuevo escenario, tampoco podía olvidar la tranquilidad que le había transmitido la mano de Willow en la pierna durante la cena. Era como si quisiera decirle que eran un equipo.

Que se enfrentarían a todo juntos. Y resultaba tan tentador…

–Sí, Willow y yo estamos bien juntos.

–Me alegro por vosotros. Cuando Nic me habló de la apuesta que había hecho con Willow, pensé que era una estupidez. No se puede apostar sobre la felicidad de los amigos, pero Nic me dijo que, de no haberlo hecho, Willow nunca habría salido contigo.

«¿Qué?», pensó Jack. Pero ¿de qué demonios estaba hablando? Hizo falta toda su habilidad profesional para impedir que esa confusión se le reflejara en la cara.

–¿Qué clase de apuesta era?

–Nic se ha ganado un día en el Red Door Spa de Elizabeth Arden gracias a ti, tío. Has conseguido que Willow se enamore de ti.

La rabia creció en su interior de tal modo que temió convertirse en un Hulk no solo contra Conner, sino también contra Willow si permanecía allí un segundo más.

–¿Dices que tenías información del agente de la propiedad?

–Ah, sí. Ten su número. Además mi madre conoce a la dueña de la casa que hay dos más debajo de la nuestra. Aún no la han puesto a la venta, pero lo van a hacer pronto. A lo mejor podrías conseguir un buen precio si la llamas esta semana.

–Gracias, Conner –le dijo, guardándose la tarjeta que le ofrecía–. Por cierto, ¿cómo sabe Nic que ha ganado, si aún estamos aclarándonos con todo esto?

–Lo sabe porque Willow no te ha dejado plantado y con el corazón roto, que es lo que pensaba hacer desde el principio.

–Qué suerte tengo –dijo. Suerte de que Willow hubiera logrado su propósito. Intentó ser racional y recordarse que también él la había hecho daño en el pasado. A lo mejor le habría mencionado lo de la apuesta si hubieran hablado de ello, pero no podía estar seguro. Tampoco lo estaba de que Nichole hubiera ganado. Incluso cabía la posibilidad de que Willow no le hubiera hablado de sus sentimientos aún porque quisiera asegurarse de que lo tenía bien enganchado.

Era una persona capaz de esperar lo que fuera necesario para conseguir vengarse. Eso le había dicho. Se guardó la tarjeta y salió del despacho. Fuera, Gail y Russell se estaban poniendo el abrigo para marcharse.

Eso quería decir que ya podían irse todos. Miró a Willow y le hizo un gesto para que se pusiera el abrigo. Ella lo miró enarcando las cejas y con dureza, pero Jack no estaba de humor para enfrentarse a ello.

–Yo también tengo que marcharme –le dijo a Nichole–. Gracias a los dos por vuestra hospitalidad. Willow, ¿te vienes conmigo?

–Pues claro. Siento que tengamos que marcharnos tan pronto, pero es que Jack tiene que volverse a trabajar a la Costa Oeste el domingo, y hay mucho que hacer esta semana.

–No pasa nada, no te preocupes. Seguramente querrá estar a solas

contigo –dijo Nichole.

Jack sonrió mirándolas a ambas.

–Desde luego.

Capítulo Trece

–¿Se puede saber qué demonios te ha pasado ahí dentro? – preguntó Willow en cuanto se subieron al coche.

–Prefiero esperar a llegar a mi casa para hablar –dijo él, y desvió la mirada mientras el chófer atravesaba a buen paso la ciudad para llegar a su piso.

Jack le dio una propina y las gracias por haber trabajado un festivo. Luego abrió la puerta de su edificio y esperó a que Willow entrase. Fuera hacía frío, casi tanto como el que ella sentía por dentro.

–Me ha parecido que tenías prisa por marcharte –le dijo cuando entraron–. ¿Es que ha dicho Conner algo que te ha molestado?

–No. Siento que te hayas sentido presionada, podías haberte quedado.

Estaba enfadado, sí.

–Pero todo eran parejas.

–Estaba Ruthann. Seguro que habría sido buena compañía.

–¿Has hablado con ella sobre lo de la casa en los Hamptons?

–Entre otras cosas.

–Bien. ¿Hemos terminado?

Tenía que saber qué estaba diciendo y qué narices estaba pasando. Lo había pasado tan bien en la cena que había tenido la sensación de que por fin había encontrado al hombre al que quería tener a su lado.

–Es que nunca empezamos, ¿verdad? Yo no he sido más que un asunto sin resolver de tu pasado, y tú una mujer ante un desafío.

–Sé que para ti no ha sido solo eso. ¿Qué ha pasado para que te hayas asustado de ese modo hoy?

–Nada. Solo que he recordado que lo que hemos visto hoy no son nuestras vidas, Willow. Tú y yo no hacemos reuniones familiares. Tú y yo somos lobos solitarios.

–A mí me ha gustado, y creía que empezábamos a ser algo más el uno para el otro.

–Pues no. Los dos tenemos que eliminar las barreras que nos protegen y dejar que entre el otro. Y con sinceridad, no soy la clase de hombre que se la juega así.

–Dame una oportunidad, Jack. Yo también puedo jugármela, pero tengo que saber que…

–Tú quieres garantías, y no las hay. Fíjate en tus amigos esta noche, mañana podría ocurrirles algo a cualquiera de ellos. Fíjate en P.J. y Rhia; ella ha tenido la suerte de tenerlo aún a su lado, pero ya no es el hombre del que se enamoró, y eso podría separarlos.

–Nosotros no somos ellos. No corremos riesgos tan grandes con nuestra vida… o al menos, yo. Tú sí y creo que te gusta.

No tendría que haber sido tan cobarde antes. Si le hubiera contado lo que sentía, quizás no se habría sentido empujada hasta tal punto.

–No, tú no corres riesgos. No puedo pensar en otras dos personas que sean menos capaces de llevar una vida juntos que tú y yo. Sé que ya lo has dicho tú antes, y simplemente te estoy dando la razón.

Pero ella ya no creía estar acertada. Ya no. ¿Por qué tenía que ponerse de acuerdo con ella ahora que había cambiado de opinión? Lo miró a los ojos y pensó que, si le confesaba sus sentimientos, a lo mejor conseguiría hacerle cambiar de opinión.

Pero parecía muy enfadado. Miró a su alrededor recordando la primera vez que cenó allí con él, recordando todo lo que había pasado entre ellos. Había creído que él podía ser el hombre que la salvara, pero estaba claro que había proyectado ese deseo en él. Lo mismo que había hecho en el instituto.

–Está bien. Tienes razón. Ha sido un error. No sé en qué estaría pensando.

–A lo mejor en que podías ganar la apuesta con Nichole.

–¿Cómo te has enterado de eso?

–Me lo ha dicho Conner. Creía que sabía lo que te había empujado a venir a cenar conmigo.

Ay, Dios… aquello no pintaba bien.

–¿Y qué le has dicho tú?

–Nada. Me he reído. Pero en el fondo pienso que revela la clase de persona que eres, Willow. Yo sigo pensando que solo tienes miedo de decirme que sientes algo por mí, pero ¿y si es más? ¿Y si es que quieres ganarle la apuesta a tu amiga y hacerme el mismo daño que yo te hice a ti?

Willow se cruzó de brazos. ¿Qué podía decir?

–Eso ha cambiado.

–¿Cuándo? Porque cuando íbamos de camino a casa de Conner y Nichole, no había cambiado. Y estoy seguro de que tampoco lo ha hecho en el

camino de vuelta. Es más: me cuesta creer que no quieras vengarte de mí. Que no hayas estado atándome un poco más para poder clavar más hondo el cuchillo llegado el momento.

–No. Desde aquella noche en que estuvimos paseando por la Quinta, no he vuelto a pensar en el pasado. Lo he dejado atrás.

–No me vale, Willow. Ahora te conozco, y tú no te olvidas de nada. Has estado analizando el pasado, intentando encontrar qué es lo mejor para ti. ¿Y sabes una cosa? Lo comprendo, porque yo he estado haciendo lo mismo.

–¿Tú?

–Sí. La única diferencia es que yo he estado intentando convencerme de darle una oportunidad al amor, y dártela a ti. Ahora me alegro de no haberlo hecho.

–¿De verdad?

Ojalá se le ocurriera otra cosa que decir, pero no tenía ni idea de que se iba a sentir así cuando se le partiera el corazón.

–Pues sí. Sabía que no estaba destinado a compartir mi vida con otra persona. La experiencia me ha confirmado que la vida es mejor cuando solo dependes de ti mismo, así que gracias por recordarme que se está mejor solo.

–Jack, yo no… no era mi intención…

–Creo que ya hemos terminado aquí. ¿Te llamo a un taxi?

Willow negó con la cabeza mientras lo miraba a los ojos, y estuvo mirándolo unos segundos eternos, tratando de grabarse aquel momento en la memoria, lo que sus deseos de venganza habían echado a perder. Luego dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

–No era mi intención herirte. Solo quería calmar el dolor que he llevado dentro tanto tiempo.

Y salió sin mirar atrás.

Se marchó de casa de Jack completamente aturdida. Paró un taxi, pero tardó en recordar su propia dirección. Desde el primer momento había sabido que no era buena idea aceptar una apuesta de esa naturaleza, pero… ¿Pero qué?

Llegó a su casa, cerró con llave y apoyando la espalda en ella, se dejó caer al suelo, encogió las piernas y rompió a llorar. Durante tanto tiempo había creído saber lo que era que le partieran el corazón, que aquella muchacha de dieciséis años había aprendido cuanto era necesario saber sobre

ello, pero Jack Crown acababa de demostrarle hasta qué punto estaba equivocada.

Jamás se habría podido imaginar que perderle podía dolerle de ese modo. Cuando tomó el camino de la venganza, sabía que no iba a terminar bien para Jack, pero no se había parado a pensar en el coste que ella misma iba a tener que pagar. Ahora sí que lo sabía. Jack era el único hombre capaz de burlar su guardia. Pero el miedo a sufrir le había ganado la partida, y estaba empezando a darse cuenta de que no había sido Jack quien le había impedido tener relaciones profundas con los hombres.

El teléfono comenzó a vibrar. Lo llevaba en el bolsillo y lo sacó. «Por Dios, que sea Jack». Podía haber cambiado de opinión y…

Era Nichole.

Se secó los ojos. Ojalá pudiera enjugar el dolor del mismo modo.

–¿Sí?

–Hola. ¿Estás sola?

–Eh… sí.

–Bien. Acabo de enterarme de que Conner le ha hablado a Jack de nuestra apuesta. No sé si se lo habías contado tú a él, pero no quería que te pillara por sorpresa.

Willow apoyó la cabeza en la puerta.

–Llegas tarde.

–¡Oh, no! Ya le he dicho a Conner que es idiota, y que no debería haberle dicho nada.

–No es culpa suya, Nic. Nunca debería haber aceptado semejante apuesta. No podía terminar bien.

–Entonces es culpa mía –se lamentó Nichole entristecida.

–No habría salido con él si no me hubieras inducido a ello.

–A lo mejor le habrías dado la oportunidad de todos modos. Seguro que él no habría dejado de insistir.

–No lo hubiera hecho, lo sé. Me he pasado la vida huyendo de la posibilidad de tener un lazo profundo con un hombre, y Jack siempre me ha asustado.

–Maldita sea… ¿y qué podemos hacer?

–Nada. La he pifiado, y Jack no me lo va a perdonar.

–¿Vas a rendirte?

–No lo sé. No sé qué otra cosa puedo hacer –respondió.

–No cuelgues. Necesitamos a Gail.

–No necesitamos que…

–Willow, necesitas a tus amigas. Y Gail y yo hemos pasado por lo mismo que estás pasando tú. Sabemos lo que es perder al hombre que amas.

–Yo no he dicho que lo ame –objetó, aún aferrándose a la posibilidad de que, si no lo reconocía en voz alta, a lo mejor no le dolía tanto.

–Eso es una estupidez y tú lo sabes. Un momento.

Si sus amigas sabían que lo quería, ¿por qué él no había sido capaz de verlo y de tomar la decisión por ella? Tendría que haberla obligado a admitir sus sentimientos.

–Willow, cariño, ¿estás bien? –preguntó Gail.

–No –admitió ella–. Estoy hecha polvo. No tenía ni idea de lo que era tener el corazón destrozado. ¿Cómo pude pensar que era eso lo que sentía con dieciséis años?

–¡Pues precisamente por eso, boba! Porque tenías dieciséis años. ¿Qué podemos hacer?

–Nada. Jack no quiere volver a verme. Tenía un enfado de mil demonios. No creo que haya nada que…

–No seas tan derrotista –la reprendió Nichole–. No es propio de ti. Cuando los de Pregnant & Proud te rechazaron, no aceptaste un «no» por respuesta, ¿verdad?

–Pues no –admitió Willow–. Grabé el programa y se lo envié. Pero esto es distinto. Se trata de un hombre que no quiere volver a verme porque le he hecho daño.

–Sí, es cierto –corroboró Gail–. Está sintiendo lo mismo que tú.

–Pero él dice que le gusta estar solo.

–Le gusta porque así corre menos riesgos. Está sufriendo lo mismo que tú, y eres tú quien está en deuda con él –repuso Nichole.

–Lo que Nic quiere decir es que eres tú quien tiene que ir tras él y demostrarle que le quieres.

–Aún no se lo he dicho. No quería ser la primera –admitió Willow–. Y ni siquiera estoy segura de que él me quiera.

–Entonces, es que eres idiota –le espetó Nichole–. Siento ser así de brusca, pero es la verdad. Lleva demostrándote que siente algo por ti desde que llegó por primera vez a Sexy and Single.

Willow se quedó pensándolo un momento y luego suspiró. Tenían razón. Si permitía que volviera a marcharse de su vida, estaría condenándolos a ambos a no encontrar la verdadera felicidad. Tenía que encontrar el modo de hacerle ver que sentía lo que había hecho, y que lo quería más que a nada.

–Tenéis razón. Tengo que preparar un plan.

Una de las ventajas de ser famoso y tener una amplia red de contactos era que no iba a tener que esperar para marcharse de la Costa Este. No tuvo más que llamar a un amigo que conocía a alguien con un G6, y en un abrir y cerrar de ojos estaba en un avión de lujo rumbo a California, acomodado en un confortable asiento de cuero, con una copa de Jack Daniels y Coca-Cola en la mano, y deseando poder dejar atrás el dolor que le ahogaba el corazón.

Lo más triste era que sabía que Willow iba a hacer algo para herirle. Lo sabía. Como también sabía que era solo una compañera temporal. ¿Por qué entonces había cometido el error de enamorarse de ella?

Siempre había tenido cuidado a la hora de elegir a las mujeres con las que salía: que fueran chicas que solo buscaran pasar un buen rato con él, porque sabía que en su karma estaba escrito que iba a estar solo.

Y sin embargo, había permitido que llegara a ser algo más. Willow Stead… la mujer que usaba su puño de hierro para tenerlo todo bajo control. Pero con él no lo había hecho.

Entendía por qué Nichole le había propuesto aquella apuesta, pero jamás habría podido imaginarse que Willow hubiera decidido ir a su casa aquella noche por esa razón. La verdad es que era la única mujer que conocía capaz de algo así.

Se frotó la nuca, apuró la copa y fue a servirse otra. Iba a llegar a Los Ángeles borracho como una cuba.

¿Y qué? A lo mejor así conseguía olvidar su cara cuando lo miró desde la puerta de su casa.

O las sensaciones que le había despertado su mano en la pierna. Sin pensar, lanzó el vaso contra la pared de la nave. Eso era lo que más le indignaba: que le había hecho creer que tenían una oportunidad real de ser felices. Le había hecho creer que podían ser una pareja, un equipo, y que seguirían avanzando juntos por la vida.

Avergonzado por lo que acababa de hacer, se levantó y fue a recoger el vaso justo cuando la azafata entró.

–¿Se le ha caído?

–No, lo he tirado yo. Perdón. Es que estoy de mal humor.

–No se preocupe. ¿Puedo servirle otra copa?

–No, gracias. No creo que el alcohol sea la respuesta.

–Nunca lo es, pero nos ayuda a olvidar durante un rato.

–Cierto.

–Si necesita algo, llame… o tire otro vaso.

Le dedicó una media sonrisa y la azafata volvió junto al piloto. Tenía que dejar de sentir lástima por sí mismo. Aquella era su nueva realidad, y tenía que empezar a asumirlo.

Llamó a su agente, que atendió la llamada a pesar de que estaban en fin de semana. Jack sabía que era un hombre de familia.

–Maury, necesito que me consigas más trabajo para el próximo año. Quiero estar tan ocupado que no tenga tiempo ni de dormir.

–Vale. ¿Y a qué se debe esto?

–A nada. Ya sabes que me gusta trabajar.

–Sí, lo sé, pero la semana pasada me dijiste que querías aflojar un poco y dedicarte a tus propios proyectos.

Cierto. Había tenido la estúpida idea de que a lo mejor Willow y él podían hacer un programa juntos, algo nuevo que los reflejara a ambos. Había sido una de las mayores bobadas que había podido pensar.

–Eso fue la semana pasada.

–De acuerdo. Veré lo que puedo hacer. Haré algunas llamadas hoy y mañana, pero no sabré nada hasta el lunes. Sé que andan buscando a alguien para que presente la gala de Nochevieja, pero no te lo había ofrecido porque creía que…

–Creías que tenía vida, pero no la tengo. Solo una carrera. Haré lo de Nochevieja. Será perfecto.

Era bueno saber que no se iba a pasar esa noche pensando en Willow y sintiendo lástima de sí mismo.

–No puedo evitar pensar que estás reaccionando por algo. Ya sabes que me tienes aquí si me necesitas.

–Solo necesito que me consigas más trabajo para que los dos podamos ganar mucha pasta.

–Vale, lo que tú digas. En la vida hay más cosas aparte del trabajo, pero tú eres el jefe.

Maury colgó y Jack sintió deseos de lanzar el móvil igual que había lanzado la copa. En la vida había mucho más, aparte del trabajo, pero no para él.

Por fin tenía la prueba que había estado buscando todo el tiempo. La prueba que demostraba que estaba condenado a estar solo. Willow había querido vengarse de él por las estupideces que había cometido con dieciocho años, y por ello no volvería a creerse merecedor de una relación importante.

Debería luchar por ella, pero la vida le había enseñado que, cuando algo se terminaba, lo único que tenía sentido era seguir adelante.

Su madre siempre decía que era el chico más afortunado del mundo, y en muchas cosas lo había sido, pero nunca en el amor.

Ojalá lo tuviera siempre presente, para no volver a enamorarse de una mujer de ojos oscuros, una suave melena negra y un corazón de piedra.

Capítulo Catorce

Willow no se había dado cuenta de lo difícil que iba a ser encontrar el modo de hacer las paces con Jack. Se verían después de Navidad, cuando tuvieran que grabar el capítulo de cierre de Sexy and Single. Y luego en febrero, cuando empezaran a trabajar en la segunda temporada. Sin embargo, no podía esperar tanto para volver a verlo.

Nunca había tenido que hacer algo así, pero, cuando Gail le sugirió que utilizase los contactos y las habilidades que poseía, todo cobró sentido. Se tomó su tiempo para comprarle unos pequeños regalos con la esperanza de que el gesto bastara para que atendiese sus llamadas, pero se los había devuelto sin abrir.

Le había dolido, pero en lugar de rendirse, espoleó su determinación de recuperarlo. Al final había tenido que recurrir a sus contactos en la industria, con la ayuda de Gail, que fue quien le preparó un encuentro con Rhia Montaine, que resultó ser la clave de todo. Jack no contestaba a las llamadas de Willow, y tampoco a las de sus amigos, incluidos Russell y Conner.

–Acaba de llamarme el agente de Jack –dijo Kat al entrar en las oficinas provisionales que habían preparado en la habitación de un hotel de Santa Bárbara.

–No le ha hecho ninguna gracia que te lo saltaras para pedirle a la dirección de su empresa que te revelara el paradero de Jack. Y el único modo de que te perdone es que utilices a uno de sus clientes para la próxima temporada de Sexy and Single.

–Aún no he podido hablar con Matchmakers Inc. sobre los clientes que vamos a utilizar la próxima temporada.

–Lo sé –contestó Kat, apoyando una mano en su hombro.

Kat salió, y Willow volvió a darle una vuelta más a su plan. Estaba en la posición que más había temido en toda su vida: era vulnerable. Necesitaba a Jack, y, si lo que tenía en mente no funcionaba, ni su carrera ni ninguna otra cosa le importaría, porque su vida no sería tan divertida ni tan excitante sin él.

Debería haberse dado cuenta antes, pero no había sabido comprender que, sin él, no quería encarar el futuro.

Estaba dispuesta a correr el mayor riesgo que había corrido nunca. Estaba dispuesta a olvidarse del orgullo para que Jack pudiera comprender que ella nunca le haría daño, como se lo había hecho en el pasado.

Jack estaba grabando una recapitulación con P.J. Montaine en las

playas de Malibú, e iba a tener acceso al lugar gracias a los muchos favores pedidos y a las promesas hechas a diestro y siniestro en la industria, todo ello a través de Rhia.

–No creas que me hace mucha gracia que me hayas reclutado así para ayudarte –protestó Rhia al entrar en la habitación–. Jack se merece…

–Se merece ser feliz –la interrumpió Willow–. Le he hecho daño, pero sé que sigue sintiendo algo por mí y voy a arreglarlo. Voy a compensarle por lo que le he hecho. Sé que utilizar mis contactos para conseguirlo parece una manipulación, pero es la única opción que me queda. He intentado llamarle y enviarle regalos, pero no ha querido saber nada de mí.

–Está bien. Pero quiero que sepas que no pienso intervenir en nada más.

–Me parece bien. Además, si esto no funciona, no creo que haya nada más.

No había querido pensar en la posibilidad de un fracaso.

–¿Qué necesitas que haga? –preguntó Rhia.

–Necesito que metas eso en la furgoneta y nosotros te seguiremos a tu casa.

–¿Qué es?

–Un disfraz que espero que consiga que Jack se sonría y comprenda hasta qué punto lamento lo que he hecho.

–Eso espero. Como has dicho antes, se merece ser feliz.

Willow comenzó a recoger todo lo que necesitaban. Se había hecho acompañar de un pequeño equipo, y entre todos lo fueron cargando todo en la furgoneta.

–Vente conmigo –dijo Rhia.

Willow montó en el Toyota Prius y, cuando se pusieron en marcha, Rhia se quitó las gafas de sol para decir:

–Esta idea que has tenido… ayudará a Jack, aunque no consigas que te perdone. Me sorprendió mucho darme cuenta de que no era consciente de la cantidad de gente a la que ha ayudado a lo largo de los años. ¿Sabes que fue él quien nos unió a P.J. y a mí?

–No lo sabía.

–Pues así fue. Me convenció de que le diese otra oportunidad después de que P.J. me hubiera engañado. Sé que he dicho que he accedido a esto porque me has chantajeado, pero es porque quiero que Jack pueda tener la misma clase de felicidad que tenemos P.J. y yo.

–Eso es lo mismo que yo quiero.

Habían montado una carpa en la playa para el equipo de Extreme Careers. El sol brillaba con fuerza. Era un día de diciembre estupendo para estar en el sur de California. P.J. acababa de colocarse en una silla de director, con las olas rugiendo a su espalda. Jack había sugerido que lo hicieran en el estudio, pero él quería estar fuera, así que lo habían hecho así. Los cámaras estaban en sus puestos y los de sonido revisaron una vez más los micrófonos antes de que el director comenzase.

–Tíos, antes de que empecemos… hay alguien aquí que quiere verte. Como P.J. ya está en su sitio, será mejor que te acerques hasta allí.

–No creo que tengamos tiempo para esto –protestó Jack, mirando en la dirección que Ben le había señalado… y no pudo creer lo que le decían sus ojos.

Al parecer, una enorme rana verde con corona y vestido rosa le estaba esperando. No podía ser… sabía que no debería haberle devuelto los regalos a Willow, pero estaba demasiado enfadado cuando le llegaron. Aun así, había decidido hablar con ella la próxima vez que lo llamara.

Pero aquel mensajero había dado en el clavo; tenía que admitir que le intrigaba lo que tuviera que decirle.

–Vale, no tardo –dijo.

–Tómate tu tiempo.

Jack se acercó a la rana.

–Soy Jack Crown.

–Sí, ya lo veo.

Frunció el ceño y miró mejor.

–¿Willow?

–Sí. Estoy atrapada en este disfraz porque tenía miedo de creer en el amor. Tú creías que era yo la que tenía que besarte a ti para encontrar al príncipe encantador, cuando en realidad era yo la rana. Era yo la que tenía la maldición.

–¿Tú?

–Sí. Por eso actué de ese modo tan absurdo –explicó, y tomó su mano.

Jack contempló aquellos enormes ojos de plástico. Aquello era surrealista.

–Jack, siento mucho no haber confiado lo suficiente en ti para salir contigo, y siento no haber tenido el valor suficiente para decirte todo esto antes, pero he tenido que perderte para darme cuenta de que no puedo vivir sin ti.

–¿Ah, sí? –preguntó él, y movió la cabeza–. No puedo hacer esto mirándole a la cara a una rana. Necesito verte.

–Tendrás que besarme para que vuelva a ser Willow.

–Quítate esa cabeza y lo haré.

Ella se quitó la cabeza y la dejó en el suelo.

La había echado de menos más de lo que quería admitir, y durante el día había sido capaz de mantener la fachada de ira, pero cada noche, en sus sueños, ella se le aparecía y se dormían abrazados.

–Te echo de menos –dijo ella–. Todo el tiempo había estado preocupada porque fueras a dejarme, porque te volvieras aquí en cuanto acabáramos el programa, sin darme cuenta de que, si no te daba una razón por la que quedarte, no ibas a hacerlo.

–¿Y cuál es esa razón?

Le dolían los brazos por el deseo de abrazarla, de pegarla a su pecho y no dejarla marchar, pero aún no podía hacerlo.

–Te quiero. Me di cuenta de ello aquel día en los Hamptons, pero tenía miedo de que lo supieras, de ser vulnerable si lo admitía en voz alta. Pero ya no puedo callarlo más, aunque sé que tú no sientes lo mismo.

–Eso es cierto. Yo te quiero tanto que no soy capaz de seguir adelante sin ti.

–Entonces, ¿por qué sigues alejándome de tu lado?

–Tenía que saber que yo significaba lo mismo para ti.

–Me parece justo. Te quiero más de lo que me creía capaz de querer a alguien –admitió ella.

No podía esperar un segundo más, así que se acercó y la besó, mientras ella lo rodeaba con sus brazos verdes. Fue el mejor beso de cuantos le habían dado, pero también el más extraño.

–Siento haber sido tan estúpida.

Jack movió la cabeza.

–Pues yo me alegro de que lo fueras. De no ser así, no nos habríamos encontrado, y yo estaba empezando a cansarme de que me rechazaras, así que habría dejado de pedírtelo.

–Y yo me estaba cansando de decirte que no. Lo que pasa es que me daba demasiada vergüenza admitirlo después de lo que había dicho de ti.

–Yo siento haberte hecho lo que te hice.

–Ya te has disculpado por eso. Ahora me doy cuenta de que tenía que pasar página para poder tener un futuro juntos. Y es lo que quiero de verdad.

–Yo también. No hay nada que desee más. ¿Hay modo de que te quites esta cosa?

–Sí, pero todavía no. Tengo una sorpresa para ti en casa de P.J. y Rhia.

–¿Ah, sí?

–Sí. Espero que no te importe, pero he tenido que recurrir al chantaje con tus amigos para conseguir que hablaran conmigo, pero, cuando lo conseguí, todos han querido hacer algo por ti.

–¿Y eso por qué?

–Estás empeñado en pensar que eres un lobo solitario cuando en realidad has influido en la vida de muchas personas, y todos ellos querían tener la oportunidad de darte las gracias. Y de demostrarte que no estás solo.

–¿Por qué has hecho eso? –le preguntó, conmovido por lo mucho que había hecho por él.

–Aunque no hubieras podido perdonarme y amarme, quería demostrarte que no estás solo.

La abrazó, incapaz de hablar por la emoción. No se había permitido soñar con alcanzar aquella clase de felicidad juntos, y supo que no renunciaría a ella jamás.

Epílogo

El dos de enero encontró a Jack y a Willow en Nueva York, rodando el episodio final para la primera temporada de Sexy and Single.

Era difícil de creer, se decía él mientras daba cuenta de las frutas exóticas que Kat le había hecho llevar, que seis parejas hubieran encontrado la felicidad gracias a aquel programa.

Conner entró en la sala. No iba a participar en el programa, pero, cuando terminasen, Gail, Russell, Nichole, Willow, Jack y él se iban a marchar a las Bahamas para disfrutar de una semana de vacaciones.

–Jack, no hemos tenido ocasión de hablar, pero quería disculparme por mi parte de responsabilidad en el lío que tuvisteis Willow y tú –dijo, al tiempo que se acercaba a saludarle.

–No tienes de qué disculparte. Yo no te he hecho responsable en ningún momento de nada.

–Me alegro. Me sentí como un idiota después.

–No te preocupes. Necesitaba saber lo que había hecho Willow.

–Me alegro de que no me guardes rencor –dijo Conner–. Me he enterado por los rumores de que vas a comprar casa en los Hamptons.

–Sí, pero ¿qué rumores son esos? Aún no se han firmado los contratos.

–Mi madre. No se le escapa nada de lo que pasa por allí – Conner se rio.

Nichole entró en aquel momento, preciosa con su vestido de embarazada. El cabello rojo le caía en ondas hasta los hombros y sonrió a Conner con tanto amor y ternura que Jack tuvo que mirar para otro lado.

–Hola a todos.

Fiona McCaw-Cannon los saludó al llegar. Llevaba de la mano a la pequeña Bella Ann. Alex estaba a su lado, y le daba la otra mano a la niña.

–Hola –los saludó Jack–. Vaya, cuánto ha crecido la niña.

–Sí, y ya habla –dijo Alex, mirando tan obnubilado a su hijastra como si fuera la persona más inteligente del mundo–. Dile hola a Jack –le dijo a la niña, tomándola en brazos.

–Hola –repitió la pequeña, y Fiona se echó a reír.

–Es un padre muy orgulloso.

Alex le rodeó la cintura con un brazo y la besó.

–Cuando un hombre tiene tanta suerte como yo, puede presumir.

–Se puede decir, entonces, que los dos estáis satisfechos con el trabajo de Matchmakers Inc. –dijo Conner.

–Desde luego. He recomendado tu empresa a muchas de mis amigas –respondió Fiona, muy contenta.

Los siguientes en llegar fueron Rikki y Paul, la tercera pareja en aparecer en el programa, seguidos de Deidre y Peter, que lo saludaron antes de que el responsable de sonido se los llevara a colocarles los micros.

–Antes de que empecemos a grabar –dijo Peter, acercándose–, quería decirte que le he pedido a Deidre que se case conmigo, y que ha aceptado. Nos casaremos en noviembre, cuando termine la temporada en las carreras.

–¡Enhorabuena! –lo felicitó, estrechándole la mano–. Willow y yo también estamos comprometidos. Se lo pedí el día de Navidad.

–Dado que tenía que trabajar en Nochevieja –intervino Willow, que acababa de llegar–, era su única posibilidad.

Jack la abrazó y ella le devolvió el abrazo. Nunca se había imaginado a sí mismo tan feliz con otra persona. Cuantos más días pasaban juntos, más cómodos se sentían con su amor, y ambos seguían bajando la guardia.

–Gail y Russell han llegado también. Necesito que todos vayáis para el plató ya –dijo Willow.

Las parejas fueron saliendo y Russell y Gail entraron.

–Sentimos llegar tarde. Venimos de la agencia de adopción…

–¿Y?

–preguntó Nichole.

–Pues que tienen un niño para nosotros. Dos, en realidad. Una niña de tres años y su hermanito de dieciocho meses – contó Russell–. Espero que no os importe, pero eso tenía preferencia.

–¡Enhorabuena! –exclamó Willow, y las tres amigas se abrazaron.

Conner y Russell miraron a Jack, y él movió la cabeza.

–Yo no pienso abrazarte, tío, pero me alegro mucho por los dos.

–Gracias –respondió Russell–. Yo no iba a haberte dejado que lo hicieras.

–Venga, vámonos –dijo Conner, moviendo la cabeza.

–Todo el mundo está deseando acabar cuanto antes – intervino Kat

desde la puerta.

–Ya vamos –respondió Willow.

Pero, cuando Jack hizo ademán de seguirlos, ella lo sujetó por la mano.

–Gracias.

–¿Por qué?

–Por ser tan testarudo y no permitirme que te dijera que no.

A modo de respuesta, Jack la besó apasionadamente.

–De nada. Parece ser que he vuelto a acertar.

–¿En qué?

–En que no puedes vivir sin mí.

–Tú tampoco puedes, así que estamos empatados.

Fin